

Claudia Bernazza

Crónicas

de la
ciudad perfecta

NOVELA

l i b r o s d e f a m a l á



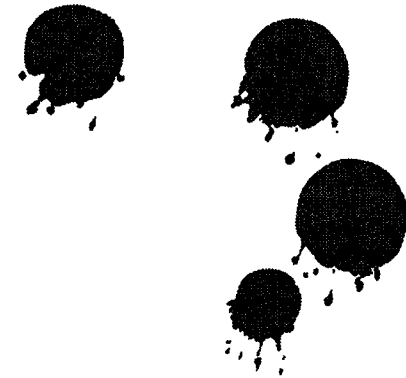
Ediciones
Al Margen

Claudia Bernazza

Crónicas

de la
ciudad perfecta

NOVELA



Ediciones
Al Margen

PRIMERA EDICIÓN

Noviembre de 1997

SEGUNDA EDICIÓN

Diciembre de 1997

© By Ediciones Al Margen

Calle 16 N°567

1900 La Plata, Buenos Aires,
Argentina.

Diseño de tapa e interior: Estudio Lanteri \ Binda

I.S.B.N. N° 987-9248-02-3

Printed in Argentina - Impreso en Argentina

Todos los derechos reservados. No puede reproducirse ninguna parte de este libro por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, xerografiado, o cualquier almacenaje de información o sistema de recuperación sin permiso del editor.

"...Y es peor aún, porque en esta ciudad híbrida, en esta cruza antinatural de chihuahua y gran danés, no hay ni subterráneo, ni cafés, ni nada. Uno se ha ido acostumbrando a esta ciudad en el paladar a fuerza de mascarla, de comerse una a una sus diagonales. Y es tan difícil no atacarse de gris baldosismo, de estatismo de tilo, de parvulidad de paloma de plaza. Caminismo circular que pierde su gracia por falta de espectadores o por inoperancia de la tinta que lo narra, pequeños ecos vanos."

El Hueso
Revista Literaria

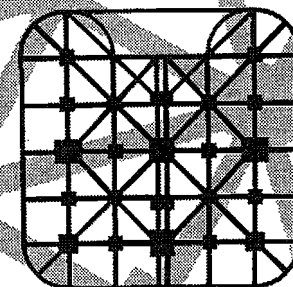
Nota de la autora:

Para recorrer las diagonales de esta novela, consultar la Hoja de Ruta (página 173 y siguientes).

Libro primero

Regreso

**a la
ciudad perfecta**



El mundo hablaba de la ciudad

La ciudad fue en sus comienzos, para la mayor parte de los argentinos, un mito feliz, un mito público, un mito popular, como el del cable transatlántico o el canal de Suez.

A pesar de los enconos partidarios y del silencio de los opositores, la fundación repercutió en todo el país, y cruzando mares y fronteras llegó a tener resonancias en Europa.

Arquitectos franceses, alemanes, belgas e italianos enviaron proyectos de palacios y jardines. Y en España, en Italia, en Francia, se empezó a hablar de la ciudad geométrica como de uno de los tantos portentos que suelen ocurrir en tierras de América.

Miles de hombres emigraron, atraídos por la magnífica ciudad que iba a levantarse.

El Día, 18 de noviembre de 1982.

La ciudad modelo, esa maravilla

Realizado el mundo de Platón, la forma política duraría en él eternamente, realizada la ciudad de La Plata, queda asegurada para sus habitantes la vida fácil, cómoda e higiénica.

La orientación dada a la ciudad, que es la indicada por la ciencia, el sabio derrame de los centros de actividad, hará que el valor de la tierra no se acumule en un solo paraje, como en Buenos Aires alrededor de la plaza Victoria. El puerto traerá sobre ella todas las bendiciones de un enérgico intercambio de productos, su pavimentación magnífica por el suelo en que reposa abatará el tráfico, su alumbrado disminuirá el número de incendios y duplicará en caso necesario las horas de trabajo, su provisión de agua abundante y exenta de sales dañosas le dará una inmensa ventaja sobre Buenos Aires, su regular y científico sistema de alcantarillas la hará una de las ciudades más higiénicas del mundo, sus anchurosas calles, su sistema de avenidas transversales vincularán para siempre en ella la hermosura natural, la libertad de tráfico y de ambiente, esas masas colosales de los edificios públicos impondrán dignidad, los grandes paseos invitarán al descanso. La ciudad tendrá un aspecto simétrico, armónico, desconocido todavía en América.

No en vano se habrá llamado para su creación a los ingenieros, a los arquitectos, a los higienistas, a los artistas, a todos los hombres inteligentes de América y Europa que la favorecieron con su concurso técnico.

Y ahora comparemos la gloria de haber dado forma, corazón, arterias y sangre a la ciudad perfecta de Platón, con cualquier otra gloria de las alcanzadas desde hace medio siglo en América, y encontraremos que todas resultan pálidas, pobres y humildes.

No pasará mucho tiempo sin que los argentinos se enorgullecán de la ciudad modelo.

R. Olivera

El Día, noviembre de 1887.

Delia se ve envuelta en imprevistas limpiezas, en razón de imprevistos regresos de Patricia a casa de sus padres, en noviembre de mil novecientos noventa y dos.

Delia está vieja. Pasa el trapo por los muebles con la misma cadencia de siempre, pero las canas la delatan. Su culo se sostiene con espíritu emprendedor, pero las líneas violetas de las vérices recuerdan años ni bien se recorren sus pantorrillas. Trabaja por hora en casa de doña Irene Tapia, la mamá de Jorge y de Patricia; de doña Sara, vecina de enfrente y amiga de toda la vida de los Tapia y cuya única hija, Marielita, la tiene a mal traer; y limpia en casa del Dentista. Por eso conoce como nadie los cuchicheos de las mocosas y de las patronas, las razones del doctor. Y los llantos de doña Irene, que anda con la muerte de su hijo a cuestas desde hace diez años. Los sábados la señora Irene le paga por limpiar las vejeces de doña Ana y es casi un día libre: doña Ana no la deja hacer nada y le ceba mates y le cuenta historias como telenovelas. Tres veces por semana la señora Sara la manda al departamento de su nena, de Mariela, que se casó pero la siguen consintiendo. Los domingos Delia descansa de tanta intimidad ajena y se dedica a la suya.

Doña Irene la mandó limpiar a fondo la habitación que Patricia cerró de un portazo después del accidente de Jorge. Hoy vuelve, le han dicho. Por unas semanas, le aclararon. Delia olfatea que será por mucho más. Delia huele hombre en la historia que no se cuenta.

No ha quedado nada de diez años atrás y menos después de la muerte de Jorge. No es tentador espiar a la Mariela, que Jorge perdía el aliento por ella y Delia le pasaba los secretos de tanto conocerle las bombachas y los caprichos. No hay tesoros escondidos. Ya no se cotizan a precios de oro aquilatado sus rumores y novedades. De qué hablará con Patricia ahora que no pasa nada, ni siquiera pasa el turco, que agoniza gracias a una cirrosis galopante.

Por qué le parece, por qué está tan segura de que se ha detenido el mundo. Pero hay que desconfiarle a las calmas y quién sabe este regreso sea un puro presagio de tormentas.

Patricia, de regreso, escribe para matar el tiempo.- Patricia, sin proponérselo, presenta a algunos de los protagonistas de esta historia.

El mapa era así: mamá, doña Irene, Irenita, señorita Irene Tapia, dedicada a los quehaceres y costuras que sus dos hijos le demandaban y a la Escuela Provincial Número Ocho Domingo Faustino Sarmiento. Entre las doce y las cinco, mamá se convertía en maestra y salía no sin antes regar de recomendaciones a Delia.

En casa, Delia todo el tiempo, limpiando, tendiendo camas, haciéndonos la leche, apagándonos la tele a Jorge y a mí. Jorge, mi hermano menor, atacado de alergias y debilidades varias, al que debí cargar por orden materna a cuanto cumpleaños me invitaban, me avergonzaba con sus pantalones cortos y su timidez bobalicona.

A la noche y los domingos aparecía el doctor Alberto Tapia, don Alberto, papá. Un silencio sin juegos se adueñaba de la casa, porque él debía descansar y leer el diario. Guardo de él unas vacaciones en la playa y algún buen humor que me dejó subir a caballito de sus hombros.

Los sábados a la tarde se sumaba al paisaje una casona antigua aclestada de glicinas y perfumada de limoneros, donde mi abuela Ana buscaba hormigas para insultarlas en ruso y envenenarlas en todos los idiomas. Mientras Jorge y yo buscábamos hormigueros, mamá y Delia limpiaban y ventilaban las piezas que ella apenas transitaba.

Ana era nuestra única abuela. Los otros abuelos, tenues fotografías ajadas. Los hermanos y hermanas de papá y la hermana de mamá, entreverados en celos y reproches mutuos, una ristra de nombres que papá usaba en sus insultos, rostros desconocidos que cruzábamos durante las fiestas de fin de año y en algún que otro velorio.

Vivíamos en un barrio alejado del centro. Enfrente, justo enfrente, estaba la casa y la verdulería de Lalo y Sara, orgullosos padres de Mariela. Sara fue tía Sara, porque la unía a mamá una colección de chismes y telenovelas. Lalo fue el tío Lalo pero no era lo mismo, la verdulería y los cigarrillos le consumían la vida y supongo que no tenía nada que com-

partir con papá. Mariela era mi amiga. Mamá y Sara lo festejaban y nos dejaban salir si íbamos juntas. Fuimos garantía de permiso, la una de la otra, hasta el día en que decidimos escapar.

Cuando Delia comenzó a trabajar para ellos las familias compartieron también las quejas por su lentitud y desparpajo.

A los doce años el mundo se ensanchó y el secundario me presentó la ciudad del centro. Margot, que así se llamaba o se hacía llamar una profesora de literatura que tuve, me fascinó con sus tertulias literarias y la historia de las familias fundadoras. Por allí también anduve.

Cuando estaba por terminar quinto año papá me llevó a su estudio cada tarde, dando por sentada la carrera que seguiría. Ya para entonces Jorge no lo convencía como heredero.

Empecé abogacía como una agonía que duró dos interminables años. Por la misma época murió Jorge en el accidente. Rastros de la guerra que le llegó como peludo de regalo. Se casó Mariela. Conclusión: yo sentía unas ganas locas de huir hacia adelante.

Fue cuando alguien me invitó a las misas de la catedral y conocí a Pablo. Por él me animé a desobedecer.

Diez años después volví sobre mis pasos. El domingo que elegí para el regreso, el viejo dentista de la familia arreglaba cuentas pendientes a perdigonazos. Entonces no soy la única, pensé.

Y empecé a escribir estas cartas a quién.

Cuádruple asesinato convulsiona a la capital bonaerense.- Comprometida situación de prestigioso odontólogo, jefe de la familia masacrada.

(De nuestra agencia).- El Dentista es hasta el momento el único inculpado por la muerte de su esposa, sus dos hijas y su suegra, en la matanza del domingo pasado que convulsionó a la capital bonaerense.

La comprometida situación del profesional habría surgido a partir de la declaración que hizo en carácter de testigo. El juez a cargo de la causa encontró elementos suficientes en la declaración testimonial y en el mismo acto le notificó que pasaba a estar detenido e incomunicado por hallarlo sospechoso del delito de "cuádruple homicidio calificado agravado por el vínculo familiar".

El hilo conductor de la investigación revela que el imputado, en forma planificada, decidió dar muerte a las mujeres aprovechando el descanso dominical. El Dentista habría entrado a la casa de la calle 48 alrededor de las once y se habría dirigido al lavadero donde estaban su Esposa, de 57 años, y su Hija Mayor, de 26 años. Con su hija habría sostenido una discusión por motivos laborales, ya que la joven quería trasladar la atención de sus pacientes a Merlo. Cabe acotar que padre e hija atendían en el consultorio ubicado en la parte delantera de la casa. Irritado por la pelea, en ese momento habría decidido ejecutar su plan.

Armado con una escopeta de origen español, el sospechoso habría decidido emprenderla a perdigonazos. Dos descargas dieron en el pecho de su Esposa y, tras volver a cargar el arma, el Dentista habría matado a su Hija Mayor.

En la planta alta, donde se hallaba con su abuela, al oír los disparos la Hija Menor, de 24 años, abogada y escribana desde el viernes anterior a la tragedia, habría bajado y recibido una descarga en el tórax. Una segunda perdigonada terminó con su agonía.

El Dentista habría resuelto no dejar testigos: cuando la anciana bajó dificultosamente la escalera, recibió un escopetazo.

Sin dudar, el acusado habría cambiado por ropa limpia las prendas ensangrentadas que habría puesto en un bolso, para luego marcharse en su Ford Falcon verde.

Trascendió que al Dentista le gustaba cazar y pescar.

Clarín, 19 de noviembre de 1992.

Reflexiones que Patricia vuelca en papeles mientras espera, en su casa paterna, la consumación de lo inevitable, a fines del noventa y dos.- Comienza su interés por el caso del Dentista.- Se inicia la colección de crónicas periodísticas que esta recopilación pone a consideración del lector.

Ahora es distinto, porque cuando sea grande ya llegó y lo que hice está hecho y nadie me debe una oportunidad.

Qué regio quilombo me acompaña.

Y encima esta manía de recortar noticias con el asunto del Dentista. El de la calle cuarenta y ocho, con un consultorio muy bien puesto. Allí nos atendíamos mi hermano y yo. Delia, por recomendación de mamá, trabajó con él casi veinte años. Bien. Aclaro (¿a quién le aclaro?) que mató a sus hijas, a su mujer y a su suegra. No entro en detalles porque los diarios se encargaron de juntar toda la sangre. Bien. Creo que escribo por él. Creo que él mató por mí. Creo que las hijas.

Las chicas fueron al Normal, como yo. Se comieron el primario y el secundario ahí adentro. Después una siguió odontología como el padre y la otra se recibió de abogada y escribana. Tienen que haber vivido mi misma infancia. Al menos, cumplieron las mismas reglas de juego. Las reglas de juego. Creo que estos diarios viejos pueden decirme algo. Quiero saber por qué todo terminó así. Por qué me fui. Por qué las mataron.

Por qué hay cosas que se escriben con sangre de mujer.

Delia comienza a preocuparse.- Sospechas que construye en diciembre del noventa y dos, cuando soplan vientos reveladores de tormentas.

Está más linda la Patricia.

A Delia se le hace que se peleó con algún novio, pero no alcanza a escuchar las palabras demasiado cuchicheadas y no se anima a preguntar. Le revisa los papeles y no encuentra más que cartas larguísimas, aburridas, y unos recortes de diario con el asunto del Dentista. Siempre lo mismo, no cambia más. No sabe hacerse un huevo frito y pierde el tiempo con asuntos que no le interesan a nadie. O no será que esta Patricia anda sospechando la verdad... No, es imposible.

Tenerla cerca es como atrasar relojes, y cuando se miran a Delia le camina que Patricia quiere preguntar. Ya tendrá tiempo de ponerla al tanto de las historias, salvo la del Dentista, claro, que ella sabe muy bien por qué mató a troche y moche pero se ha jurado, por la virgen lo ha jurado, que jamás de los jamases se lo dirá a nadie porque nadie la entendería y en una de éstas termina a la sombra ella también.

Más de una doña que nunca le ha dirigido la palabra la para en el almacén para preguntarle cómo era el tipo. Flor de vivas. Delia no sirve para nada pero si conoce chismes mejor tratarla con cariño para sonsacarle lo que sabe. Cualquiera día la van a agarrar. No les cuenta nada.

El juez apenas si la escuchó. Qué podía saber ella, habrá pensado el hombre. ¿Cuántas veces iba por semana? Tres veces, su señoría. ¿Cuánto tiempo permanecía en la casa de las víctimas? Y... depende. Había días que había más trabajo y días que menos, pero por lo general tres horas, martes, jueves y viernes. Ah, no, su señoría, qué le puedo decir yo. Nada, nadita de raro. Yo me fui el viernes con la casa hecha un brillo. Hasta blem le paso a los muebles los viernes. Porque claro, después viene el fin de semana y se quedan los novios de las chicas, y para colmo esas mocosas, que dios me perdone, que no hacen nada, digo, que no hacían nada, increíble ¿no? que ya no estén

más, parece mentira. Así que el lunes, cuando me levanté y la Clarita, mi vecina, me mostró el diario y las fotos me agarró una baja presión que casi me desmayo. Qué iba a suponer yo. No, nada raro, nunca un problema, ni un sí ni un no entre ellos, debe haber sido un daño. Yo que usted busco velas negras por toda la casa... Cuando guste, no hay problema, en lo que pueda ayudar voy a ayudar. Y punto. No la llamó más el juez. Quince días que duerme entrecortado pensando que un patrullero viene a buscarla.

Delia besa una virgen que la mira desde una cartulina transpirada. Si no fuera por ella, no resistiría tanta muerte. ¿Por qué Dios la llenaba de secretos? Primero Jorge, pobrecito, y Delia que sabe cosas que ni Patricia ni doña Irene sospechan. Después el turco. Hombre que toca, hombre que pierde. Claro que el turco chupa que es una bendición, pero Delia le conoce esquinas al asunto que si las contara... flor de lío se armaría. ¿Quién la manda a seguir aguantándolo? Cada vez que lo visita le vomita vino, sangre y una de asuntos que mejor ni recordarlos, no sea cosa que un día hable en sueños y se arme bien la podrida. Se mira las manos buscando una colección de brujerías. El Dentista. Esa sí que no se la esperaba. Y Delia es la única que sabe por qué mató sin pestañear. La única. ¿Por qué mierda se habrá ido del Chaco?

Ya ni se acuerda.

Guarda la estampita en bolsillos que atesoran el universo. Allí conviven la virgen y los broches y las pulseras y el peine y las cucharitas y el encendedor y las llaves que juntó limpiando la casa que siente suya. Le toca el turno a las camas y Delia se acuerda cuando Patricia y Jorgito eran chicos y la miraban volando sábanas en esa misma pieza como si fuera un misterio todo lo que ella sabía hacer. La revisaban buscando caramelos y ella era tan chiquilina y se divertían tanto haciéndose cosquillas cuando estaban solos porque doña Irene volvía a las seis de la escuela y ellos podían reírse y revolcarse y ver tele toda la tarde y la vida parecía tan abrigada por aquellos años. A las siete sacaban las sillas a la puerta y los chicos se cansaban de dar la vuelta manzana en bicicleta y con la noche la empujaban a cazar bichitos de luz y a robar calas de las zanjas. Nadie como Delia para esos menesteres. Eran otros tiempos. La ciudad es puro asfalto ahora y no queda ni un baldío, y cuando ella empezó a noviar con el boludo del carnicero y se armó aquel lío doña Irene le dijo cama adentro mejor no, buscate una piecita, y vinieron años fríos y hondos como ollas de aluminio y ella se alquiló la pieza de Los Hornos para estar cerca del turco y la señora Irene le dijo mejor todos los días no, vení lunes y jue-

ves a la mañana, total los chicos ya son grandes y cada uno anda en sus cosas y casi no se ensucia la casa. A ella se le hace que fue entonces que los bichitos de luz abandonaron la ciudad, para qué, habrán pensado, si ya no hay manos de chicos hurgando el aire. Y doña Irene la recomendó a su dentista, por eso hace años que ordena el silencio de esa casona fantasmal y se codea con la mugre del centro y las manías del doctor. Y después la recomendó a doña Sara, su vecina de enfrente y depositaria de todas sus cuitas, pero con Mariela no fue lo mismo. Demasiado entrevero de hija única, demasiado espejo para maquillar la verdulería, demasiado secreteo y ella como si no existiera. Flor de viva esa Mariela. Desde piba se le afilaron las uñas. Delia sabe cosas de la Mariela que nadie sospecha en el barrio, que Patricia ni se imagina y que ella viene juntando. Delia cree que diez años no es nada y un día todos van a poder husmear bajo la inocencia. Se la juró a esa pendeja presumida que jamás le dirigió la palabra.

Eso. Eso no le perdona.

Las muchas cosas que no le dijo ni le agradeció ni le pidió por favor. Ya volverá a sufrir las tenues y poderosas venganzas de Delia.

Está más linda la Patricia.

Se conocieron detalles en torno del múltiple asesinato.- Revelador testimonio de una amiga de las víctimas.

El matrimonio se había separado hace casi veinte años, cuando la Hija Mayor y la Hija Menor estaban todavía en la escuela primaria. Pero hace siete años, la Esposa habría aceptado vivir nuevamente con el Dentista. "Así estamos todos en la misma casa. La imagen del padre es importante" habría dicho la mujer.

La Mejor Amiga

La Mejor Amiga conocía a la Esposa desde hace más de cuarenta años. "La conozco a la Esposa desde que era soltera, cuando se casó su vida cambió" contó la Mejor Amiga. "Puedo asegurar que su vida se transformó en sufrimiento. Con la Esposa nos mirábamos y yo ya sabía lo que le estaba pasando. En los últimos años casi no salía de la casa. Estaba muy temerosa. La Esposa le lavaba la ropa a su marido, le limpiaba el consultorio, lo atendía, le preparaba la comida. Era una mujer extraordinaria."

Clarín, 19 de noviembre de 1992.

Delia pasea sus formas voluptuosas por la casa del Dentista. Quizás no sea Delia. Puede ser Mabel, o Iris, o Mirta. Entonces es mejor decir: unas formas voluptuosas se pasean por la casa del Dentista. Y el Dentista las mira de reojo, apenas puede, porque las nenas están allí.

19 de noviembre de 1882: el solemne rito de la fundación

¡Y llegó el gran día! El día solemne de la fundación. Desde muy temprano y con gran retraso —más de dos horas de viaje— fueron llegando a Tolosa los trenes de Buenos Aires, atestados de público curioso.

Y en un pequeño ferrocarril improvisado o en los pocos coches de que se disponía, o simplemente a pie, la gente se encaminaba por la calle real en procura del sitio donde habría de realizarse la gran ceremonia.

Era un día desapacible de cielo turbio y sol picante. Cargado de vapores. La gente de los alrededores, atraída por el prestigio de la fiesta, montada en sus mejores caballos y con sus arreos más lujosos, se unieron a los porteños. Todos eran forasteros en la ciudad que iba a nacer.

En la futura plaza principal estaban dispuestas formando semicírculos, la tribuna de los invitados y las graderías para los espectadores. Banderas, gallardetes, escudos y guirnaldas recubrían el conjunto en profusión barroca.

Y así, bajo los rigores de la siesta y entre el estampido de los cohetes, los gritos y los aplausos de júbilo, se procedió al formal y solemne rito de la fundación.

El Día, 1 de noviembre de 1882.

Transcripción de cintas que Patricia graba a Ana, su abuela materna, a fines del noventa y dos.- La desorientación y el tiempo libre que rebalsó sin límites, la llevan a Patricia a lamentables confusiones en la búsqueda de pistas que develen el secreto del odontólogo.

Cinta N°1

la navidad de 1937 la pasamos en varsovia en casa de unos primos de nikita yo tenía diecinueve años y hacía una semana que lloraba nikita iba y venía con los trámites y yo abrazaba a nicola que tendría entonces nueve meses y se me venía todo lo que había dejado

mi madre

los lagos helados

el establo

la leña recién traída del bosque

y lloraba la despedida el carro y los caballos sobre la nieve resbaladiza mis hermanos corriendo detrás nuestro y la chacra que se hacía cada vez más chica el viento en la cara cuando me despabilaba me daba cuenta que nicolita lloraba tan fuerte parecía darse cuenta que su madre estaba como ausente creo que fue ahí en varsovia que tuve el primer ataque de asma ¿o fue en brasil? irene cuatro años pobrecita se agarraba de mi pollera y miraba

miraba

los ojos así de grandes y no hablaba

ni una palabra desde que dejamos las jatas apenas si le dio un beso a su babushka y después nada

nada más

en brasil nos llevaron a las tierras que habíamos comprado mirá querida delincuentes hubo siempre aquí es nos dijeron y nos mostraron una selva tupida y dos estacas que marcaban los límites de nuestro infierno

herramientas que íbamos a tener herramientas con las manos con las uñas con la bronca se talaba y se armaban ranchitos uno por vez entre la paisana da un día el de un paisano otro día el de otro paisano y así

fue cuando empezaron los problemas con nicolita diecinueve años tenía yo qué iba a pensar si era apenas una tosecita y una paisana le frotaba yuyos en el pecho y con el calor y los bichos yo pensaba qué se va a resfriar si esto es una caldera

nikita iba al pueblo a trabajar todo el día primero lo que viniera después aquella carpintería donde perdió dos dedos anita hoy perdí dos dedos así nomás me lo dijo y siguió hablando como si tal cosa y yo qué podía decirle así que con tu abuelo jamás hablamos de ese accidente y nunca le volví a tocar esa mano

yo lloraba todo el tiempo pensando en mi mamá en la aldea en las vacas que buscaban el pasto que crecía bajo los aleros cuando ya era otoño y una hojita verde era como oro querida las cortábamos con desesperación antes de la primer nevada para los conejos para los bueyes para el establo para todo en cambio en brasil el pasto era una maldición las plantas eran gigantes y cuando uno las cortaba crecían con más fuerza invadían todo la papa no había caso se pudría al enterrarla ¿qué te estaba contando? qué iba a saber yo que en una semana se me iba a ir el chico a dónde podía ir yo por ayuda cuando llegamos a la ciudad fue demasiado tarde pero nos quedamos para que me atendieran a mí por el asma y la locura que me dio yo quería que me devolvieran a nicolita alguien como sea de alguna manera todo ha sido una enorme confusión una pequeña equivocación juro que no volverá a pasar así que devuélvanme a nicolita entonces conocí lo que es no poder respirar no querer respirar total para qué si la guerra se llevaba a mis hermanos en ucrania y la tuberculosis se había emperrado con mamá y yo allí en ese hospital con ese terror con nikita que era un desconocido para mí con irene que lloraba y nicolita muerto y la selva esperándome al regreso eso no era vida no querida qué iba a ser vida por eso me atacó el asma y ya no me abandonó a veces la felicidad se parece tanto a la muerte la deseé tanto entre aquellas sábanas almidonadas las primeras que veía en mi vida entre enfermeras que me atendían y me cocinaban y se reían de mi portugués y jugaban con irene pobrecita al fin la veía reírse un poco y pensé te juro que pensé irene se puede quedar con ellas si se ríe más que conmigo sería tan bueno dormir para siempre y descansar nikita encontrará una buena mujer que lo atienda y se librerá de esta chiquilina que sólo le trae problemas no podía entender la vida sin mi bebé un año tenía nicolita cuando me dejó y todavía me vienen unas ganas de llorar y de morirme cuando me acuerdo y pienso si yo hubiese atendido la primera vez que tosió si hubiese estado mi madre

si hubiese sido ucrania

si yo hubiese sido otra

nicolita estaría vivo

por esta perra vida mía pagué muy caro querida pero qué se va a hacer aquí estoy dios lo dispuso así no te preocupes ya se me pasa ¿por dónde andaba?

ah sí brasil

después de la muerte de nicolita supimos que aquel lugar estaba maldito para nosotros y viajamos a porto alegre y alguien nos habló de argentina yo

creía sinceramente que estábamos en el fin del mundo y no podía entender que hubiese un lugar más allá todavía más abajo ¿sabés cuál fue el primer trabajo de tu abuelo aquí? el murallón de punta lara contrataban cien obreros por día y él se iba caminando todas las mañanas desde el conventillo de la nueva york en berisso para trabajar como un burro de carga y se volvía caminando así la plata nos rendía la nueva york no era lo que es hoy era un mundo de gente si parecía europa si casi todos hablaban en idioma extranjero y era una de ruidos los silbatos de los frigoríficos de la hilandería las sirenas de los barcos las alarmas del puerto las peleas de los borrachos las vecinas discutiendo un pedacito de sogá al sol en el patio y barcos y barcos cargados de carne las mujeres conseguíamos trabajo en el armour paradas sin levantar la cabeza delante de mesadas largas cada una con su cuchillo desguasando reses enseguida me hice conocida por la rapidez de mis cortes y porque aprendí bien el castellano así que a las paisanas nuevas las ponían en mi mesa eso sí todas antes de entrar con el certificado en mano de que no éramos comunistas y lo íbamos a buscar a la sociedad prosvita y jurábamos que no éramos

si apenas éramos

mujeres con hambre

con hijos con hambre

mi canasto siempre el primero en estar lleno de los mejores cortes y de ahí derecho al puerto qué íbamos a imaginar que treinta años después todo sería un gran cementerio me acuerdo una vez no me olvidó más un día que volví del frigorífico y la irene me dijo mami hoy cociné yo y me mostró una ollita con papas apenas hervidas y yo la abracé y lloré y lloré y ella no entendía pensaba que yo me había enojado y aquel día

aquel día sí que me volvieron las ganas de vivir

En la que se observa cuán largo se le hacía a Patricia el tiempo de la espera.- De la difícil despedida a Villa Nueva y del imposible regreso a su ciudad natal.- De cuando comienza a dar forma a sus sospechas, en las vísperas navideñas de 1992.

Terminé de dar clases a duras penas, viajando todos los días desde La Plata a Villa Nueva como si viajara al fin del mundo. Las fiestas de fin de año dieron la pitada final, para comenzar a repartir sus propias costumbres.

A orillas del río invisible, ellas llegarán, como siempre, regadas de calor, humedad y mosquitos. Por suerte los años y el sentido común van cambiando nueces y almendras por ensaladas de fruta. Me llega de abajo un rasguído de manzanas pelándose, las indicaciones de mamá, el cotorrerío de Delia que la envuelve.

Plantada en la ciudad y con tantas horas por delante podría tratar de averiguar qué pasó. O podría fingir una mejoría anímica que tranquilizara a mamá. Agarrar un cuchillo y pelar junto a ella la piel de los duraznos, la piel de las vecinas, la piel de Mariela. Le encantaría.

Pero prefiero espiar. Espiarla. A ella.

Diez años que casi no la pisaba, y ahora me sobran los días para revisarle los pliegues. Es una de mis principales sospechosas en el caso del Dentista. Ella carga razones heredadas, belleza demasiado pulida, orgullos inexplicables. Un día decidí darle la espalda. Pero si quiero saber, es inevitable empezar desde atrás, y padecerla otra vez.

Se me da por pensar en los porteños. /barrio de Belgrano/volver/caserón de tejas/con la frente marchita/. Ellos siempre vuelven o recorren o recuerdan y hay una dulzura en el tono y en el tango. Yo no recorrí nada cuando me fui, ni lamenté mi partida. De los miles y miles que se van cada año ¿alguno lo hace? Me suena que por ese lado andan los cuatro escopetazos.

Me busco bajo los jacarandáes de la diagonal setenta y tres, ese mar azul que huele a Francia a la altura de la basílica del Sagrado. Bajo los tilos de la siete o los naranjos de la cuarenta y siete. Es inimaginable un nostálgico en el reino de la razón y la botánica organizada. En ca-

lle doce, a la altura del Instituto Británico, hay unos árboles de uva china que podríamos haber deseado comer cada verano, y sin embargo no tengo memoria de chicos trepando a esas ramas retorcidas y elegantes.

Los patios del Normal. Un perfecto damero azul y blanco para las grandes y otro de aires moriscos para los primeros grados. Y ningún árbol, ni siquiera una maceta, apenas nuestros frascos de porotos germinados sobre los alféizares de las ventanas. Imposible romper un guardapolvo en aquel sereno gobierno de la geometría. La señorita Susana desconocía las conjugaciones de todos los modos de trepar, romper, sentir. Y la ciudad, numerada y discreta, le agradecía su consagración a las buenas costumbres.

Pero quizás lo mío sólo sea un prejuicio contra cuadrados perfectos. Y contra tres infinitivos que sólo permitían amar, temer, partir.

Domingo Faustino Sarmiento: Aquí está el porvenir

Todo es febril actividad aquí. Esto me excita de tal manera que esta noche estoy seguro de no dormir; me he de pasar la noche sintiendo el golpe del martillo, el silbato del vapor y la respiración agitada de esos motores que dominan todo lo que hay que destruir para la gran obra. Me parece estar en Norteamérica.

Estados Unidos es un mocetón con la sonrisa en los labios y los puños fornidos y endurecidos de trabajo, al que siempre le quedan cortas las piernas de los calzones y las mangas de la chapona.

Pero sale el viajero de aquella zona ancha que toca los dos océanos y cesa aquella vegetación de ciudades. Méjico es el mismo Méjico de antes, con veinte ciudades estereotipadas, sin los encantos de la leyenda, con sus ranchos que ganan a nuestros gauchos en extravagancias de perendengues y cribaos y chorre-ras de botones. Bancarrota y militarejos a la vuelta de cada esquina, en la encrucijada de caminos. En el istmo (pasemos por las cinco republiquetas centrales con el pañuelo en las narices), en el istmo Aspimwal o Colón, un puerto. Démonos prisa a llegar a nuestros pagos. Valparaíso, Santiago, es América, es colonial. ¿No andan acaso los dandies con poncho a caballo y montura recortada y espuelas con rodajas arrancadas a las maquinarias y las damas con envoltorios negros que las separan de la especie humana y de la moda elegante? Ninguna ciudad nueva, y está dicho todo. Pasamos la cordillera y Mendoza revela al viajante que un nuevo tipo de sociedad, que otras ideas que las coloniales, empiezan a prevalecer. El Rosario es la primera ciudad improvisada a lo yanki, con el mismo espíritu mercantil y político, si bien es verdad que está enclavada en Santa Fe, la madre del caudillo.

Hablábamos de Buenos Aires. No había visto esta ciudad. Aquí

está el porvenir, tal como lo entiende un pueblo que fue virreinato y que tuvo que buscar a su actividad un asilo.

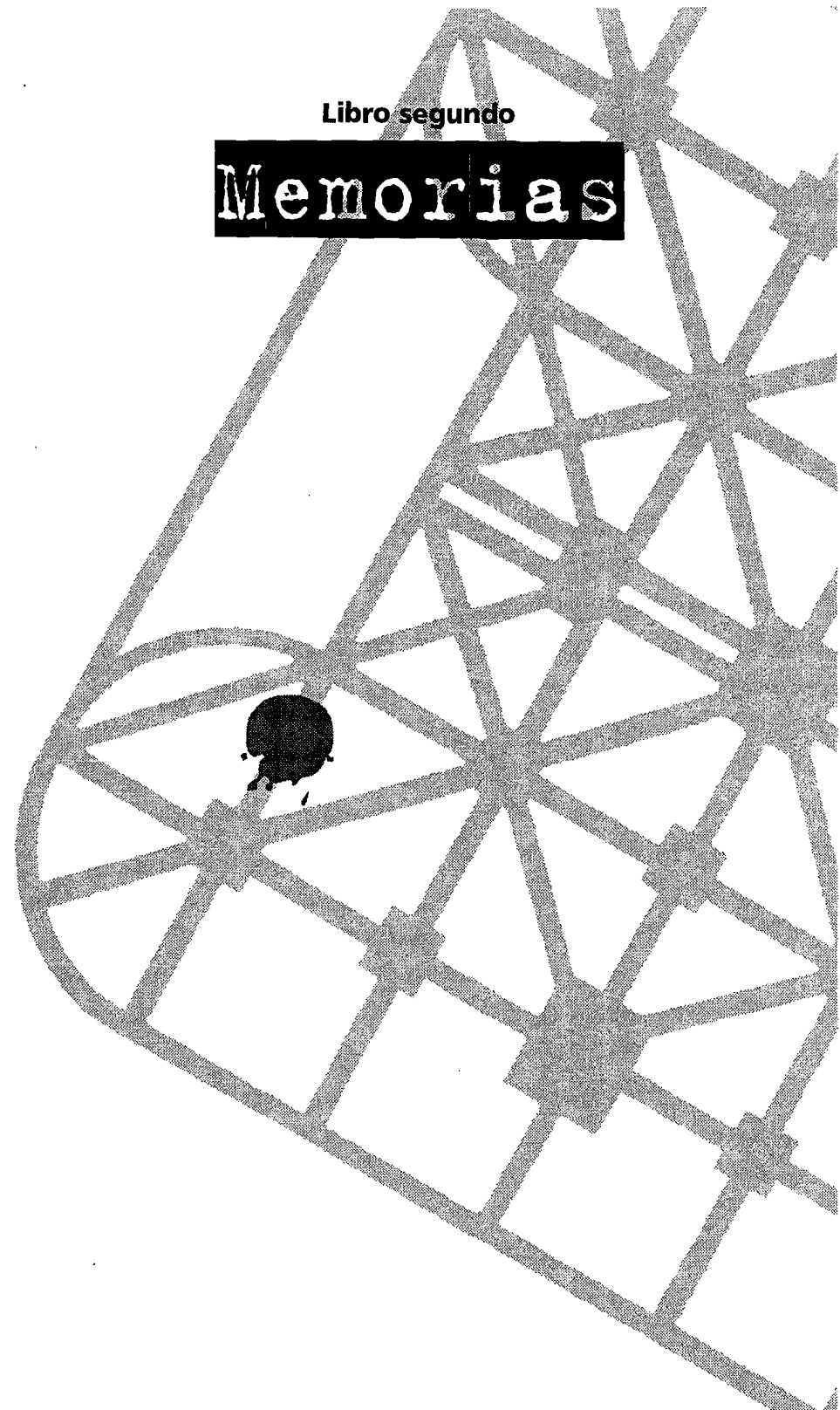
Toda la América española está inmóvil en sus formas antiguas. En estas ciudades se respira la esperanza de cambio y movimiento.

Domingo Faustino Sarmiento
El Día, 20 de octubre de 1885.

Viejo inefable, viejo engreído, viejo imposible, de todo y de todos
tuviste tiempo de opinar con tus palabras perfectas.
Por qué nos hiciste sentir que éramos tan poca cosa.

Libro segundo

Memorias



De cuando Patricia hurga hasta el fondo de sus tiempos con la esperanza de encontrar alguna pista.- Pero se distrae en Mariela.

La conocí una tarde de mucho calor, el verano en que por primera vez me dejaron salir sola a la vereda.

El triciclo me avergonzaba, ya tenía cinco años largos y estaba rogando que a Papá Noel se le ocurriera, dadas las arbitrariedades que ya le conocía, traerme una bicicleta. Choqué con la rosada, brillante bicicleta con rueditas de Mariela. Nos saludamos y empezamos a conversar acerca de las virtudes de nuestros vehículos mínimos. Me acuerdo del vestido bordado, los zapatitos de charol, la pulserita nacarada. Me contó que se habían mudado hacía poco y que su papá pondría un negocio. Me preguntó qué hacía el mío. ¿Estudia? repitió asombrada. Cuánto desamparo. Un padre estudiando casi que no era padre. Me preguntó si quería ser su amiga. Desde entonces fuimos las amigas del barrio. La fascinación de la una por la otra duró lo que la infancia. A los trece, catorce años, pasábamos tardes enteras juntas sin averiguar demasiado cuál era el eslabón que nos unía.

Papá se recibió a mediados de los sesenta y se notó. Siguió como productor de seguros pero puso su propio estudio y al año ya traía gruesos expedientes a casa. Se especializó en ejecutar garantes de viviendas prefabricadas, y eso nos alivió de vivir a los saltos. Agrandamos la casa y cambiamos el auto mientras Illia se rendía serenamente. El barrio, mientras tanto, cambiaba veredas angostas y tierra apisonada por calles asfaltadas y luces de mercurio. La periferia se iba pareciendo cada vez más al centro. Quizás por eso papá y mamá nunca pensaron en mudarse, las casas de dos pisos ganaron los barrios por aquella época y lucían más que en el centro, rodeadas de casas chatas.

Por entonces comencé a gozar de un prestigio nuevo, nacido de la chapa de bronce en la puerta, del auto sin raspaduras ni enmiendas, del traje con que salía papá cada mañana. Mariela era consciente de la diferencia recién nacida y odió la verdulería de su viejo con toda el

alma. Una tarde me juró que nunca vendería papas y no la volví a ver detrás del mostrador ni siquiera para pedir plata.

La verdulería. El camión en la puerta cada madrugada listo para ir al mercado y Lalo resoplando milagros para hacerlo arrancar. Un insomnio en cada intento. Mi deseo feroz de que la maldita catramina arrancara de una vez para poder seguir durmiendo, y mamá despertándome justo cuando me vencía el sueño. Cajones acumulados en el patio y la vereda y un polvillo que se desprendía de las bolsas de arpilleras girando en espirales todo el tiempo, siempre, por más que Sara y Delia baldearan el patio y la vereda cada tarde. La verdulería invadiendo vidas y alrededores con sus dulces putrefacciones y sus ristas de ajo. Mariela sufriendo cada visita de sus amigas, y sufriendo en serio, porque ninguna dejaba de fruncir la nariz. Con el tiempo dejó de festejar cumpleaños y organizar reuniones y se dedicó a escapar.

Discurso pronunciado por don Alberto Tapia (padre) a don Alberto Tapia (hijo) el día en que lo inscribió en la Facultad de Derecho.

Mirá Albertito, trabajé como un burro toda la vida, desde que bajé del barco no hice otra cosa más que trabajar, carpí esta tierra hasta con las uñas cuando fue necesario, y con tu santa madre le di cinco hijas mujeres y dos hijos varones. Y me juré, Alberto, que alguno iba a estudiar, y se iba a recibir de doctor, así le daba una mano a sus hermanos con lo que ganara. Así que hijo, llegó tu hora. A esta ciudad le entregué treinta años de cajones de lechuga y tomate, es hora de que ella me dé un hijo doctor.

De cuando los tiempos remotos de Mariela le acercan algunas pistas a Patricia.- Patricia descubre, en el pasado, hilachas del crimen que convoca a todos.

El primer día que entré a su casa me costó entender: detrás de los cajones apilados en un patio que no se pintaba ni se cuidaba, se abría la puerta de su habitación. Los techos altos, el piso de parquet que acompañaba nuestras pisadas con ecos graves. En el centro su camita de volados, atiborrada de muñecas. La bicicleta en un rincón luminoso, los juguetes en baúles de madera clara y el ropero rebalsando vestidos nuevos. No entendía esa extraña distribución del decorado hogareño.

Con el tiempo me acostumbré a caminar entre cebollas y bolsas de carbón para verla a Mariela en su refugio.

Nunca pregunté. Pero todo concuerda, todo es crimen. Todo es una silenciosa obediencia a las leyes invisibles. Mientras papá construía eternamente la casa, los padres de Mariela la construían pacientemente a ella. Un día, inevitablemente, fue la mujer apetecida.

La casa grande, las invitaciones a cenar, el auto último modelo, las felicitaciones, llegaron a través del excelente matrimonio de la hija única. Fueron distintas maneras de invertir.

En busca de las pistas que pueda guardar la curiosa historia que unió a Patricia con una mujer que se hacía llamar Margot y con un hombre que se hacía llamar poeta, hermano de la anterior, durante los tormentosos años setenta.

Cómo olvidarme de Margot. El poeta descubre los velos del arcano para mostrarnos la sonrisa de un niño, el perfume de una rosa, las lágrimas de una mujer, el brillo de la luna...

Abría el libro de poesías que la acompañaba y nos leía una fruta sazonada a principios de siglo con ademanes de actriz. Primer año del Normal.

Yo había leído El principito y los Cuentos para Verónica de Poldy Bird, y coleccionaba frases en un cuaderno donde también pegaba fotos de Robert Redford y Paul Newman. Alentada por la eficacia del cine dejaba que otros, detrás de la pantalla, vivieran por mí. Después lo escribía.

Margot se fijó en mis redacciones, se admiró de mis rimas, y me empezó a invitar a las tertulias literarias que organizaba en su casa y en el Jockey Club.

(Tranquilidad paterna. Las movilizaciones no me subyugaban y la patria socialista era un eco vago. Ahora entiendo por qué para Margot obtuve todos los permisos.)

La casa de Margot. Era un departamento que daba a la plaza Moreno, viejo, húmedo, al que se llegaba por escaleras de mármol grises y quebradas. En una suerte de living, ella atesoraba jarrones chinos y copias de cuadros famosos, lo que le daba al conjunto un aire barroco y señorial. La última vez que fui, algunos años después, descubrí que todo era tan falso como el nombre de la dueña de casa, y que el departamento se venía abajo a fuerza de no pagar expensas. Pero yo tenía trece años y alcanzaba con una mujer que culpaba a porteros insensibles que no entendían nada de arte.

Margot sobrevivía como profesora de literatura y dedicaba sus tardes solteras a frecuentar los círculos literarios de la ciudad. Allí leía sus poesías a la espera de elogios y aplausos encendidos. Cuando llegaban,

lo que sucedía todas las veces, agradecía, suspiraba complacida y se sentaba a escuchar a sus contertulios con el mismo empeño.

Se jactaba de descubrir talentos femeninos en abúlicos secundarios, por eso llegaba a estas reuniones acompañada de chicas que iniciaba, desde un tierno madrinazgo, en las delicias de la cultura. La envolvía una leyenda de novio muerto en la patagonia mientras buscaba petróleo para los yanquis. Vivía con un hermano menor, Dardo, a quien ella concedía dotes de poeta autodidacto y singular.

Margot creció frente a mí hasta lo inalcanzable y por eso la seguí. La realidad me resultaba vulgar y las primaveras y los arroyos cristalinos debían quedar en alguna parte, muy cerca de ella.

La primera vez que me invitó a recitar en sus tertulias leí temblando y de corrido un espantoso soneto de mi autoría que lamentablemente aún recuerdo. Me aplaudieron, pero yo sabía que la aplaudían a ella. Me sentía feliz, al menos le devolvía con creces la gracia concedida.

Cómo olvidarme de Margot.

Cómo olvidarme del soneto que lamentablemente aún recuerdo.

De cuando Patricia conoce lugares que sólo Margot le podía mostrar.

Margot me invitó a una conferencia que ella misma había organizado con el nombre de Actualidad Poética. Le ayudé a dibujar gacetillas y carteles que parecían glorietas en miniatura, y la acompañé a repartirlos por el centro de la ciudad. En el salón espejado del Jockey, bajo cientos de lamparitas encendidas entre cristales, recitó para sus amigos —siempre éramos los mismos, al fin de cuentas— hasta quedar exhausta. Un viejo admirador le acercó entre los aplausos un ramo de rosas que me encargué de comprar en la florería de la diagonal, siguiendo los ritos exactos de cinco años de asistirle. Después de los besos y los elogios nos invitó a todos a tomar anís a su casa, y allí fuimos, para dejarla volver sobre una poesía que comenzaba a impacientarme.

Margot me estaba cansando, pero no sabía cómo decirle que no y por culpa o lástima me prestaba a sus citas.

Aquella tarde, mientras su hermano Dardo repartía licores a una media docena de pacientes escuchas, mientras Margot hojeaba revistas literarias del cuarenta y se lamentaba por los tiempos idos, oí por última vez, en estricto orden de importancia, los apellidos de todas las familias fundadoras que mi anfitriona conoció en sus múltiples actividades ciudadanas. Su discurso recaló finalmente en su hermano Dardo, cuyo nombre homenajeaba al fundador, quien se dedicaba ad honorem a investigar manuscritos que guardaba el museo histórico de la ciudad algunos pisos abajo. Dardo tendría unos treinta años y apestaba a corbatas y trajes viejos.

Mientras Margot hablaba, Dardo mojaba sus bigotes finos en la copa de anís. Esa última tarde, Margot me obligó a quedarme con explicaciones oblicuas. Llevó a los otros invitados a un salón contiguo que ella presentó como su biblioteca personal, con la excusa de unos originales de Borges y Lugones que nadie conocía y de los que era feliz depositaria.

No supe qué hacer en un salón alto y vacío con semejante hombrecito frente a mí. Nunca lo había observado bien. Era pelado hasta la exageración y su calvicie brillaba como si la encerara cada día. Los huesos de la cara eran agudos y sobresalían en su flacura. La corbata anudando un cuello de camisa de puntas redondeadas y el bigote afeitado que dibujaba una línea delgada sobre el labio completaban un retrato de ministerio.

Se acercó deslizándose por el sillón donde estaba sentado, hasta quedar pegado a mi silla. Me habló de Bécquer y de Góngora y sacó un papel ajado del bolsillo diciéndome que quería enseñarme sus sonetos. Mientras lo hacía su anís cayó sobre mi vaquero y el pobre infeliz se deshizo en disculpas mientras intentaba no sé qué rápida limpieza que no le permití.

Comenzó a leer palabras que enganchaban amar con sin par y rosa con hermosa y pasión con tesón. Sus ojitos se movían en un intento de referir el amor a mi persona y la rosa a mi piel y la pasión a mis vírgenes y pelotudos diecisiete años. Cuando amagó ir del soneto a los hechos, lo esperé con una sonora cachetada sin rima.

Margot se asomó un segundo después de mi rotunda metáfora proponiendo un cafecito cómplice. Aproveché para seguirla a la cocina. Su pelo platinado a fuerza de spray barato se sacudía por una risita inquieta. ¿Y? me preguntó ¿cómo te fue? Así que había sido idea suya. Pude atar mediocres cabos. Dardo me había visto crecer y madurar durante cinco largos años. Como era incapaz de conquistar una mujer por su cuenta, fue la sombra de su hermana. Ella reclutaba pacientemente decenas de chicas románticas con ganas de figurar y de conocer el Jockey Club por dentro. Mientras debatíamos sobre Garcilaso y Sor Juana, Dardo anotaba en su libreta apuntes sobre nosotras y nuestros progresos. Nos elegía, nos atesoraba pacientemente en una telaraña que demarcaba su territorio con hilos incoloros y letales.

Margot, recortada sobre los azulejos grasientos de su cocina, me habló de la soledad de Dardo, de los años de amor que lo ligaban a mí, tratando de ganarle unos segundos a mi furia. Intentó una metonímica explicación de la cachetada y sus connotaciones pasionales, para luego entregarse a una encendida defensa de los amores contrariados.

No supe qué decir. A pesar de sus aforismos alcanforados, yo la quería, porque sus rosas y sus lunas y sus mares en continuo hipérbaton me habían refugiado de los sitios reales.

Cuando Dardo se asomó a la puerta riendo una disculpa de dientes amarillos, creí morir. Los hermanos me rodearon con una decisión en rima consonante, sin aceptar mis modernismos y disonancias.

Margot susurró un soneto de Themis Speroni y yo escapé escabulléndome bajo el brazo que Dardo apoyaba sobre el marco de la puerta entreabierto de la cocina.

Almafuerme me acompañó en mi carrera escaleras abajo alentándome a no darme por vencida ni aún vencida. Cuando alcancé la puerta de calle, sepulté para siempre a López Merino, a Bécquer y a las golondrinas perdedoras de balcones.

Pobres, ellos no tenían la culpa de nada. Supongo que Margot y Dardo tampoco, quién sabe si cambiar Margarita y Deolindo por nombres más elegantes no fue una muerte perpetrada sobre sus débiles voluntades. Una de las primeras muertes que le conocí a la geometría.

Soneto a una rosa hermosa

*Como un cáliz que espera su néctar
color sangre de roja pasión
ella espera mis brazos alertas
que la envuelvan como una canción.*

*Ella es tierna, es fugaz, es pequeña
ella nunca se entregó al amor
ella espera vibrar mientras besa
con ternura un pimpollo de flor.*

*Y yo sueño con ella y el día
en que brille en el cielo el amor
cuando pueda estrecharla en mis brazos*

*perfumados de besos en flor.
En su piel nacerá un tierno abrazo
y mi ardiente y sentida pasión.*

Dardo Pelucci

Patricia:

*Que no la turben mis sentimientos sinceros. Vivo para amarla.
Dios sabe que mis intenciones son sanas y que sólo ansío protegerla. Guarde este soneto como prueba de mi sinceridad y sepa ver bajo las débiles apariencias de la carne a un hombre que la ama de verdad. Con amor,*

Dardo.

Epílogo de una historia digna de ser escondida

Al otro día me llamó Margot. Yo estaba en quinto año y hacía tiempo que ella no era mi profesora. En la escuela nuestros horarios se cruzaban y casi no nos veíamos. Es probable que ella haya calculado todo esto y por eso necesitó ubicarme por teléfono.

Contra todos mis pronósticos de disculpas, volvió a la carga. Me aclaró que yo misma había provocado el encuentro y había tentado a su casto hermano, incapaz de meterse donde no lo llamaban. Me habló de los grandes poetas y sus amores ajenos a bajas anatomías. Dejé que me insultara diplomáticamente porque entre nosotras el poder lo tenía ella. Entonces no lo sabía, pero sentía que mandarla a la mierda estaba, sencillamente, prohibido. Tenía un respeto a toda prueba por los profesores, y hasta llegué a pensar si no me había vestido provocativamente o no había dicho algo fuera de lugar. No le conté a nadie lo sucedido, a mamá le hablé de las poesías que ya no me entusiasaban, sin omitir el detalle de haber estado en casa de Margot.

Menos mal. Al otro día, la muy atorranta la llamó pidiéndole por favor que yo no fuera más a su casa porque algunos incidentes incómodos con su hermano la obligaban a guardar el recato y las buenas costumbres.

Mamá me pidió urgentes explicaciones y le conté lo que pude temblando de culpa. Mamá sospechó de mis vaqueros y por un tiempo me obligó a usar polleras a la rodilla. Me aclaró que debía vivir cada cosa en su momento entablando amistades con muchachos de mi edad, sin entrar en confianzas peligrosas. Como castigo, me prohibió ir a las reuniones de Margot. Suspiré con alivio. Coincidíamos plenamente en ese punto.

Hoy, que vuelvo sobre mis pasos no sé para qué, le encuentro otras vueltas a aquel laberinto. Margot optó por sacrificarme para salvar al pobre Deolindo de una denuncia que ventilara sus manoseos. Vivir

sus apariencias le deparaba esos gestos. Ella aprovechaba con inteligencia su reputación intachable y la sospecha eterna que envolvía a las adolescentes.

Por eso Margarita sigue flotando en las tranquilas aguas de las tertulias literarias, sigue anunciando conferencias en el diario de siempre, sigue atragantándose de medialunas en las confiterías del centro mientras añora, con indignación patricia, los raídos salones del Jockey entregados al estado por la quiebra y la decadencia. Su piel apergaminada recibe cada día toneladas de maquillaje, mientras sus manos y su cuello le delatan vejestudes en las fotos de las noticias sociales.

A veces pienso si no será inextinguible.

Como la sospecha.

Patricia reflexiona sobre los mantos que cubren las historias dignas de ser escondidas.

Cuando Mariela me preguntó por qué no iba más a lo de Margot preferí mentirle. Yo siempre la había acusado de nadar por la superficie. Hablarle de las manos de Deolindo hubiese sido su dulcísima revancha.

Me sentía a salvo de remordimientos porque Mariela, por la misma época, también empezó a mentir. Tuvo algún asunto con un repartidor de huevos que dejaba los encargos en el patio de la verdulería. Lo pesqué una vuelta saliendo de su pieza, a la hora en que Lalo iba al mercado y Sara hacía los mandados. Mariela me explicó, con el pelo revuelto y el camión desabrochado, algo acerca de unos recibos que el pibe debía firmar y que ella guardaba en su pieza. Las dos sabíamos que era bolazo. Pero a ella la salvaba de contarme y a mí de escucharla. Desde entonces, nos unió la telenovela, la peluquería experimental y la depilación con cerote. Lo demás era mejor dejarlo como estaba, cada una tenía su ritmo y sus ritos iniciáticos, y cualquiera de las dos podía denunciar, bajo sutiles torturas familiares, a la otra, si sabía demasiado.

El equilibrio resultó saludable y cada una corrió con sus propios gastos. Mi único problema fue soportar a Deolindo como la mejor declaración de amor de mi adolescencia sin poder contárselo a nadie. Mariela se habrá comido miles de entuertos parecidos, aunque supongo que su mayor experiencia no la salvó del todo. El silencio y las corridas y la búsqueda de los mejores escondites la especializaron en fingir, un aspecto importante pero no el único de las artes amatorias.

Cuando apareció Luis en escena Lalo y Sara se quejaban escasamente de los encierros en el dormitorio. Lo supe por Delia. Creo que Luis los salvaba de repartidores y otras casualidades, de ahí la benevolencia con el futuro yerno.

Mariela prefirió la serenidad que nacía de su nueva historia

amorosa, pero agotó al dios conquistado del olimpo en escasos tres años. El resto fue un naufragio que salvó el hijo con sus lloriqueos.

Cuántas cosas quisiera preguntarle a Mariela. Cómo será. Cómo se moverán los hilos de lo invisible. Cuando la vuelva a ver sé que apenas le preguntaré la edad de su bebé.

De cuando Patricia revisa sus pareceres a la luz de sus nuevas circunstancias.

El odio que sentí por Margot desde aquella tarde fatídica me sirvió para bucear literaturas lejos de ella. El mundo dejó de concentrarse en el siglo de oro, el romanticismo francés y los sonetos a destiempo. Conocí a los otros y al principio los enfrenté como en una competencia. A Europa le opuse la magia latinoamericana y a los modernistas la crítica social y a los hombres Simone de Beauvoir. Creí en el dios de Herman Hesse y descreí con Camus. Recorrí el Mississipi de Faulkner y la isla de Carpentier. A los poetas de Margot les opuse el resto del mundo.

Hoy ya no creo estar jugando ningún partido. Leer lejos de Margot me mostró la anchura del mundo, nada más. Con más o menos rimas, en la línea de fuego o en el último vagón de las vanguardias, todos buscan con sinceridad y encuentran con fragilidad. Cada uno bucea en sentido opuesto a su antecesor para aumentar probabilidades, pero lo necesita como referencia. Como yo la necesité a Margot.

Tan frágil como ella, llegué a los treinta años que desprecié en Deolindo con sus mismos pobres sonetos.

Ovillados en el vientre.

Cinta N°2

bendito el día en que nikita encontró a fedor cuando llegamos dejamos los bultos en migraciones y salimos a caminar por buenos aires y yo me imaginaba un pueblito que iba a pensar yo semejante ciudad si en mi vida había visto nada igual al rato de dar vueltas y vueltas yo me senté en el cordón de la vereda y le dije a nikita seguí vos y la irenita en mi falda me decía que quería hacer pis y yo sentía una vergüenza tan grande que no me alcanzaban las manos para taparme la cara y me miraba los zapatos me acuerdo bien de mis zapatos tan sucios y encima ese calor y ese sol y nikita que iba y venía con un papelito con la dirección de un paisano que habíamos conocido en porto alegre que le habló de la argentina y de los campos que frutaban con sólo mirarlos nikita con su papelito sin saber ni una palabra de castellano preguntaba en portugués en ucraniano en ruso en alemán y la gente trataba de ayudarlo pero quién se animaba a salir con ese calor y encima cruzarse con un extranjero sucio era tan común cruzarse con extranjeros cerca del puerto la gente ya estaba acostumbrada y seguía su camino irene lloraba sin un grito porque a ella también le daba vergüenza tener ganas de hacer pis hasta que me animé le bajé la bombachita pobre hijita mía y soltó el chorro con fuerza en la zanja ¿por qué no lo hice antes me querés decir? hacerla esperar no se qué milagro como si el paisano pudiese aparecer a la vuelta de una esquina yo no te sé decir por qué calles anduvimos pero por la noche llegamos a avellaneda y encontramos la casa del paisano que nos dio la bienvenida sin muchas ganas porque no había recibido carta nuestra y después de todo qué compromiso tenía con nosotros ninguno le rogamos le suplicamos que nos dejara dormir en un rinconcito y al otro día cuando nikita salió a buscar trabajo encontró a fedor para mí que fue un milagro encontrarnos con un amigo de la aldea por fin alguien que se alegraba de vernos y fue él que nos habló de berisso de los frigoríficos y del murallón del río y de que no tenía plata para mudarse así que le ofrecimos alquilar con nuestros ahorros y a la semana de llegar ya estábamos aquí en la nueva york era como estar en euro-

pa con tanta paisanada junta me pareció que por fin algunas cosas empezaban a salir bien y el conventillo me tranquilizaba porque necesitaba atarme a gente que discutiera que se peleara que no me dejara tiempo para extrañar y después el trabajo en el frigorífico y la vida sosegándose ahí el Vostok ese club remendado con chapas a mí me parecía una hermosura los bailes que se armaban fue cuando conocí el tango desde el alma y entonces supe que ésa era mi música lástima que ya no se la escucha como a Nikita no le gustaba yo bailaba tango con los otros muchachos y todos querían bailar conmigo porque era la mejor yo tenía veinticinco años entonces y recién se me serenaba el miedo pero todo era sano mijita nada de trampas bailar y conversar con eso nos conformábamos además no quedaba demasiado tiempo para imaginar algo más porque el lunes vuelta a empezar como burros de carga hasta el otro domingo y menos podíamos imaginar las mujeres si a la vuelta de la fábrica nos esperaba el piletón y la comida y los chicos y la ropa rota el hombre podía darse una vueltita por el boliche por suerte Nikita nunca fue de tomar y menos de pegar la única vez que se atrevió lo mordí con tanta furia que no sé si volvimos a tocarnos alguna vez en cambio había mujeres pobrecitas ellas sí la pasaban mal sin familia y con el marido que las golpeaba que tomaba que asustaba a los chicos y dónde ibas a ir te resignabas a tu suerte porque así era así es así debe ser

Infiernos privados

La lluvia suele limpiar el aire de polvos y de alergias. Queda un perfume verde apenas se va el agua.

La piel no se limpia de la misma manera. Envejece siempre, lo que gira en mi cabeza también envejece y puedo señalar lo poco que conservo: un cuaderno de primer grado/un cumpleaños y una torta con caminos de grana/un chocolate con sorpresa/una torta descomunal hecha pedazos/una calle de tilos que no sedan.

Lo demás lo acribilló el francotirador empedernido. Lo aplastó bajo el cuadriculado gris y numerado.

No sé por qué también queda, siempre queda, una obstinación que empieza de nuevo. Siempre se escapa algún detalle que nos mantiene vivos.

Un perfume verde apenas se va el agua.

Tercer aniversario ciudadano

¡Qué impresión causan al viajero los múltiples negocios comerciales! Y las fábricas que comienzan a levantar por todas partes sus penachos de humo, como banderas victoriosas en las grandes cuanto victoriosas luchas de las industrias y de los mercados. Luchas santificadas por las metas de prosperidad y bienestar que redundan en seguro beneficio de todo el país.

A mis paisanos les digo, si las tristes condiciones de nuestra patria nos impulsan a la vida en el destierro, abrid los corazones a la esperanza y dirigíos con confianza a esta tierra hospitalaria donde reina el trabajo, donde hay pan para todos. Aquí encontraréis una fraternal acogida en los laboriosos, inteligentes y valerosos argentinos, sobre todo en el Dr. Dardo Rocha y en su benemérito partido. Porque el Dr. Rocha alimenta singular predilección por los hijos de la tierra italiana, y con su mirada de águila, ve claramente en el porvenir el tesoro de prosperidad que debe producir a la República Argentina la sana fusión de razas en el campo del trabajo.

Hay aquí extensiones interminables de terreno pingüe que esperan brazos y arados, tierras que tienen en su seno virgen la potencia fructífera suficiente para inundar no sólo los mercados de Sudamérica sino también los de la vieja Europa.

¡Venid, venid hermanos! Yo os saludo en este momento y saludo a los hospitalarios argentinos en el nombre sagrado de la fraternidad de los pueblos.

La ciudad, en poco tiempo, extenderá sus palacios y sus negocios hasta perderse de vista en torno al núcleo actual: una selva de mástiles convergerá a su puerto amplio y seguro de todas partes del mundo. Los productos de sus establecimientos manufactureros ocuparán el primer puesto en los principales mercados, ésta será la escala más importante de los puertos del Atlántico.

Invito a todos los hombres libres, para los cuales la gratitud no es una palabra vana, a saludar en este día festivo al fundador de La Plata, al hombre benemérito, con cuyo advenimiento al sillón presidencial de la república, se desarrollará una nueva era de grandeza y de prosperidad.

Amigo lector que me has seguido benévolamente hasta aquí, levanta la copa en este banquete de fiesta y brinda conmigo a la salud de la República Argentina, de Italia, de Europa, del doctor Dardo Rocha y de la fraternidad de los pueblos.

R. Castelnuovo

El Día, noviembre de 1885.

Intuyo, señor Castelnuovo, que si todas sus profecías siguieron el derrotero triunfal de Rocha Presidente, estamos salvados.

Cinta N°3

en el club seguíamos hablando como si algún día fuéramos a volver es que algunos volvieron después de la guerra y nos escribían desde ucrania cartas maravillosas con el tiempo aprendí a no creerles demasiado porque desde aquí nosotros también escribíamos cartas mentirosas nos sacábamos fotos delante de casas lindas de la plata y decíamos que eran nuestras así que yo creo que todos sabíamos que las cartas eran hermosas pavadas para consolarnos nadie las contradecía era lindo pensar que en los koljos y en los sovjos y en los consejos vecinales la tierra nos pertenecía leíamos novedades de la unión soviética y yo miraba bien todas las fotos porque en alguna podía aparecer mi familia junto a una nueva casa sin tuberculosis y sin guerra preciosas las fotos de la revista vos vieras las máquinas nuevas para el campo con todos los libros y las revistas que venían de allá armamos una biblioteca y un maestro nos leía a makarenko y a gorki a sholovov y a maiakowski con él lloramos tanto tiempo la muerte de nuestro lenin y el club se empezó a hacer famoso por las reuniones y los bailes y los picnics en el río y era como estar allá todos hablando ucraniano y nadie riéndose de nosotros y los cursos de idioma de danzas tradicionales y los festivales

el tiempo pasa más rápido

si la memoria verdea

era como si mi madre estuviese apenas a la vuelta de la esquina como si pudiese prestarme su pañoleta de rosas bordadas en cualquier momento para ir al baile del club

como haber regresado regresar estar regresando

De los inolvidables gozos y las inolvidables lluvias de Delia, acontecidos durante los gloriosos setenta.

Delia trabaja sin respiro en la casa del Dentista. Es tan grande, los techos son tan altos, los chirimbolos de plata y bronce son tantos. Delia se agota y transpira y se agita porque quiere conservar el empleo y quiere que la feliciten y quiere ser la mejor.

Adelante se escuchan murmullos de consultorio. El doctor está atendiendo. En el comedor deambulan, como fantasmas, las chicas. Después de la leche se pegan como garrapatas al televisor, a la estufa y a sus deberes. Son tan buenitas, tan modositas, ni siquiera se les desarma el peinado de colitas en la escuela. Y no necesitan que nadie las obligue, ellas solitas van y se sientan a estudiar. La señora, un piso arriba, duerme su jaqueca. La abuela puebla de pasos cortos y viejos la cocina, y de ahí no se mueve hasta muy tarde. Desde allí fríe sobre sus nietas un poder de reina madre, astuta receta inglesa.

Hace un mes que Delia trabaja en casa tan importante, y todo gracias a la señora Irene, que la habrá puesto casi de patitas en la calle pero bien que la recomendó a sus amistades. Delia es toda una mujer, si va a cumplir diecinueve y puede alquilarse una piecita en Los Hornos y trabajar por hora, que las chiquilinas son las que trabajan cama adentro. Ya no es la chaqueñita boluda de años atrás que ni siquiera conocía los fósforos y la enceradora la aterraba. Ahora sabe tomar los micros que la llevan de una casa a otra y atiende el teléfono con la música de los demás: ¿Holaa? ¿De parte de quién? Un momentito por favoor.

El doctor la está llamando.

Delia corre y se olvida de elegancias. Ese hombre le mete un miedo y un respeto distinto al del señor Alberto, porque está todo el día en la casa y allí trabaja y lustra su escopeta y reparte palabras y miradas.

Él le pide que se siente en el sillón del consultorio porque le va a revisar la boca. Una bocanada de olores picantes y fuertes y dulces le inunda la respiración y huele por primera vez perfumes de asepsia dental.

No. No quiero. Piensa Delia mientras sube y se acomoda sobre la cuerina mullida y el doctor le hace abrir bien grande la boca y le mete los dedos gordos y suaves.

Le siente el aliento a tabaco. Prefiere cerrar los ojos y casi que la alivian del miedo esas manos blandas, calientes, y esa respiración profunda.

Una pierna se apoya en su muslo y un cuerpo tenso le aprisiona las tetas. Las manos dejan la boca y recorren la blusa y una lengua tibia invade los huecos que dejaron abiertos los dedos entre sus dientes. El corazón se agita y las manos de Delia buscan un cuerpo desconocido de varón. Nada puede parecerse tanto al paraíso. En un revoltijo de manos y piernas y lenguas y cuellos logra sacarse el vestido, bajarse la bombacha. Sabe orientar al hombre hacia sus valles, y allí llueve torrencialmente.

Cuánto hacía que no bailaban amor sobre ella. Extraña ciudad, que le dedica tan poco tiempo a la piel.

Así está mejor. Así está el sexo. Su boca descansa placeres anudada a la boca del doctor. El Dentista se aparta suavemente y le sonríe y ella se despega con ruido a ventosas de la cuerina transpirada del sillón. Otro día te sigo revisando, le dice, y le recorre el muslo con una seda que habita en las manos velludas.

Delia queda prendada del amo para siempre.

De las rutinas y los fuegos que Delia entremezcla por aquel entonces.

Había días en que era Delia la que le daba la sorpresa al Dentista. Cuando él abría el consultorio ella ya estaba recostada en el sillón, jugueteando con el torno o los espejitos o los pedales que la subían y la bajaban hamacándola con suavidad. A él le gustaba ese atrevimiento y la abrazaba con fuerza mientras los dos aguantaban la risa que podía delatarlos.

Shh... las chicas, decía él mordiéndole la oreja, enredándole el pelo, desabrochándole el corpiño. La música funcional ahogaba los gemidos que Delia no podía contener. Los años y la rutina habían borrado imperfecciones y descartado preámbulos. Les bastaban quince minutos, el tiempo que tardaba en tocar el timbre el primer paciente.

Otras veces Delia se metía en el consultorio detrás del último y simulaba limpiar. Entonces el doctor la abrazaba por detrás con una ternura que le venía del cansancio y le decía al oído cosas que ella amaba escuchar.

El Dentista se sumergía en su cuerpo con lentitud y Delia disfrutaba las aguas que le brotaban del cuello, de la boca, de la vagina, de la sed.

Del día en que Delia conoce al turco en un parque de diversiones y se jura que algún día ese hombre será suyo.- Sigue transcurriendo, parsimoniosamente, la maravillosa década de los sueños.

El asunto es así. ¿Ves las latas? Bueno, si tirás todas con estas pelotas te elegís uno de esos osos de peluche. Si tirás una pila nada más, te llevás un chocolatín. Y si no tirás ni una lata, y bueno, piba, por lo menos te diste el gusto de estar un rato con el turco. El Bocha me dijo si no quería trabajar con ellos y yo agarré viaje, por lo menos hay música, no tenés que agachar el lomo en una obra ¡ahí va! ¿ves qué fácil? ¿cómo te llamás? ¿Delia? Me gusta. Poné el brazo así, Delia, a ver dejame que te ayudo. ¡Eso! Hay días que no viene nadie, pero los sábados a la noche se llena. El Bocha es medio lerdo para pagar, pero lo apuro un poco y al final larga. Estos kioskitos son bastante calurosos, pero con un blanco bien frío se aguanta. Cuando paramos en Los Hornos no hay problema, me corro hasta lo de mi vieja y me refresco con la manguera, me cambio la camisa, esas cosas. Mala suerte, Delia, otra vez será, no dejes de venir. Tomá estos aritos, gentileza de la casa.

De los orígenes de un gran amor y un tenue matrimonio.

Delia apura el paso. Viene de lejos un retumbar de tambores que hace temblar el asfalto por donde camina. Caminan, vuelan, apenas apoyan los pies en la vereda los dos chicos que este viernes quedaron a su cargo y que lleva aferrados uno en cada mano; doña Irene le recomendó encarecidamente su cuidado así ella salía con don Alberto, contenta de que Patricia y Jorgito prefirieran el corso al restaurant.

Delia no quiere perderse ni un brillo. Ella cosió hace unas semanas las lentejuelas que hoy lucirá el turco. *Juventud de Los Hornos. Boca Juniors.* Y en la espalda *Saúl*. Delia ha besado cada letra al escribirla. Una blusa violeta y satinada las moverá al compás del turco, para ella.

El corso está por estallar. Los Hornos tiembla. Delia se deja inundar de papel picado mientras busca el cordón de la vereda a los empujones, llega justo a tiempo, porque mientras acomoda a los chicos anuncian *¡Ju-ven-tud-de-Los-Hor-nos!*

Pasan las borreguitas como mujercitas en miniatura y sueltan un sacudón de caderas que el público festeja. Pasan los pibes saltando como elásticos, como muñecos de goma, pasa la reina de la comparsa, pasa la bandera de tres hojas con tres escoltas altivos, pasa el estandarte tornasolado, y ahí llega, rodeado de tambores, solo, transpirando saltos de acróbata.

El turco.

Delia aplaude enloquecida porque nunca vio un hombre igual.

Y el turco la ve, claro que la ve. Delia se ha corrido hasta la mitad de la calle.

El turco le guiña un ojo y le manda un beso con la mano y Delia mira a su alrededor, a los chicos, al mundo, para cerciorarse que han visto que el rey es de ella.

Para Patricia y Jorge las cosas empeoran. Delia ha decidido seguir a su turco por todo el trayecto, así que para adelantarse y poder salu-

darlo los tres buscan los huecos que deja la gente, se cuelan por allí y se sientan dispuestos a levantarse y correr cada vez que Saúl Assad se aleja.

El turco baila como un dios. Su negrura brilla aguas sudadas que caen en gotones sobre la pechera de volados. Un pantalón blanco, immaculado, descansa sobre sus alpargatas claras recién compradas. El turco luce los colores de Los Hornos y Los Hornos lo luce a él. ¿Quién honra el estandarte con saltos tan perfectos como los suyos? Salta en cruz, vuelve sobre su paso, alarga los muslos y vuelve a saltar, en el tiempo que marcan los tambores.

Juventud de Los Hornos ensaya desde hace varios meses. Al turco lo llaman siempre porque le frena el vino a los pendejos y los dirige con disciplina militar. La comparsa no es joda, suele decirles. Y él también se mide el vino porque un tropiezo, un vértigo, una caída, serían el fin.

La cuida a Mimí, porque el puto es fija que termina cogido en una zanja si él no se impone. Le alaba el vestido y las medias finas, pobre Mimí, que el resto del año se desvanece bajo un mameluco de taller de chapa y pintura. Y para la mano el turquito, que no son días de trabajar con billeteras.

Desde enero que la Delia cose bajo el calor de la piecita lentejuela por lentejuela. Les ha robado a sus patronas hilos finos y el turco se emociona: una tarde le trae una sandía fresca, cortadita sobre hielos, y la desviste un rato antes de irse a ensayar. Delia agradece con acrobacias que aprendió entre otras piernas.

Cuando llega la calma Delia prepara unos mates que inauguran el idilio. Ninguno dice nada en especial y así marcan los modos que serán entre ellos. El turco se calza con cuidado las alpargatas de baile y Delia vuelve a las lentejuelas.

Una palmada sonando sobre su traste le recuerda intimidaciones antes de volver a quedar sola. Claro que la pieza le brilla de otro modo y resuelve limpieza general y recorte de revistas para engalanar paredes, no sea cosa que el próximo domingo el lugar siga pareciendo vacío y sin mujer enamorada. Delia sabe con quién se casará algún día y besa la camisa que respuntea con mucho más cuidado.

Los carnavales le recordarán cada año el día de su mínimo aniversario.

Querida Delia:

espero que te encuentres bien y gosando de buena salud. aquí todos estamos bien y con trabajo gracias a dios. El hugo sigue creciendo con salud y ya está hecho un hombresito. pregunta siempre por su madre y yo le cuento. ayer fui a la estafeta y no llegaron noticias tuyas, por eso te escribo para que me mandes la platita y si podés unas sapatillas número treinta y ocho para mí y unas veintiseis para el hugo, y si tu patrona te da esa ropa tan linda como la otra vez no te olvides de nosotros. mamá ya está muy viejita y siempre me pide tus fotos para verlas, así que si podés mandame fotos nuevas, de como estás ahora porque la última tiene como cinco años y si no no te vamos a conoser cuando te veamos. el rafa se fue al monte a trabajar con el estanciero que trabajaba papá ¿te acordás? y parese que se juntó con una paraguayita pero son mentas que nos llegaron él todavía no dijo nada la laurita que apenas si te conoce siempre dise que quiere ir a ver a su hermana mayor y que quiere irse con vos así que si sabés de algún trabajo avisá porque la lauri ya va a cumplir los quince y puede trabajar y ayudar y podría vivir con vos en la piesita. mamá te manda este dulce de sapallo que hiso ella y estas sintas rojas para que te anudes en la muñeca que son para los daños y el empacho. a mamá se le hase de golpe que estamos todos acá como cuando éramos chicos y nos nombra uno por uno y nos reta y nos manda a dormir que a veces arropa tu cama como si estuvieras y te manda a hacerte las trenzas por la mañana. yo la dejo, total que no hase mal a nadie y se entretiene. menos mal que lidia y yo nos quedamos con ella sino no se que haría. el huguito ella cree que es el hugo, el hijo que se le murió en el cincuenta y pico, así que lo acostumbro a decirle mamá y lo quiere un montón.

un beso

marta.

Cinta Nº4

querida marta:
aquí van los pesos que me pediste que no te los mandé antes porque el doctor anduvo flojo de trabajo y no me había pagado y lo que gano en las otras casas me alcanza para la piesa y para mis cosas. Teneme pasiencia que al huguito lo voy a ir a buscar en cuantito pueda y me lo voy a traer a vivir conmigo que así debe ser. No falta mucho para que yo levante cabeza, si consigo algún aumentito y puedo casarme las cosas se van a ir solucionando. porque yo quiero que el hugo tenga un padre, que eso es lo que se merese, no quiero que lo señalen por la calle y digan ahí va el hijo de nadie.

Si dios quiere también voy a poder dejar la piesa y mudarme a una casa como la gente con jardínito y todo así que voy a poder criar algunos animales porque unas gallinitas nunca están de más y voy a aser un horno como el de casa así cosino el pan y voy a plantar unos sapallos y lechuga y vas a ver cuánta platita voy a poder ahorrar.

y quién te dice capas que puedo venderle a mis patronas huevos frescos y verdura y algún día hasta por ahí abro un negocio y me los traigo a todos para acá así mamá descansa de una buena ves.

vos maritita teneme pasiencia que por algo sos mi hermana preferida y la madrina del huguito.

un beso
delia.

a irene le iba muy bien en el colegio y se empeñó en seguir el comercial en la plata todo cosa de ella porque yo no hubiera sabido ni cómo anotarla y dejó de ir al vostok porque ella prefería ir a la plata con sus nuevas amigas y yo me enojaba porque era un dineral en colectivo un día se puso a preparar alumnos y le fue bastante bien ya no pidió más plata yo sé que se bañaba en la escuela cuando iba a hacer gimnasia qué íbamos a tener ducha nosotros ella empezaba a tener costumbres nuevas y nunca traía compañeras al conventillo porque le daba vergüenza se las ingeniaba para hacerse ella la ropa y también le hacía a verita así que cuando salían parecían chicas de buen pasar y como ella y vera eran bastante lindas empezaron a noviar en la plata y yo cada vez las veía menos pero no me podía quejar la casa relucía la comida siempre a punto cuando nikita y yo volvíamos de trabajar las chicas ya habían hecho todo para ellas ucraniana no significaba nada salvo un idioma que hablabamos en casa cuando les dije de volver cuando les dije que la guerra había terminado y que podíamos volver y que ya no había razón para estar lejos de la familia ellas me miraron sin entender volver a donde preguntaron los tiempos ya no eran los mismos ya no eran los tiempos del vostok ni los de berisso que se fue apagando como una viejita que se muere de a poco sin que nadie lo note primero los frigoríficos después el puerto cada vez menos barcos menos sirenas menos barullo porque nadie quería la aftosa en la carne y sin perón y sin carne para exportar berisso se hizo difícil entonces el club empezó con lo de las ollas populares las mujeres nos movíamos como leonas pero después los curas y los matones se metían a decir que lo habían hecho ellos y terminábamos todos peleados el entusiasmo se va yendo con los años la gente no es tan buena como uno quisiera y el comunismo no es tan fácil ni siquiera en russia por suerte nikita se fue de este mundo pensando que su tierra era el centro de la tierra era el paraíso de hombres fuertes que lo habían logrado en el sesenta las chicas se desafilieron yo las entendía nikita murió sin entenderlas sin que le gustara demasiado tu padre porque él quería a sus hijas casadas con paisanos y regresando

Abril de 1979

Esta tarde estuvo tía Sara. Mi vieja se sienta a hablar con ella horas y horas y yo aprovecho para ir al fondo, salgo a ver la parra, le busco algún racimo, me pongo a comer uvas como distraído, voy a buscar revistas viejas al lavadero. Es un solitario, escucho que dice mamá.

Yo no sé si sabrá lo de Delia.

La oigo a la negra chancletear cuando cruza el patio, llega al lavadero cantando bajito, no, si no es ninguna tonta, pone a funcionar el lavarropas, entrecierra la puerta, y empieza a revolverme el pelo mientras tararea no se qué música. Ahí es cuando me vuelvo loco, cierro los ojos y pienso que es Mariela que por fin me da bola, creo que digo Mariela en voz alta y Delia me tapa la boca con besos. Yo la dejo hacer, se ve que sabe, y a mí me gustan sus manos cuando desabrochan la camisa, cuando se meten en el pantalón entre las piernas. Ella hace todo y lo hace muy bien. Ella está muy bien. Cuando para el reloj del lavarropas ella se aleja, saca la ropa, la mete en el piletón y se pone a enjuagar como si nada. Pero cómo calcula esta mina, es el tiempo exacto.

Me deja cansado y feliz, si siguiéramos un segundo más me vendría el asco. Yo salgo al rato leyendo una D'Artagnan y me siento bajo la parra creyendo que toda la tarde estuve ahí. Delia sale a colgar ropa y me vienen unas ganas de que las viejas terminen de una vez. No las soporto cuando hablan de nosotros porque no entienden nada y porque sé que mi vieja se olfatea algo y se hace la tarada. Son cosas de hombres, dirá, y se consolará igual que cuando el viejo vuelve tarde.

De las prisiones en las que Delia encierra los vapores de Mariela.- De los secretos favores a Jorge, cuando aún no había estallado el mundo.

Delia lo espía complacida. Jorge estruja entre sus manos el interior de Mariela, sus perfumes íntimos, se llena de ella. Lo necesita. La ventana de su pieza en la planta alta de la casa da al patio, y allí están Patri y Mariela tomando sol.

Es verano, son chiquilinas sin nada que hacer, han descubierto que el bronceador les dora rápidamente la piel y se pasan tardes enteras juntas preparando una belleza que lucirán el sábado en el baile. Se hacen la toca y aprietan un pañuelo sobre los piquitos y prueban cada tarde una receta nueva que alisa mejor el pelo. Mojadas en transpiración se pintan las uñas, se depilan, se sacan granitos.

No saben de Jorge.

Y Jorge no sabe que Delia.

Jorge muerde la piel dorada de Mariela escondida en la memoria de su corpiño mientras la mira dormitar al sol. Lo refriega por su cara, por sus muslos, le exprime Mariela.

Sube de pronto por la ventana una carcajada de mujeres que lo paraliza.

Delia le adivina el miedo y entra, lo tranquiliza con sus caricias, lo abraza fuerte. No te descubrieron, tontito. A Delia la invade una ternura tibia y lo deja terminar en su vientre. Está cansada de lavar calzoncillos con semen que no se hunde en hueco de mujer.

Febrero de 1980

Delia cree que no me doy cuenta. Anoche encontré bajo mi almohada un corpiño. Olía a Mariela. Antes de ayer un peine con su perfume. Cada tanto un lápiz de labios, un papel con su letra. Se los roba cuando limpia su pieza y me los regala sin decirme nada. Sé que es ella, quién otra. Mariela no se olvida esas cosas cuando viene a visitar a Patricia.

Mañana la invito, tengo que poder. Lo hacen millones de boludos repartidos en miles de boludas ciudades, frente a millones de boludas minitas. Que a veces dicen sí y a veces dicen no. A muchos les dicen sí. A muchos les dicen no. ¿Qué hay de terrible? Nada. Si Mariela dice no, seguiré sufriendola como hoy. Y si Mariela dice sí, cambia todo. Entonces ¿por qué mierda me resulta tan difícil? ¿A qué le tengo miedo?

A la cara de Luis, a la cara de Sara, a la cara de Patricia al otro día. A todas las caras de todas las personas que al otro día van a saber que soy el boludo al que Mariela le dijo no, mirá, mejor no salgamos, dejalo para otra vez. A todas las caras, a la de mamá, a la mía en el espejo, a la de Delia, esperando que una minita nueva me derrita el bocho, esperando el día en que alguna, en nombre de todas, diga sí, tengamos piedad de este pelotudo, salgamos a tomar algo con él, que la mami espera ver al nene arreglándose para una cita. A eso le tengo miedo.

Y por eso acá estoy, varado en Mariela para siempre.

Impresiones de un viajero ilustre

Qué entusiasmo puede despertar el bautismo de una ciudad y la colocación de su primera piedra, una multitud atrae la noticia de tal espectáculo, el cual se reduce a contemplar un terreno desierto, especie de plaza inmensa donde las generaciones futuras van a escribir una historia que todavía no se vislumbra. Todos los que el 19 de noviembre de 1882, día hermoso de verano, concurren a la meseta desde donde se les había de mostrar el espejismo de una ciudad, eran americanos o americanizados, y todo vieron y festejaron de antemano en esa atmósfera transparente el porvenir que divisaban a través de su imaginación.

Si ese día pudieron ser víctimas de un espejismo, pocos meses después, lo entrevisto en sueños se convertía en realidad. Entonces —hace de esto unos cinco años— lo que se contemplaba allí era el sitio que debía ocupar una ciudad. Para guiar la vista y el espíritu se colocaron de trecho en trecho estacas adornadas de gallardetes, que servían para mostrar la futura dirección de las calles, plazas, edificios, estaciones de ferrocarriles, o palacios destinados al gobierno. Nunca olvidaré la impresión que experimenté en 1886, al poner el pie en el andén de la estación, de la que años antes sólo existía la estaca que indicaba el sitio que más tarde debía ocupar. Hoy es un monumento imponente: allí terminan todas las grandes vías urbanas, grandes calles y hermosos boulevares, muy bien pavimentados, con numerosos carruajes y tranvías y todo lo que contribuye a hacer creer que se halla uno en una gran ciudad.

Mas, aunque esta ciudad decretada, trazada, creada y edificada de orden suprema, porque tal ha sido el beneplácito de los que resolvieron que allí debía existir una gran ciudad, posea el sello que es común a todas las ciudades de la república, difiere de ellas sin

embargo por la rapidez de su desarrollo, pues no ha tenido esa infancia larga y oscura de las demás ciudades americanas.

Puede decirse que, desde el primer instante de su ser, hemos podido contar todos y cada uno de los latidos de su corazón. Con ella se ha hecho lo que cierta escuela hace hoy con los niños, a quienes vigila minuto a minuto, colocando la cuna sobre una balanza, que automáticamente marca todos los días las diferencias de peso.

Al abrir los ojos a la luz la ciudad se ha encontrado con un estadístico a cada lado de su cabecera, se encuentra con otro en la mesa y parece que hubiese uno apostado en cada una de las esquinas de sus calles. De aquí el que sepa, día por día, los millares de ladrillos que gasta, cuántos pies cúbicos de madera y cuántas toneladas de hierro entran en los edificios, cuántos carpinteros tiene y cuántas cepilladas de cada uno de ellos. Estos guarismos se ven muy en breve agrupados en magníficos volúmenes y las fotografías de la ciudad hechas, por decirlo así, todas las mañanas, nos permiten seguir paso a paso la serie rápida de su progresos. Estos son reales, aunque no todos indispensables. Si es cierto que sus anchas calles no conducen sino a las llanuras desiertas, ni ofrecen otro horizonte que el de las soledades de la pampa, por eso mismo nos causa estupor su gran movimiento y la rapidez con que se levantan a lo largo de sus calles, apenas trazadas, filas de casas y palacios.

Dr. Honorio Daireaux
El Día, noviembre de 1895.

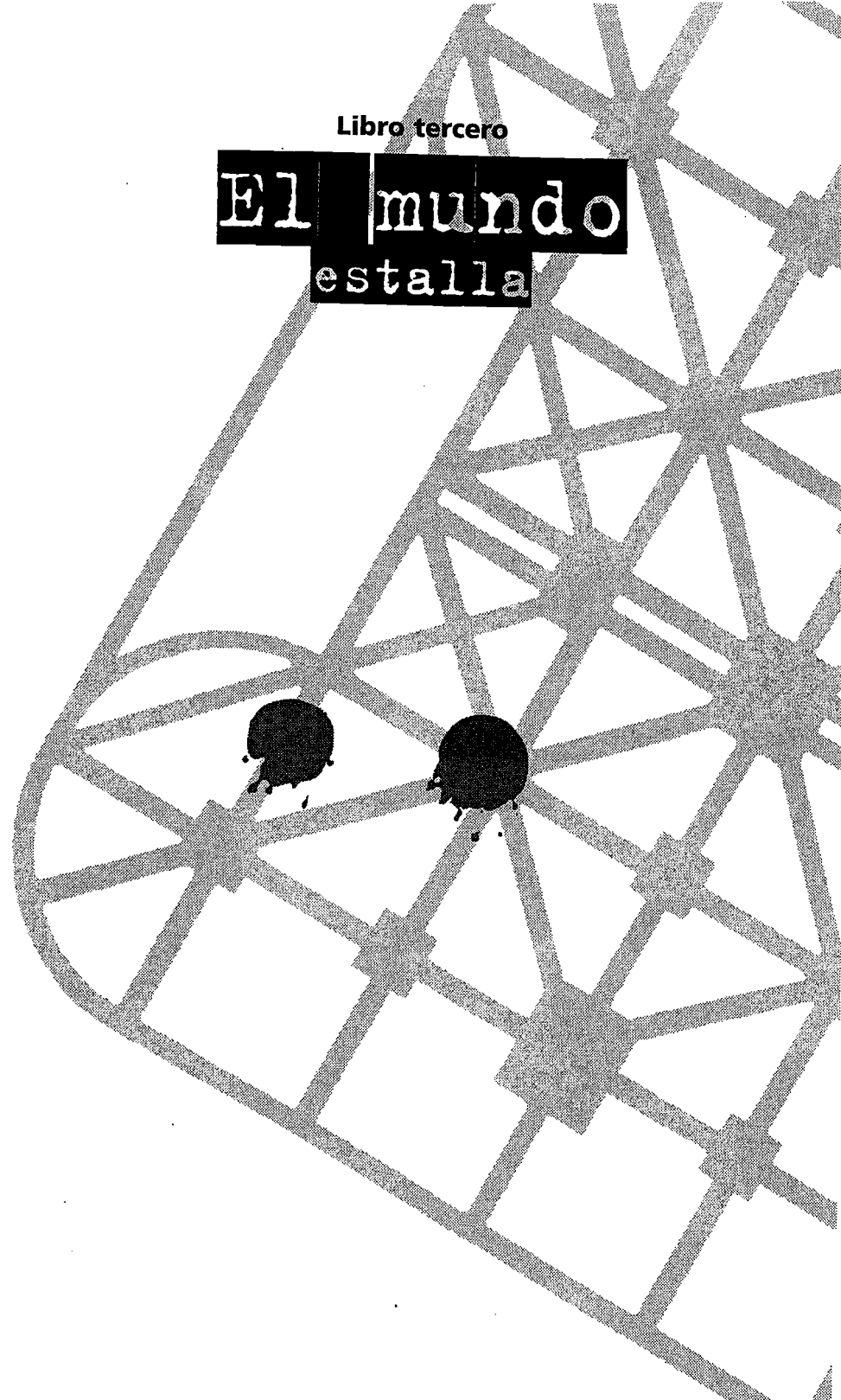
Señor Honorio, ¿quién nos espía desde el fondo del siglo? Quién nos mide, quién lleva la cuenta exacta de nuestros ladrillos y maderas. Quién conoce todo lo que hacemos y decimos.

Quisiera saber la medida exacta de mis furias. Quisiera saber a quién presentar mis estadísticas, dadas mis ausencias. Quién sacará mis promedios. En qué esquina.

Señor Honorio, es un placer volver a un territorio sin imprevistos.

Libro tercero

El mundo estalla



Una ciudad única en su género

Como americano, acostumbrado a oír las alabanzas que hacen todas las naciones a los Estados Unidos, me quedé muy sorprendido al convencerme de que, en más de un punto, nos está sobrepujando nuestra república hermana del continente del Sud.

El aumento de la población por medio de la inmigración, de lo que tanto nos solemos jactar, es aquí mucho mayor. En Buenos Aires existen bancos que disponen de más capital que los nuestros; hay mayor número de periódicos y se hace más uso del teléfono que en ninguna ciudad de los Estados Unidos, sin hacer excepción de Nueva York.

La ciudad tuvo su origen en la necesidad en que se hallaron los habitantes de la provincia de Buenos Aires de fundar una capital habiéndose convertido la ciudad de Buenos Aires en la capital de la nación. Por consiguiente, en 1.882 se hizo la traza de una ciudad en la pampa lisa, cerca del gran río que parece un mar, 30 millas al sudeste de Buenos Aires.

Hoy, que han pasado siete años apenas, es una ciudad de 60.000 habitantes, y se calcula el valor de sus fincas, incluidos los edificios públicos y el puerto, en doscientos millones de pesos.

Esta ciudad que se ha levantado por encanto en el desierto, no es una colección de casillas de madera, con veredas de tablas y fangales por calles, como son casi todas nuestras poblaciones de rápido crecimiento al oeste del Mississipi. Por el contrario, consiste en calles anchas, largas y majestuosas, a cada uno de cuyos costados se encuentran líneas de elegantes casas de negocio y habitaciones particulares, con hermosas fachadas y cornisas artísticas.

Los edificios públicos están bien repartidos por toda la ciudad, y cada uno es un verdadero palacio por sus grandes dimensiones y su pomposa arquitectura. Así sucede que el viajero que llega de

Buenos Aires, al salir de la elegante estación del ferrocarril, se encuentra con una ciudad que, venga de Londres, París o Nueva York, le sorprende y le deleita por su magnificencia arquitectónica.

Henry Ward
El Censor de Buenos Aires, 1889.

¿Podríamos calcular, dear Henry, la cotización exacta de la ciudad ahora? No se olvide de calcular el valor de mi desconcierto.

¿Podríamos calcular cuántas veces suman una costumbre? Le recuerdo, Mister Ward, que las alabanzas guardan un insulto entre los dientes, acostúmbrese también a eso.

La ciudad cumple cien años: el gobierno bonaerense crea la Comisión del Centenario.

Al término de la reunión que ayer realizó el gabinete de la provincia, se informó que fue aprobado el decreto de creación de la Comisión del Centenario de la Ciudad, que tendrá a su cargo la programación de los festejos a cumplirse en noviembre próximo.

La comisión quedó integrada de la siguiente manera: presidente: Señor Gobernador; miembros honoríficos: Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia, Arzobispo de la Arquidiócesis, Comandante de la Décima Brigada de Infantería Mecanizada, Director de la Escuela Naval Militar, Rector de la Universidad Nacional; miembros ejecutivos: Ministros Provinciales e Intendente Municipal. El cuerpo quedó facultado para actuar todo lo que estime necesario para dar mayor realce al homenaje.

El Día, 12 de enero de 1982.

Patricia comienza a recorrer los fatídicos años ochenta.- Radiografía de Jorge, tal como era antes del estallido del mundo.- La madeja a desenredar más bien se enreda.

Luis reina sobre los carnavales del Jockey Club. El salón es un manojito de cuerpos calientes y entre ellos Luis habita con luz propia. Cuenta chistes ingeniosos que dirigen las risas, deja traslucir su desdenguado, su condescendencia con los seres inferiores, cuando apenas sostiene el cigarrillo que fuma. Mariela lo toma como una provocación a sus habilidades.

Jorge viene con nosotras al baile de carnaval. Alimenta una débil esperanza. Si llega con Mariela puede invitarla a bailar disimulando las ganas. Pero cuando entramos al salón Luis lo llama, le palmea la espalda y lo encierra en su círculo. Y él se une al coro de las risotadas y pasa a ser uno más. Lo sé antes que suceda, puedo numerar la secuencia. Ahora Mariela queda demasiado lejos de sus seducciones. Él sabe que yo sé. Cuando pasa al lado mío me dedica un gesto que intenta tranquilidades, no te preocupes, hermanita ¿no ves lo feliz que soy? Escribo. Creo que me hacía ese gesto. Nunca me contó lo de Mariela. Jorge, nunca hablamos de Mariela.

Yo sufría como una condenada porque sabía, eran las reglas de juego, que Jorge no tenía chance. Y Luis, su poderoso amigo que lo salvaba de despreciarse, tenía todas. Aquella noche vi a las marionetas acomodarse en su exacto lugar. Las reglas debían ser ridículamente simples para que estuvieran tan a mi alcance. Cuando Mariela se separó de mí supe todo lo que seguiría. Que yo bailaré con compañeros olvidables que me hablarán al oído con aliento a cigarrillos fuertes. Que debía probar otro y otro compañero con la esperanza de un príncipe que de antemano era de las otras, las Marielas. Que Mariela se acercaría dibujando curvas en el aire para pedirle fuego a Luis, para soltar su risa ensayada y hermosísima, para apretar sobre el cigarrillo sus labios perfectos, para decir las cosas que podríamos decir todas pero nunca con la gracia de ella.

Mariela baila con Luis hasta enloquecerlo y Jorge inventa un disimulo que no le creo y volvemos los tres, Mariela, Jorge y yo, en el taxi que nos regresa de la misma fiesta de carnaval o de carnavales distintos. Todo me resulta obvio y sé que Jorge subirá a su cuarto sin decir una palabra para sentarse y escribir sus furias y sus intentos en el diario que le calma los nervios, escribo en el diario que me calma los nervios.

Es impensable entrar a su pieza para decir alguna cosa que no sirva de mucho pero que alcance para que no esté solo. Hubo noches que estuve parada frente a su puerta más de media hora. Escuchaba el rasgido de la birome sobre sus cuadernos. Lloraba aferrada al picaporte que sabía que no iba a abrir. Sólo me demoraba para probar la fuerza irresistible, desconocida, que me detenía. Nunca, como aquella noche, me pareció tan poderosa.

Fue en aquellos carnavales que empollaban una guerra cuando Mariela decidió que se casaría con Luis Balbuena. Eran nuestros últimos bailes. Mariela estaba arañando su título de bachiller a fuerza de profesoras particulares y ya estaba lista para iniciar el noviazgo que se atiborra de formalidades, el que se comenta en el barrio y se presenta a las abuelas porque promete futuros.

Pero faltaba solucionar un último detalle. Luis era el mejor amigo de Jorge y Jorge era el candidato de Mariela. Al menos así lo sentía Jorge y así lo sentía el barrio. Inesperadamente, la guerra la salvó a Mariela de urdir planes más complicados. Las folklóricas islas lo sacaron a Jorge del escenario y las visitas de Luis a su casa pasaron desapercibidas. Quién se acordaba, aquel otoño, de las pasiones del cielo.

Jorge fue citado los primeros días de abril para presentarse en el mismo cuartel donde había aguantado estoicamente su colimba. La vida se estaba partiendo en pedazos. El mundo y la televisión pasaban por la vereda de nuestras casas, de pronto un hermano, un vecino, un inútil que se desperdiciaba hasta ayer en una esquina, eran héroes. El mundo los arrancaba del anonimato y de sus casas y quién no se conmovía. Mamá pasó a ser el centro de los saludos y las euforias vecinales.

Cuando Jorge volvió y nos preocupaba su locura, el noviazgo de Luis y Mariela ya era un hecho. Las vecinas lo festejaban y de paso esquivaban los lamentos de mamá, que no encontraba a las amigas solidarias de meses anteriores.

Delia traía información fresquita cosechada en la vereda de enfrente y la volcaba como un derroche de agua sobre tierra estéril. Anoche

Luis se quedó hasta las tres de la mañana. Esta doña Sara no cambia más, Mariela se levanta después del mediodía y no le dice nada. Ayer Luis le regaló un anillo. Qué cosa, la guerra de las Malvinas. Vengo acá y no hay otro tema. Ellos ni la nombran.

Luis no eludió los incómodos deberes de la derrota. Empezó a visitar a Jorge en tempranos horarios de geriátrico y cuando mamá ensayó disculpas en nombre del hijo ausente él sentenció que era lo menos que podía hacer.

Claro que Luis no fatigó charlas explicando lo de Mariela. No hubiese tenido sentido. Igualmente y para su tranquilidad, Jorge era una ausencia que apenas nombraba, de vez en cuando, una novela que estaba escribiendo.

Luis le empezó a dar manija a aquel asunto. Me acuerdo que mamá acunó una ardiente esperanza de mejoría porque Jorge se despertaba del limbo cada vez que hablaba de esa obra. La novela pasó a ser el tema de todos los almuerzos. Luis le dijo un día a mamá que podía leerla en la radio, por entregas, si era buena. Cómo no iba a ser buena si la hacía Jorge. Pobre mamá, que enloqueció a su manera.

Luis logró, con cuatro o cinco visitas y un golpe certero, disipar sospechas de traición. Lo que yo no entendía era por qué necesitaba quedar bien con nosotros, si Jorge vivía ajeno a todo y no le estaba serruchando el piso.

Un día Delia, a los gritos, anunció lo tranquila que estaba doña Sara si lo de Luis y Mariela no nos caía mal. Con que era eso. Así que Luis la cuidaba como suegra. Señal infalible. Mariela había decidido casarse.

La bronca que había acumulado me viró a lástima y dejé de herir a Luis con palabras afiladas.

Discurso pronunciado por el doctor Alberto Tapia frente a su esposa e hijos el día en que Jorge fue convocado por el Regimiento Siete para participar de la recuperación de las Islas, allá por 1982.

Hijo: Argentina te llama. Mi corazón de padre está henchido de orgullo. Hubiese deseado que en esta hora grande la nación me hubiese convocado a mí. Pero el hado es insoldable en sus designios. Qui-so Dios que sea la sangre de mi sangre la que enfrente al enemigo para recuperar las Islas injustamente arrebatadas. El llanto de tu madre, de tu hermana, deben fortalecer tu corazón. No dejes lugar al miedo o la duda, porque lo que está en juego son los altos destinos de la patria. Que la muerte no te acobarde, porque la razón está de nuestro lado y es nuestra la victoria.

No quiero verte triste, ni apocado, ni débil. El futuro abogado necesita este bautismo de fuego. Los argentinos debemos jugarnos y tener lo que hay que tener bien puesto. Así te eduqué.

No sea flojo, varón, y venga un abrazo.

La torta del Centenario

Uno de los temas del Centenario que anda en boca de todos es el de la torta del festejo.

“La Asociación de Panaderos quiere devolverle a la ciudad todo lo que la ciudad le ha dado”, explica el presidente de la entidad.

“Va a llevar 25.000 huevos, 600 kilos de azúcar, 680 de harina, y va a pesar alrededor de 3.000 kilogramos, por lo que se espera que van a comer de ella aproximadamente 30.000 personas” agrega el secretario de la Asociación.

“El diseño es un símil del plano de la ciudad, con sus plazas y centro cívico decorados, su cobertura va a ser de merengue italiano y el interior de bizcochuelo bañado en almíbar y dulce de leche”, nos aclara.

“Las autoridades han dado una gran importancia a la torta gigante, a tal punto que el corte y el reparto de la misma se ha tomado como broche de los festejos del día 19 de noviembre.”

“A las 22.30, después de que se corra el clásico, se va a comenzar a cortar, y todo está organizado de tal manera que cada una de las personas presentes en la plaza podrá probar un pedacito.”

“Pero lo que quiero resaltar —concluye— es que esto es un homenaje simple, sencillo, un regalo que la Asociación de Propietarios de Panaderías le hace a la ciudad en que ha crecido.”

El Día, 4 de setiembre de 1982.

Patricia recuerda la novela que Jorge escribió al regresar de la guerra.- Patricia comienza a atar cabos sueltos desde 1982.

El asunto de la novela creció gracias a la leña que echaron al fuego mamá y Luis.

Yo deseaba con toda el alma que fuese buenísima. En una de esas, la guerra había despertado al escritor y un chispazo de genio cruzaba las neuronas descoloridas de mi hermano. Cada sanfrancisco a su manera, Jorge señalaría al mundo desde su literatura.

Es cierto que desde que se había enamorado de Mariela, a los catorce o quince años, no había dejado una sola noche de calmar sus fiebres en el diario que nadie conocía. Lo guardaba, yo lo sabía, dentro de un tomo del Espasa Calpe ahuecado con paciencia digna de mejor causa. A mí ni se me ocurría espiarlo, Mariela me hartaba como amiga y era demasiado padecerla por escrito.

Cambiar diario sinuoso por novela temprana parecía saludable. Todo indicaba que Mariela ya no ocupaba sus días, y Luis podía seguir siendo su amigo. Por lo visto, la guerra lo había delirado hacia costados serenos y los vecinos podían dormir tranquilos: el héroe accidental no se trepaba a los techos para cagarnos a tiros a todos. Un loquito manso no dejaba de ser una suerte, y un infierno puertas adentro.

Papá prefirió seguir en la suya. El estudio le absorbía el tiempo y le calmaba la vergüenza. Si Jorge no podía ser el heredero de su reino que lo jodiera lo menos posible. Creo que por eso usó sus influencias para encerrarlo siete horas al día en una dependencia ministerial que no recuerdo. Allí selló infinitas entradas y salidas de expedientes y las manos se le azularon crónicamente de tinta.

Cuando papá llegaba, mamá lo ponía al tanto de los adelantos de la novela que Jorge urdía cada tarde cuando regresaba de la oficina. Se calzaba esa risita incómoda que le servía cada vez que quería vencerlo de algo. Papá alejaba el tema preguntándome por las ma-

terias que había rendido. Inventé varios meses una prolija concurrencia a la facultad porque no sabía cómo mirarlo a los ojos y decirle esto no lo elegí yo. Fueron los meses en los que murió mi familia. En los que decidí que me iría lejos y lo antes posible.

Un domingo, mamá, vocero de prensa del zombie, anunció que la novela estaba lista. Que Jorge se la llevaría a Luis para probarla en la radio. Destapó una sidra patética y miré a los ojos, por última vez, a mi hermano. Quería saber si aparentaba.

No encontré más que vidrios. A Jorge lo habían desaparecido.

La torta del Centenario

Conjuntamente con la celebración del Centenario de la ciudad, será presentada la gigantesca torta preparada por los panaderos platenses en adhesión a la fecha.

Según se nos manifestó, se repartirán aproximadamente 30.000 porciones entre todos aquellos que se acerquen a plaza Moreno, lugar en donde está apostada la faraónica obra culinaria. En tal sentido, la comuna hizo saber que dicho reparto será gratuito a toda la población.

El presidente de la Asociación de Panaderos señala que es un esfuerzo de los panaderos para homenajear a su ciudad. "El mismo esfuerzo que hace un padre para festejar el cumpleaños de quince de su hija. Ésta, seguramente, es la torta más grande del mundo."

Pudimos enterarnos que esta torta de 400 metros cuadrados fue elaborada en treinta panaderías de la ciudad y demandó 600 horas de trabajo.

El Día, 12 de noviembre de 1982.

Noviembre de 1982

La veo pasar cada mediodía, el solerito ajustado, los pezones que se dibujan claritos sobre los pechos redondos, el pelo recogido, derecha la espalda, la sonrisa sostenida entre los dientes cuando saluda, cuando me saluda, hola, Jorge, ¿cómo andás?, bien ¿y vos? y siento la lástima con que me lo dice y me dan ganas de aclararle que estoy entero lo mismo. Cuando volví, las primeras semanas quiero decir, sentía un murmullo de héroe en el barrio, como un aire que me rodeaba y me levantaba. Pero después, con las noticias, me habrán creído loco, no sé, pero Mariela dejó de saludarme con esos ojos dulces y los cambió por estos ojos indiferentes y este saludo indiferente que me mata cada mediodía. Hola, Jorge, ¿cómo andás? y yo sé que ella estará pensando si conseguí trabajo, si no se me dará por suicidarme o por ametrallar gente desde la terraza, incluida ella.

Me aguanto estas ganas de invitarla a salir, seguro que reboto como el año pasado y como el anterior, cuando me decía el sábado que viene y todavía la estoy esperando. Me muero de ganas de besarla, de soltarle el pelo y de morder esos pechos diciéndole al oído que la adoro, que la espero cada mediodía, pero no, para qué, si ella está hecha para Luis y yo, yo no sé si estoy hecho para alguien.

La torta del Centenario

“Las hormigas empezaron a salir de todos lados, de los canteros cercanos a la carpa. Al principio nos entró la desesperación pero después las controlamos con insecticidas con agua. Ahora no hay peligro.”

Una imprevista invasión de hormigas atraídas por los 1.500 kilos de dulce de leche alteró las tareas programadas. “Después tuvimos que cambiar el merengue porque no era lo suficientemente duro y se nos caía la estructura. Le pusimos otro tipo de azúcar, más o menos 1.000 kilos, y con eso solucionamos el problema.”

Por su parte, la comuna hizo saber que el reparto de las porciones será gratuito a toda la población. En ese sentido, el presidente de los panaderos pidió que “por favor nadie compre bonos para comer la torta como sé que han estado vendiendo por allí. La torta es un regalo para nuestra ciudad y lo que se regala no se cobra.”

Mucho público se acerca a la baranda detrás de la cual trabajan los panaderos. Éstos cuentan con la inestimable ayuda de una panadería ambulante instalada en un gran camión.

Todos están sonrientes bajo la carpa impregnada con olor a dulce de leche. “Alguna gente nos pregunta por qué no hicimos otra cosa, no repartimos pan y lo demás. Esto nos enoja un poco. Todo el sobrante, es decir los recortes de los bizcochuelos —la torta tiene la forma del plano de la ciudad— son llevados diariamente a instituciones de bien público. Además, la torta es de todos, ya lo dijimos.”

“Yo estuve averiguando —agrega el secretario de la Asociación de Panaderos— y sólo tengo conocimiento de una torta similar hecha en el festival de folklore de Salta. Esa torta fue armada con escaleras pero en su interior era de cartón. En Alemania se hizo una torta gigante pero tenía nada más que seis mil huevos, me pa-

rece que la nuestra es la más grande del mundo. Es nuestro orgullo darle a la ciudad un regalo de cumpleaños único.”

Los 4.500 kilos de torta descansan sobre las mesas que la forman. Los panaderos trabajan con apuro, controlan las hormigas y miran el cielo. “Esperemos que no llueva. No, no va a llover, seguro”, nos comentan.

El Día, 18 de noviembre de 1982.

Efectuóse anoche en el Jockey Club la velada tradicional

Realizóse en la sede social del Jockey Club, con singular éxito y con la capacidad colmada del salón del segundo piso, la tradicional velada en conmemoración del Centenario de la Fundación.

Ocuparon la cabecera de la mesa central el Gobernador de la Provincia y su señora esposa, el Presidente del Jockey Club, el Intendente Municipal y señora, el Ministro de Gobierno y señora, el Director de la Escuela Naval Militar, el Comandante de la Xma. Brigada de Infantería Mecanizada, el Jefe de Policía y señora, el Cónsul General de Perú, el Segundo Comandante de la Xma. Brigada...

De cuando Patricia recuerda la noche de noviembre del ochenta y dos en la que se festeja el Centenario.- De lo que vive y siente aquel día.- De algunos memorables hechos y de sus curiosos protagonistas.

El día del Centenario. La plaza colmada desde muy temprano y los funcionarios purgando agradecimientos, números musicales, flores, medallas. Felicitaciones, señor gobernador. Una bendición, monseñor. El premio Centenario en las patas de los caballos del hipódromo. La inauguración del reloj solar con el perfecto cien dibujado en barras luminosas. Invitados famosos recordando que nacieron aquí alguna vez. Cien velitas de caño escuálido en el cantero central de la plaza Moreno, esmerándose por sonreír.

El día se desliza por carriles livianos. Una multitud despaciosa se sumerge en galas callejeras, bebidas al paso y dulzores calientes de garrapiñada.

Recostada en una esquina de la plaza, maquilla sus últimos detalles la torta descomunal que realzará la fiesta con su generosidad de porciones. Mariela y yo dejamos a Jorge en calles tranquilas porque queremos acercarnos y verla. Es un delirio tal vez irrepetible: un bizcochuelo gigante, salpicado de hormigas, decorado a duras penas, que nos dibuja.

Los muchachos de Ceremonial y Protocolo lo han previsto: vallas y policías almidonados nos parten en dos la curiosidad. Desde la frontera impuesta con buenos modales sólo se distinguen las corridas de un hombre que reparte gritos y afonías, urgido por los ornamentos nupciales de la reina pastel que protagonizará la hora cumbre. En las entrañas de la torta repartida en tablonos y partida en pasillos, decenas de pasteleros preguntan al panadero en jefe cientos de detalles. Bajo una carpa que previó nuestras eternas humedades, ellos decoran con sus mangas y él controla en su reloj la cuenta regresiva que lo separa del momento en que debe descuartizar a la vedette. Al fin la vemos. Blanca, lívida, atiborrada de mínimos palacios, dulce maqueta de la ciudad. Su dueño da indicaciones a los policías, a los pasteleros, a los

pibes que quieren colarse por los huecos que dejan las vallas. Aún no ha terminado de vestirla y es una impudicia lo que está sucediendo.

Se nota, apenas, algún desorden. Velada preocupación. Infiernos cruzados miradas como cuchillos entre los encargados de Ceremonial y Protocolo y la Asociación de Panaderos. El tiempo escurriéndose en cascadas violentas. Cómo imaginar que allí, en el término de pocas horas, van a formarse ordenadas filas de ciudadanos recibiendo su agnóstica comunión civil. El pobre panadero decide finalmente desentenderse del naufragio de los hombres y ataja hormigas antes de que trepen al tul de merengue: las deshace entre el índice y el pulgar.

...el secretario del Jockey Club, el Rector de la Universidad Nacional, el Fiscal de Estado, el pro-secretario del Jockey Club, el Director de Lotería de la Provincia, el Vice-cónsul de España, el Director General de Hipódromos, el Cónsul de Francia, el presidente de la Comisión Cultural y Científica del Jockey Club, ...

Y las hormigas. Calladas. Insistentes. Fanáticas buscadoras del dulce de leche. A ellas no les asusta la muerte súbita. Y vuelven a trepar.

Un huracán se agolpa contra las vallas. La gente se enfervoriza frente al único show que quedó en la plaza al anochecer. Los números artísticos han pasado y la torta parece guardar una catástrofe inminente. Algo va a estallar junto a ella.

Y las hormigas. Ningún insecticida las detiene. Ninguna valla es tan minúscula como ellas. Mariela. Jorge. Yo. Los que no cenamos esa noche en la velada del Jockey Club. Los que no cenamos esa noche en ningún lado, esperando fuegos artificiales y torta regada con el champán que añejó cien años la piedra fundacional bajo la historia. Queremos probar. Brindar. Comer. Queremos ver.

Un murmullo recorre la marea humana. En oleadas llega hasta nosotras la noticia del inicio del reparto. Entonces se arma. A los empujones, Mariela y yo nos abrimos paso, y a los gritos, despejamos estorbos. Una tozudez de insectos. Una clarísima convicción. Hay que comer de esa torta.

Los policías se dedican a lo suyo, tratando de frenar a los forajidos que no esperan que no forman filas que quieren clavarle los dientes a la monumental obra de la pastelería vernácula, el plano de la ciudad perfecta. Y nosotros nos dedicamos a lo nuestro, tocarla, morderla, abarrotarnos de dulzura prometida.

La cana entra a dar con esmero y modela golpes a la altura de los

acontecimientos. La guerra sucia tuvo estos vericuetos: defender una torta no es para iniciados.

Pero no. No es tan fácil. No somos los mismos. Hemos llegado al diecinueve de noviembre cargando un año extraño. Mariela planea un casamiento que parece un juego. Jorge, flamante veterano de guerra de diecinueve años, flamante empleado público, con esa mirada ausente que lo acompañará hasta el final. Y yo, flamante desertora de abogacía que no sabe cómo seguir la historia.

Flamantes guerras. Flamantes desaparecidos. Flamante sensación todo se ha detenido aquí/ y hacia adelante hacia atrás no hay nada/ ganar y perder es la misma cosa/ y quién sabe esta urgencia/ sea la última.

Con qué cargarán los otros, que tampoco tienen miedo.

Mariela y yo nos lanzamos a saltar barreras, a subir, a trepar, a sentir bajo nuestros pies la inmensa piel azucarada de la ciudad.

No lo podemos creer.

Allí abajo, el panadero nos grita vaya uno a saber qué, mientras nuestras manos se hunden en un barro dulce y pegajoso del que arrancamos caóticas porciones para alimentar a la muchedumbre.

Nuestra mirada de gigantes registra el museo, los pinitos del bosque, la avenida, el león en su jaula del zoológico y que no puede escapar, las callecitas rectas, la perfecta armonía, la calle cuarenta y ocho, la municipalidad de merengue,

...el Cónsul de Noruega, el Cónsul General de Italia, el secretario de la comisión de Carreras del Jockey Club de la República Oriental del Uruguay, el vocal de la Comisión Revisora de Cuentas del Jockey Club...

la casa de gobierno al sambayón, la catedral chocolatada, la plaza Moreno dentro de la plaza Moreno, donde minúsculas criaturas que parecen hormigas pero que quizás son nosotros mismos, trepan y se aplastan unas a otras, tratando de refugiarse del rigor insecticida de los últimos días.

Un minuto después, la torta recibe a muchos otros y se desdibuja la ciudad bizcochuelo para siempre. Ya no es posible volver a verla. Y comienza otro juego, apuntar directo a los ojos, a los gritos, a los culos, y lanzar proyectiles para que llueva almíbar sobre cientos de cabezas. Nadie es experto en patinaje sobre torta, así que para todos es un aprendizaje enriquecedor, inútil e irreplicable.

Mariela prepara una inmensa bola de pasta que le dedica al pana-

dero gritón con una puntería que le desconozco. Los patrulleros se llevan algunos detenidos, creo que con nosotras no se atreven porque no saben de dónde agarrarnos sin pegotearse con dulce de leche. De los parlantes brota una marchita militar. Y las hormigas. Siguen. Trepan. El tul.

El organizador se sienta a llorar como un chico, se apoya en cabaletes caídos y un policía lo consuela abanicándolo con una pared de la legislatura. Con el brazo intenta limpiarse los mocos que se le enredan en el bigote.

Nada sobrevive. Gente que supo esperar la consumación de la batalla campal pasea su curiosidad por los lugares que media hora antes estaban prohibidísimos. Mirá, las hamaquitas de la plaza Moreno, la torre municipal, y éstos para mí que son soldados del regimiento siete. Se sientan sobre el pasto sobrevivido a comer la porción que supieron conseguir. Nadie se preocupa por la nueva invasión de hormigas, que esta vez alivia el trabajo llevando a las entrañas de la tierra miles de migas imposibles de barrer. Ellas son así. Imperturbables. Están cuando las matan y cuando las ignoran. Quién piensa ahora en el hexacloro. Y el merengue. Desaparece. Minúsculas bolitas sobre sus espaldas. Lo lograron.

Con Mariela amanecemos allí. Supongo que Jorge, conocedor de otras guerras, privilegió su cama a todo y por eso lo perdimos de vista. Ningún tablón ha quedado en pie y el techo circense que cubría la torta es ahora una rústica alfombra para los que duermen históricas borracheras del centenario. Las vallas han negociado su vertical dignidad por una más cómoda inercia horizontal y aportan inútiles líneas rectas al paisaje.

Busco en el diario de siempre vestigios del escándalo y no encuentro más que una humilde mención de contusos y asfixiados que no empañan el brillo. Nadie nota que han volado por el aire diplomas universitarios, rifles oxidados, carnets vencidos del club de niños felices.

Cómo me gustaría, en esta exacta tarde, pedirle a aquel panadero soñador de fastuosidades que imagine otra torta igual, gigantesca, desproporcionada. Cómo me gustaría buscarlo y agradecerle una ciudad servida en bandeja.

Quisiera otra vez. Celebrar. Algunos inconvenientes. Algunas vicisitudes. Algunas cuentas pendientes. A los tortazos limpios.

Con tozudez de hormiga trepándose sin pudores al tul de la ciudad a medio vestir.

...Se encontraban, asimismo, en otras mesas, Margot Pelucci, Dardo Pelucci, Sebastián Peláez, Juan Díaz Irribarren, Ruth Galatti, Amanda D'Anunzio, Dominga Demetri, Isolina Sanpietro de Pasetti...

La torta del Centenario

“Luego de intercambiar diferentes inquietudes llegamos a la conclusión de que la forma ideal de la torta era alcanzar una reproducción, lo más fiel posible, del casco urbano. Consumar la iniciativa nos dio mucho trabajo. Se nos ocurrió hacerla en bloques de dos metros, con separaciones que hicieran las veces de calles y que al mismo tiempo facilitaran el paso de los decoradores.

Para alcanzar la semejanza perseguida, el pastel tendrá cincuenta semáforos, ciento cincuenta faroles, más de trescientos pinitos, banderas, bancos y juegos de plaza, cintas y otras miniaturas. Será el área céntrica con sus paseos, diagonales, etc. Tendrá todo. Ni más, ni menos.”

Una torta de veinte metros por veinte, de ocho centímetros de espesor, rellena de dulce de leche, abundante coco, chocolate, azúcar impalpable, colorante y otras delicias. Una obra de arte al fin, que los panaderos dedican a la ciudad más allá de las ideología política de los hombres que rigen su destino.

El Día, 15 de noviembre de 1982.

Patricia insiste en caminatas sobre la torta del Centenario.- Patricia insiste en ver las cosas desde ese panorámico lugar de sus recuerdos.

Mariela y yo y otros que no conozco pero que conozco muy bien subimos a la torta y decidimos una drástica, contundente repartija al voleo.

Toda la masa queda aplastada bajo ese amor de vejaciones y florece en cada pecho una pegajosa escarapela de veinticinco mil huevos platenses.

Caen treinta mil porciones sobre treinta mil cabezas, gracias a quienes descubrimos, después de tanto tiempo, que las vallas se pueden saltar.

Al policía gordito que está meta palo le chorrea merengue de la gorra. Pero el servicio a la patria lo reclama así que no tiene tiempo de limpiarse, los facinerosos quieren saltar las barreras y violar a la nena de quince, a las dos mil quinientas claras, al esfuerzo del padre.

Hoy los tilos miran para otro lado. La asociación de panaderos dice que la intendencia dice que la comisión de festejo dice que la federal dice que elementos subversivos dicen torta tomada.

Llueve dulce, llueven subversivos, llueven gurkas, soldaditos, palos, pibes y otras delicias. Llueven treinta mil.

El presidente de la asociación explica al diario de siempre que en Alemania se hizo una torta gigante pero tenía nada más que seis mil huevos, me parece que la nuestra es la más grande del mundo, concluyó, qué pocos huevos tienen los alemanes, viva la patria repostera, viva la torta, viva el señor gobernador, viva el comandante de la décima brigada, la bronca,

la mugre,

lo dulce,

lo agrio,

lo podrido.

Ellos acaban de volver o no volver de guerras. Y ella es una puta ciudad engalanada para su fiesta.

Embarrada de dulce, cansada, ahora les ruega que no la traten así, si dan ganas de arrancarle los moños que le quedan, borrarle su soberbia de diagonales, dejarla lloriqueando porque se le arruinó el vestido. Pero si no es más que una nena de quince muerta de temores susurrando al oído que la perdonen, que en realidad está enamorada de ellos pero nadie debe saberlo porque sino.

La noche se apiada de sus papelones y la tapa con silencio, que duerma y se tranquilice. Se aquietan las ganas de cagarla a trompadas.

Descuidada ciudad, a este cumpleaños de cien velitas y gigantes-cos merengues le faltan algunos hijos.

No te olvides.

Avalancha con heridos en el sector donde se cortaba la torta

Cuando arreciaban los fuegos artificiales y ardían las cien velas, comenzó el reparto de la torta. El dispositivo preveía el ingreso de la gente a través de una puerta de unos dos metros de ancho, ubicada en uno de los tramos de la valla de hierro que rodeaba la carpa; el desfile ante el mostrador de madera que circundaba a la torta y la salida por una puerta similar a la anterior sobre el otro lateral de la valla. Pero este ordenamiento duró escasos minutos. La presión de la gente hizo ceder primero una parte de las vallas, y poco más tarde otra. A partir de allí, el ingreso a la carpa fue masivo y desordenado. Unos treinta policías, los miembros de los boy scouts y los miembros de la Asociación de Padreados corrían de un sector a otro, tratando de contener la avalancha que pugnaba por entrar.

Pero los esfuerzos resultaron insuficientes y unos diez minutos después de iniciado el corte de la torta, la carpa estaba invadida.

Cuando la carpa ya estaba totalmente colmada, comenzaron las avalanchas sobre el débil mostrador de madera azul que rodeaba la torta. Los mozos (una docena) se defendían como podían, sosteniendo a duras penas el mostrador. Los forcejeos, los empujones, las luchas cuerpo a cuerpo se sucedían entre los encargados de seguridad y la gente.

La confusión fue entonces enorme. Madres con niños muy pequeños en brazos, chicos de todas las edades, muchos adolescentes, personas mayores, los ciudadanos, en fin, que habían ingresado allí para probar la torta del Centenario, se encontraban con un desorden absoluto, empujones, gritos, órdenes y ruegos de los organizadores.

Algunas mujeres se desmayaron y fueron colocadas inicialmente en el mostrador azul. Comenzaron las caras de susto, los gritos

histéricos y cierta desesperación por salir, pero a esa altura se hacía difícil encontrar la salida, porque la gente también ingresaba por allí.

Al cierre de esta edición, se había podido confirmar el ingreso al Hospital San Martín de una mujer con traumatismo de tobillo y heridas cortantes, contusos, desmayados y una persona con traumatismo de brazo. Otros desmayados y con ataques de llanto histérico fueron atendidos en la plaza hasta su recuperación.

El Día, 20 de noviembre de 1982.

Fragmento del discurso que pronuncia Reynaldo Benito Bignone durante la mañana de aquel memorable 19 de noviembre de mil novecientos ochenta y dos, mientras cae del cielo la bolsa de polietileno.- Del alivio de flores que desparrama la bolsa, cuando impacta a treinta metros del palco oficial.- Del azaroso destino de la cabeza de Benito, que se salva por treinta mil providenciales milímetros.- De las cajas de plomo enterradas durante cien años y de la prolija exhumación realizada por el mismo Benito, una vez a salvo su cabeza.

“...Rindamos homenaje al espíritu de la fundación.

Que esta evocación, con su profundo contenido, sirva de fuente de inspiración para el presente.

Quieran los argentinos interpretar en ella la imperiosa necesidad de que todos juntos seamos activos protagonistas del proceso de transición que nos toca vivir para cimentar la definitiva unión y el lanzamiento del país.

Permita el Señor que se iluminen nuestras mentes, se apacigüen los ánimos y disminuyan los rencores con cristiana resignación, para que la reconciliación de la familia argentina sea muy pronto una realidad concreta...”

Un pequeño accidente

Una bolsa de polietileno llena de flores cayó accidentalmente sobre la plaza en momentos en que el general Reynaldo Benito Bignone, presidente de la Nación, decía su discurso.

La idea era que las flores llovieran sobre la multitud, pero al parecer quienes tenían la misión de arrojarlas desde un helicóptero perdieron el pesado paquete. Un largo y profundo “Uuuuuuh” acompañó la caída de la bolsa que, por suerte, cayó a treinta metros del palco oficial, sobre un cantero de césped.

El Día, 20 de noviembre de 1982.

El vecindario se congregó para la exhumación oficial

En el marco de un luminoso día de sol, se realizó al mediodía la exhumación oficial de la piedra fundacional.

La plaza se encontraba colmada de vecinos y autoridades.

Los dones fundacionales —la redoma de cristal, las medallas, la ca-

ja donde estuvo guardada desde 1882 la plancha de mármol de Carrara piedra fundamental de la ciudad— se encontraban cubiertos por una bandera argentina contenidos en una bandeja de cedro forrada con pana roja construida los días previos por carpinteros municipales.

A las doce cuarenta y tres, el Presidente de la Nación, el Gobernador, el Intendente y el Ministro del Interior, descubrieron los dones del Centenario, concretándose así la exhumación de la piedra fundamental, exactamente un siglo después de su colocación por los fundadores. Un prolongado aplauso de los asistentes se confundió con los sonos marciales del Regimiento Siete de Infantería, mientras una salva de morteros aturdió el ámbito de la plaza.

En el interior del recinto especialmente levantado en el centro de la plaza se veía también la urna de plomo que durante un siglo encerró los objetos de la fundación.

El Día, 20 de noviembre de 1982.

El helicóptero. Las flores. La exhumación del cadáver, digo, de la urna de plomo. El mármol de Carrara. El helicóptero perdió su pesada carga. Uuuuuuh. Flores. La exhumación de Bignone. Uuuuuuh. Medallas. La pesada carga la pesada exhumación las pesadas flores. Cruzan el aire helicópteros cargando flores que no son desaparecidos, cruza la tierra Bignone exhumando cristales que no son cadáveres.

Las otras cargas las otras exhumaciones los otros helicópteros sobrevuelan el Río de la Plata la noche la borrasca la humedad. Descargan sin estridencias sin flores sin dejar rastro.

Un largo y profundo Uuuuuuh.

Ay, Benito, menos mal, eran sólo flores.

La borrasca la humedad la noche qué bien vendría emborracharse en el centro de la plaza bajo los helicópteros.

Pero no hay botellas de champán debajo de la piedra, es una lástima, cien años creyéndolo. Qué atentos igual, no se hubieran molestado.

“Y si las generaciones venideras quisieran en su centenario conmemorar este acto y constatar la existencia de este documento y objetos que lo acompañan, deberán efectuar una excavación.”

Acta de Fundación. 19 de noviembre de 1882.

Reflexiones que le merecen a Delia, el día anterior, tan extrañas maneras de festejar.

Dicen que debajo de la piedra hay sidra. Champán. Y copas para beberlo. Secretos. Oro. Lingotes de oro. Masones. Mensajes cifrados.

Delia mejor no opina porque el alcohol le trae malos recuerdos y porque las botellas no habrán sido guardadas bajo la plaza justo para ella. Escucha chismosear a las pobres doñas que ya no tienen hijas para peinar ni hijos a salvo de la guerra. Doña Irene insiste con lo del oro y doña Sara con el champán.

La ciudad las entretiene en algo. Les prepara un secreto bajo el centro de la plaza. Perfecta ciudad de ceremonias trazadas con cien años de racional, geométrica antelación. Mañana es el día.

Delia sigue sin entender tanto glacé, tanto cristal, y vuelve a lo suyo porque esa conversación la aburre. Alcanza a preguntar por los fuegos de medianoche. Las patronas le confirman los fuegos artificiales de cada año y eso es fiesta que ella entiende. Dicen que teñirán de ruidos y atronarán de colores la noche del siglo como nunca antes se vió. Dicen. Me dijeron. Parece que será así.

De cómo vive Delia el festejo magno del Centenario Ciudadano, aquel luctuoso 1982.

Permiso es lo de menos. Qué patrona no da permisos en días como hoy. Y quién no va a plaza Moreno. Seguro que va. Cómo no va a ir el turco si no se pierde ninguna. Son días para forrarse de plata, con tanto boludo en tumulto que delira por los fuegos artificiales y se la pasa mirando el cielo, mientras el turco lo pela en la tierra.

La catedral. El pastito de la catedral. Atrás de la catedral, la oscuridad. Y ahora sí, señoras y señores, los fuegos artificiales que todos esperaban. Yo sabía turquito que te iba a encontrar en medio del quilombo. Cuánto hacía que no te veía, turco. Cuánto que no te besaba. Qué hermoso dolor, cuidado el vestido, cuántos fuegos, vamos turco, no perdamos tiempo, la catedral, los ojos, la noche, la calentura de días y días que plancho, que lavo mierda ajena y duermo sola sin un abrazo de hombre. Mi hombre. Que no me alcanza la boca ni los dientes para morderte, que no me alcanzan las piernas para enredarte, que no me alcanza esta noche porque es demasiado corta, no me alcanzan los fines de semana en Los Hornos, es tan poco tiempo y tan poca la pieza por qué no nos juntamos, turco, yo salgo a laburar por horas, no me vengas con lo de tu vieja, con lo del trabajo, si yo no te quiero para que labures. Rojo brillante verde dorada tu luz turquito tus gritos bombas silbidos misiles mis gritos azul amarillo la fiesta en la tierra en el cielo en el pasto qué hermoso dolor. Así. Chau, turquito.

Un espectáculo, doña Sara. Los fuegos artificiales mire, señora, que nunca vi algo igual.

Mala estrella

Mi amigo, ¿quiere que le diga lo que pienso de lo que ha pasado ayer? Pues bien, pienso que una comisión compuesta por los más encarnizados enemigos del gobernador Dardo Rocha, no había podido hacer las cosas mejor para poner a este último en el más espantoso ridículo y hacerlo colmar de maldiciones. Estas palabras reflejan con exactitud lo ocurrido con motivo del fandango inaugural del domingo. Aquello no fue una fiesta sino un martirio. La promesa de eclipsar las bodas de Camacho en cuanto a la profusión de comestibles y bebidas no se hicieron humo, pero se hicieron tierra, única cosa de la cual comían en abundancia los infelices a quienes su mala estrella arrastró a aquel sitio en tales circunstancias.

El Mosquito, 20 de noviembre de 1882.

Diciembre de 1982

Los poderosos amos del universo

Autor: Jorge Tapia

Capítulo Uno

En la galaxia Ceres, mil billones de años luz distante de la Tierra, la princesa Marielle II desea hablar con su padre sobre los problemas que aquejan a su corazón. Ramsés IV, quien sospecha de las andanzas de su hija con un joven plebeyo de una comunidad satelitaria, debe ocuparse de algo más urgente: diez naves pertenecientes a Andrómeda, equipadas con los rayos láser más potentes jamás logrados y con el ejército que más conoce sobre traslación material, están camino de atacar el planeta Olm. Aún no ha avisado a la población. Ante la catástrofe inminente, nada se puede hacer, ni siquiera armar un ejército propio que se encontraría en desventaja.

Capítulo Dos

En el satélite Jus X, el joven George ha armado con antiguas lentes un telescopio que le permite vigilar la bóveda celeste. Su instinto de guerrero le hace suponer lo peor.

Nadie le presta demasiada atención a los trabajos científicos de George, que resuelve pesadas ecuaciones, dibuja planos, acude a la trigonometría, para diseñar una poderosa nave espacial de emergencia que permita a los pobladores de Olm huir en caso de catástrofe o guerra imprevista.

Capítulo Tres

El joven George emite señales intermitentes con su rayo láser a su amada Marielle y en el código con el que hasta entonces enviaba mensajes de amor, le anuncia la proximidad de diez naves majestuosas que

se acercan a Olm a una velocidad supersónica, preparadas para un ataque militar de alta tecnología. Le exige dar aviso a su padre y le propone una solución que deberá conversar personalmente con él.

Capítulo Cuatro

Entrevista del joven George con el rey Ramsés IV, de Olm, Ceres.

En un palacio metálico de seguridad robotizada, de ambientes azulados y modernos, donde funcionan los más grandes laboratorios nucleares de la galaxia, el joven relata al rey sus avanzadas investigaciones con instrumental rudimentario, le habla de la catástrofe inminente y de sus prodigiosos cálculos que logran prever con ajustada exactitud día y hora del ataque intergaláctico.

Sus deducciones se agigantan por la pobreza de los recursos con que contó para hacerlas. El muchacho revela al rey, finalmente, la existencia de una nave aún sin terminar, construida con material de desecho proveniente de la planta de reciclaje metálico que los talleres reales poseen en el satélite Jus X.

El rey dispone que todos los ingenieros y directores de planificación, todos los calculistas científicos y los arquitectos del reino, trabajen a partir de ese momento bajo las órdenes del joven George, a quien reconoce como un muchacho valiente y de una inteligencia superior.

George traslada su nave y sus pobres herramientas a los talleres del palacio y comienza a dirigir la obra monumental.

Marielle, a escondidas de su padre, visita todas las noches a su amante, quien, a pesar de sus ocupaciones y de la responsabilidad que lo atormenta, no ha dejado de atenderla. Marielle siente celos de las jóvenes arquitectas que rodean a su novio, pero lo sufre en silencio.

Capítulo Cinco

Preparativos para el viaje

George es nombrado primer ministro y conductor del Programa Nacional de Emergencia y Viaje Intergaláctico en Nave Autopropulsada.

George se ocupa de planificar la vida en el espacio sin los gases respirables del planeta, sin el alimento cotidiano y bajo un régimen de tripulación en viaje.

La población es avisada de la emergencia a través del circuito televisivo de pantallas giratorias tridimensionales dependiente del palacio. Desde allí se dictan todas las instrucciones. La figura de George se hace popular.

Se dispone la evacuación para el día Uno de la Nueva Era, llamada, en honor del joven, era Georgiana. Los días, en Olm, equivalen a diez horas terrestres, dado que el planeta tiene un eje de pequeñas dimensiones. Su geografía está gobernada por este único reino, y su población no alcanza a ser de tres mil habitantes, contando las dos comunidades satelitarias, por eso todos participarán del mismo viaje.

Días de intenso trabajo y nerviosismo.

Capítulo Seis

El viaje

La población se encuentra ya a bordo de la nave Marielle I. El rey escribe el discurso de abdicación en favor del joven George, a quien dará la mano de su bienamada hija Marielle.

George se ocupa de todos los detalles, en un momento se lo ve calmado a los ancianos y a las angustiadas madres, en otro se encuentra en el centro de la sala de control rodeado por todos los jefes de área, de allí pasa a la oficina técnica y de pronto desaparece para aislarse y sumirse en cavilaciones propias de un líder responsable del destino de sus compatriotas.

Marielle se emociona al pensar que pronto ese hombre será suyo.

Poco después del despegue, desde los grandes miradores de la nave, se observa la destrucción del pequeño planeta Olm; diez naves refulgentes disparan misiles nucleares sobre él, partiéndolo en mil pedazos.

Marielle abraza y besa a su amante. Y todo el pueblo agradece con hurras y vivas a quien los guía hacia un futuro de grandes aventuras.

Fin de la novela

Patricia relata la muerte de Jorge, su hermano, ocurrida a fines del ochenta y dos.- Patricia sigue buscando desesperadamente, y sigue encontrando muy poco.

Escribo. Jorge entra por última vez a la oficina de la Dirección Provincial de Planeamiento de Área. Creo que se llamaba así.

Por última vez cuelga el saco en el perchero y siente en la nuca la ironía de las chicas con flamantes títulos de arquitectas.

Por última vez se sienta en el escritorio junto a la ventana que da a plaza Moreno y revisa expedientes que sellará toda la mañana. Acomoda los números de goma en la fecha justa, entintándose los dedos que se distinguen por una aureola azul indeleble. Recuerdo la mortaja. Entintándose. Indeleble.

Por última vez no levanta la mirada, se aguanta las ganas de ir al baño, se pasa el pañuelo por la frente, mastica débilmente pastillas mentoladas, estornuda fastidiado por la estética poderosa de su alergia, conversa sólo lo necesario, se esfuma al mediodía evadiendo compañeros de almuerzo.

Por última vez cruza hacia la plaza, busca un banco bajo los tilos, abre el táper. Llévate estas milanesas, Jorge, que los sándwiches andá a saber quién los hace. Recuerdo esas indicaciones. Escribo estas palabras.

Por última vez saca a relucir la memoria de Mariela, para recorrerle el contorno, besarla y volverla a guardar.

Por última vez sospecha que el sábado no saldrá a ninguna parte, porque después de la guerra no es lo mismo y los amigos, es inútil fingir, ya no lo son.

Por última vez mira el reloj y se decide. Hoy es el día. El proyecto de la novela está terminado y Luis la está esperando. Traémela el lunes a la radio, le dijo Luis ayer. La leerá por capítulos cada sábado y al final dirá autor: Jorge Tapia.

Mientras piensa va cruzando y mientras cruza va soñando y mientras sueña a Mariela amándolo nota que la senda peatonal está des-

pintada como todo en la ciudad está despintado o será que él no la ve o será que ella no lo ve pero ahora con la novela va a saber quién es Jorge y alcanza a sentir que los coches pasan demasiado rápido frente a la municipalidad o él no calcula bien y besa el cuadriculado mundo que lo hunde, que lo mata, que lo resucita.

Los papeles le envuelven la caída. Escribiendo otro final. Este final.

Patricia recuerda una curiosa escena que juega con su madre cuando el año 1982 llegaba a su fin.

Cuando Jorge murió mamá me entregó cosas que él guardaba en el fondo del placard. Devolvélas a Mariela, me dijo. Corpiños, bombachas, pinturas, papeles con su letra redonda, cintas, un camisón corto y transparente. Tres sandalias distintas. Una carpeta de historia. Una libretita con dibujos obscenos. Un aro. ¿Cómo había aparecido todo eso ahí? Si Delia había tenido algo que ver en el asunto, al menos era la única intentando soluciones, y eso la eximía de culpas. Después de todo le había regalado a Jorge sus escasos días de varón.

Lo que no pude devolver fue la mirada de mamá esquivándome al decirlo. Si alguna hubiese dicho la palabra equivocada todo el lado de atrás nos hubiese cubierto con su oscuro, gelatinoso esplendor de vicios.

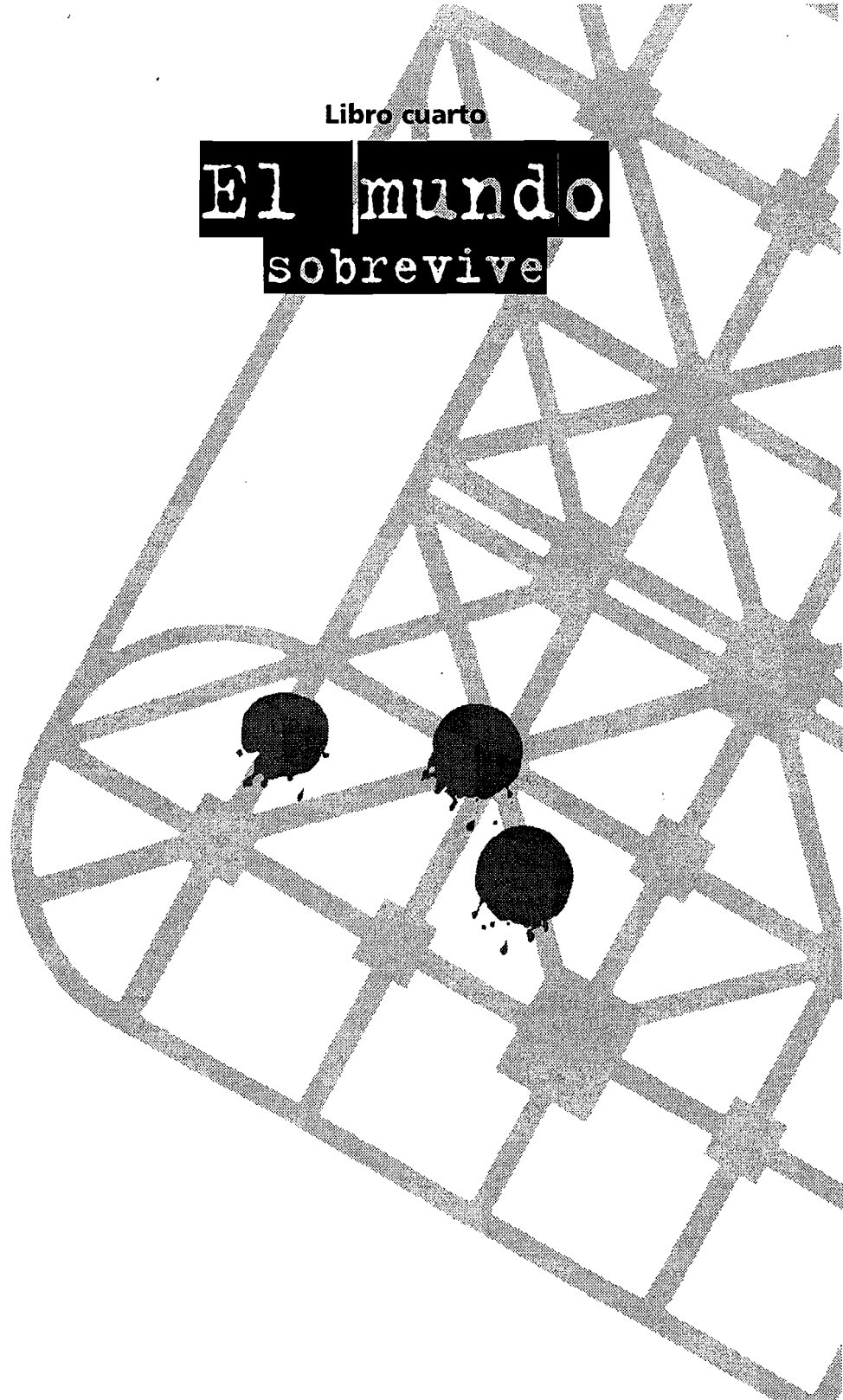
Mamá, no levantaste la vista ni una vez.

Mariela no llevaba cuenta de camisones ni de ropa interior. Más bien le convenía la escasez para salir a comprar nuevamente. Y en los días de la muerte de Jorge, vísperas de su casamiento con Luis, la ropa usada no tenía ningún valor.

Mariela estrenó al mismo tiempo marido, ropa, viajes, barrio y otras vituallas. Tal como lo había calculado. Como se lo habían calculado.

Libro cuarto

El mundo sobrevive



Delia organiza ceremonias y convoca dioses en ocasión del casamiento de Mariela.- Amanece mil novecientos ochenta y tres.

Ceremonias

Delia la ve entrar del brazo de don Lalo y podría jurar que está viendo una princesa. Una alfombra aterciopelada y roja simula palacios bajo el paso de la novia y su padre.

Mariela es una muñeca frágil y distinguida salpicada de perlas. Un broderie le ciñe el talle y le insinúa contornos. Debajo de la falda aparece y desaparece, rítmicamente, un zapatito blanco.

Una imponente música nupcial estalla huracanes a su paso y envuelve las frías columnas de la basílica del Sagrado. Mariela reparte sonrisas a los ojos que la devoran, inclina la cabeza donde unas rosas diminutas amarran el pelo rubio en rodete como al descuido. Un festoneado despliegue de ingenuidad.

Delia se inclina ante la novia más hermosa que ha visto en su vida, mientras gimen sus pies en zapatos prestados.

Delia conoce la verdad bajo la moldura.

Esta noche será la noche.

Mientras Patricia guarde el luto de su hermano y apenas felicite a su amiga, mientras Mariela baile el vals, mientras los invitados comenten la fineza de los vinos y la suavidad del bizcochuelo de la boda, mientras don Lalo sude bajo el traje que jamás viste, mientras la princesa sonría la beatífica belleza, Delia sabrá qué hacer.

No será hora de lamentos. El difunto merece la ceremonia que Delia le dedicará.

Al filo de la medianoche, Delia, que sabe los secretos de Mariela, marcará el orden de la ropa bajo las velas. Bajo la vela roja, un nudo unirá el slip de Jorge, el que atropelló la muerte, con un corpiño rosado y sediento que acunó los pechos de Mariela cuando aún no conocían.

Y bajo la vela negra, bajo todos los ritos proveedores de infortunios, la ropa interior que Luis y Mariela olvidaron tantas veces en la

pieza de soltera de la novia, la que no encontraron en las nerviosas búsquedas posteriores a la consumación del deleite.

La noche, la verdadera noche, los cubrirá sin piedad.

Dioses

Ogún, el nombre sagrado de todos los padecimientos, vuelca irremediablemente la sangre. Delia la recoge en el cuenco de sus manos y se acapulla esperando alas de mariposa nocturna que el dios le ha prometido.

Vestida de torpe insecto ciego, volando el errático vuelo de los perdidos, distrayéndose en cada foco de luz, llega a la habitación de hotel donde los esposos se agitan en otros menesteres.

La desnudez no es novedad entre ellos y hace tiempo que los velos de Mariela han sido levantados. Hoy sólo se finge el asombro entre tules blancos y Mariela aprovecha las enaguas rasadas y el champagne transcurrido para probar una vez más el delicioso cuerpo de Luis. Muestra distraídamente sus senos y deja caer entre las sábanas el vestido angelical. Le gusta el hombre que eligió para protegerse.

Mientras Luis la despeina, mientras gime Mariela un ronroneo de gata aliviada para siempre de un hedor de verduras, Delia no se complace y marca con su vuelo, en el aire donde giran los cuerpos, las cruces del abismo.

La tenue polilla pronuncia tres veces el nombre que no los dejará en paz y acorta los días de la felicidad mal nacida: jura sobre esos cuerpos que todo terminará mucho antes de lo previsto y lo prudente. Y le deja a Mariela la ofrenda de los dioses de la noche.

Mariela no ha calculado. No lo tuvo en cuenta. Los números no son su fuerte.

Una tórrida cascada cae entre sus muslos y detiene furiosa los juegos de la seducción. Debe enjuagar su entrepierna y lavar el vestido aprisionado bajo su cuerpo. Una menstruación caliente y roja como nunca había padecido y un punzante dolor de cuchillos se instalan esa noche en su vientre. Y no la dejarán, ella aún no lo sabe, mientras pasee por Bariloche una fracasada luna de miel.

Exhausta de vuelos, regresa Delia. Su cuerpo la espera en cuclillas, castigado por infinitos calambres, junto a las velas derretidas sobre la ropa anudada.

La cera roja se ha teñido de negro y la cera negra se ha derretido turbia. Buena señal.

Hacer daños no es el oficio de Delia. Pero puede conjurarlos muy bien cuando la provocan.

Discurso pronunciado por el doctor Alberto Tapia frente a Saúl Asad, alias "el turco", quien tijera en mano se encontraba abocado a la redentora y redituable tarea de podar la ligustrina del patio de los Tapia, el día solemne de la conformación de la sociedad, aquel verano que sepultó para siempre cruceros hundidos y batallas perdidas.

Mire muchacho, usted es joven y necesita progresar, y yo lo que le propongo es un trato que me conviene a mí y que le conviene a usted. Eso sí, necesito una persona discreta que sepa guardar secretos, porque boconeando no se hace ningún negocio.

Si ellos necesitan mercadería se las vamos a vender. Lo que hacen con eso no es asunto nuestro. Comprar barato y venderles caro, ésa es la ecuación. Usted venda lo que yo compro y asunto arreglado. A fin de mes pasa por el estudio y cerramos cuentas.

Cinta N°5

a mí tampoco me caía muy bien alberto al final tuve que aceptarlo porque irene tenía su carácter con él pudo comprarse una casita en la plata alberto trabajaba muy bien en la compañía de seguros le faltaba poco para recibirse de abogado y yo me sentía un poco incómoda cuando los visitaba porque ellos hablaban de sus cosas y se compraban lavarropas y heladera y todos esos aparatos inútiles que se usan ahora porque

con jabón blanco

y un chorrito de limón

dejás la ropa manchada tendida al sol

y ni siquiera tenés que refregarla

y nunca una máquina va a ser lo mismo que unas manos de mujer

y a mí todo eso me parecía cosa de burgueses y cuando se los decía alberto se reía de mí y hacía chistes sobre lenin y rusia y me contaba unas cosas terribles de stalin así que dejé a las chicas hacer su vida cuando vera se casó y se fue a rosario me pareció justo que le huyeran a la miseria cada una a su manera

yo no

yo nunca pude dejar berisso

ni podría

porque es la ciudad

que más se parece

a volver

Patricia recuerda su posguerra.- Patricia está decidida a recorrer toda la década del ochenta, lo que la acerca peligrosamente a su presente.

Primero se lo dije a mamá.

Largo la facultad.

Se le cayó el plato que estaba lavando y se llevó las manos enjabonadas a la cara. La escena era previsible. Jorge muerto en un estúpido accidente de tránsito y yo dándoles la noticia que completaba el caos. Escuché asordinadas todas las palabras y todos los llantos que siguieron. Era inútil.

Explicar que odiaba el derecho.

Que me quería ir.

Que no quería saber nada con el estudio de papá o con los juicios a garantes.

Que no sabía qué hacer con mi vida.

Era inútil. Mientras yo repasaba mis razones frágiles mamá seguía enumerando las contundentes. Y me amenazaba con papá.

Papá.

Yo tenía veintidós años y la amenaza seguía surtiendo efecto. La reunión familiar tuvo lugar tres días después. El doctor Alberto Tapia habló sin mirarme. Me trató igual que en los días de boletines regulares, recordándome el esfuerzo mal retribuido, la soberbia y la reverenda estupidez. Subrayó el dolor de mi madre y caratuló mi idea de irme a vivir sola como abandono de hogar. De la casa debía salir bien casada.

Palabras discursos admoniciones. Discursos ladrillos palabras cayendo, golpeando. De tanto decirlas supongo que terminó viviéndolas, pobre viejo.

Mientras caían los golpes palabras ladrillos admoniciones del olimpo, traté de descubrir qué era lo que me molestaba. No eran los gritos, ya estaba acostumbrada; ni las amenazas, ya les conocía el destino. Ni siquiera era el immaculado modelo propuesto, ése no era el

problema. De alguna soberana manera yo lo quería, lo esperaba cada noche, disfrutaba su respiración cansada y sus sobremesas largas. Ése era el problema.

Ése fue el problema, papá.

Cuando quise decirlo evidentemente me entendieron otra cosa, porque mamá se puso a llorar gemidos cortos hipos insoportables. Opté por no decir más nada.

No dije más nada, mamá.

Me fui al año siguiente. Elegí un día inerte y fácilmente olvidable para evitar reproches repetidos cada aniversario. Mamá se recluyó en su dormitorio y no pude saludarla. Lo último que hice fue dejarle junto a la puerta un té y dos cafiaspirinas que me había pedido. Chau, mamá. Te voy a extrañar.

Papá me dio unos pesos. Me pregunté qué harían con tanto vacío, pero no alcanzó para quedarme. Me escapé como de un incendio: con lo puesto.

Te quiero mucho. Papá.

Mamá. Lo que hice no fue tan terrible.

Amanecía mil novecientos ochenta y tres. Una esperanza llamada Pablo me guió los pasos.

Conseguí una suplencia de maestra en Villa Nueva gracias a mi título de bachiller. Hasta entonces no sabía que ese título sirviese de algo, al menos en la ciudad perfecta, que yo supiera, no servía para nada. Pude alquilar sola, conseguir garantes sola, comprarme el guardapolvo sola. Esa noche, a la luz de una vela que me salvaba de la oscuridad mientras esperaba el enganche, le cosí el dobladillo, el primero de mi vida. Horriblemente mal. Me acosté agotada, con miedo, vestida, sobre el delantal que después no tuve con qué planchar.

¿Cómo se cose un dobladillo, mamá?

Con los años estudié magisterio a los ponchazos, de noche. Cuando me recibí evité festejar un título pobre, que para mis viejos no tenía ningún valor. Sólo abrí una sidra con Pablo, que me felicitaba de verdad. Hoy, que de Pablo no me queda nada, guardo aquel brindis como un momento que todavía se deja recordar.

Me recibí, papá. De maestra. Como mamá.

Hay cosas que no hay caso. No puedo escribirlas.

Ni decirlas, papá. Mamá. Papá.

Patricia intenta, vanamente, consumir una teoría.- Patricia comienza a sentir que la verdad es apenas un intento.

Buenos Aires nos persigue como una sombra.

Vivimos demasiado cerca, apenas lejos. Buenos Aires es una perturbadora presencia que nos recuerda que no somos los mejores. Allá los teatros, las conferencias, la calle Corrientes, el tango. Y aquí nosotros, provincianos sin ganas, varados en un barro que apenas alcanza para que unos japoneses colonicen claveles y unos italianos cosechen la lechuga y el tomate que consumirá la ciudad.

Lo que brilla. El centeno azulado. El trigo que muele Campodónico. La internada de bifes ampulosos. Llegan de lejos.

A los apellidos ilustres tuvimos que inventarlos. La fundación monumental nos rescató de la llanura sin nombre y dictó el linaje, pero igual nos carcome una envidia que en una época viajábamos en tren: el Roca, en los buenos viejos tiempos, supo de señoras de capital provinciana que preferían comprar en Harrod's.

Somos una cruz extraña. Se nos hace que está muy lejos Brandsen, Monte, San Vicente, y es un idioma extranjero Caballito o Parque Patricios. Quizás el exilio nos sea más familiar.

Lo nuestro vendría a ser una nostalgia de la nostalgia de París, y huele a encierro.

Patricia relata su encuentro con Pablo.- Patricia comienza a recordar un tiempo en el que, gracias a este intrépido sacerdote, vuelve a creer.

Una amiga que ya no recuerdo me invitó a olvidar la muerte de Jorge yendo a misa. Te va a hacer bien, me dijo. Comenzamos a ir juntas a misa de ocho de la catedral.

Ahí lo conocí. El padre Pablo debía tener unos años más que nosotras, pero no muchos más. Después de leer el evangelio contaba anécdotas que cosechaba en un barrio alejado del damero. El escenario de las historias era un caserío llamado Villa Nueva.

Pablo me invitaba, desde sermones catedralicios, a vivir otra vida. Una tarde, después de viajar en micros que jamás había tomado, fui a escucharlo dar misa en la capillita de Villa Nueva. Mis manos dentro de los bolsillos de la campera todo el tiempo, tratando de esquivar un frío insistente. Quería saber de qué se trataba el asunto.

Esto es lo que busco, dije sentí pensó. Preparé la mudanza con desesperación. Pretendía ángeles, y la iglesia parecía guardar los más imponentes en esos sacerdotes de capillitas destantaladas. A partir de ese día me parecieron optativas las medias de náilon y los maquillajes. A los ángeles les parecía indecorosa esa parafernalia, una hebilla en el pelo que no fuese una gomita elástica atentaba contra la revolución.

Los ángeles no habitaban la ciudad donde yo había nacido, ellos aleteaban alrededor de hombres entregados a causas desorbitadas, y yo los acababa de descubrir.

Una semana después de aquella tarde dejé la casa de mi infancia sin ningún remordimiento.

Patricia se zambulle en un período muy especial de su historia, olvidándose de los rastros que sigue.

Por aquel entonces me juré que nunca me parecería a Mariela.

Me fui a Villa Nueva y alquilé una casita sin revocar, buscándolo a él.

En marzo del ochenta y tres era la maestra de cuarto grado de la Escuela Número Siete Bomberos Voluntarios de Villa Nueva. A tiro de Pablo.

Yo no fumaba, no tomaba, no me había puesto de novia, no me casaba, no era la abogada reemplazante de mi hermano en el estudio de papá. No era Mariela. No era perfecta. No era geométrica.

Limpieza profunda. Ayuno y abstinencia de los acordes aprendidos.

Orden Sagrado

El primer domingo que pasé en Villa Nueva fui a misa a la capilla. Yo ya había estado allí y sabía por quién iba.

Los chicos que me miraban silenciosos desde los bancos de la escuela metían un ruido a fiesta en el salón de madera. Los zapatos lustrados y viejos, los vestidos de organdí de varias modas atrás, las bombachas con puntillas. Ellos usaban rezagos con altanería. Cada vez que la visitaba, mamá me cargaba de vestidos viejos desprovistos de cierres y botones. No hay que darles el pescado, hay que enseñarles a pescar, me aclaraba mientras guardaba en el costurero el botín de su propia pesca. Acababa de estrenar su jubilación de madre, maestra y modelo, y estaba muy segura de lo que los demás necesitaban.

Esa mañana me hice ver. Presentarse como la maestra del barrio es distinto que presentarse en una catedral. El curita que había conocido unos meses atrás, vaquero y zapatillas bajo la casulla, me saludó sin disimular la sorpresa. Alto. Pablo.

Llegó en la moto que me viajó después por todas las campañas de solidaridad que inventó. Pero para eso faltaban algunos meses. Saludó a los demás mientras un sikus afinaba aleluyas en aymará.

Hasta entonces, Dios había sido para mí una tenue señal. Lo había conocido en una antigua primera comunión arrepentida. Los demonios y las santas purgaciones me resultaban más increíbles que mis padres, y el normal, la ciudad y el derecho me alejaron definitivamente del incienso.

Pablo era un sacerdote distinto. Ni velas negociadoras, ni rosarios, ni castigos. Una acalorada reflexión desde el púlpito catedralicio o desde un altar con piso de tierra. El evangelio era, desde su boca, la lucha exacta.

En Villa Nueva, lo confirmaban hombres que habían estado toda la

semana levantando paredes de otros, mujeres que habían fregado propio y ajeno, estudiantes universitarios que se venían del centro sólo para escucharlo. Un enjambre que le seguía el paso buscando respuestas. Me reuní con ellos desde el sábado siguiente. Noté que Pablo los dejaba discutir acaloradamente y se reservaba un final pausado que, viéndolo a la distancia, respondía siempre a la misma secuencia: abría el evangelio con parsimonia, lo recorría con la mirada mientras se sonreía, cargaba el ambiente de intrigas, y soltaba algún versículo como al descuido. Dejaba flotar el silencio. Después reunía, en una sola idea, las partes encontradas: repetía lo mejor de cada uno y anudaba la reflexión con la frase bíblica y algún aforismo de su cosecha. Qué bien hablaba. Siempre quedábamos un escalón más abajo.

Un sábado que llovía a cántaros pude quedarme sola con él. Me cebó el primer mate que probé en mi vida: no me atreví a rechazarlo. Qué no hice por Pablo. Aquella noche él refutó mis deslumbramientos por Sartre y Beauvoir y Breton con una sonrisa condescendiente. Me presentó a Paoli y a Menapace y a Boff y a Sandino, a Helder Cámara y una ristra de obispos brasileños y a Romero cuando todavía no lo había descubierto Hollywood.

Me pasé furiosas madrugadas leyendo hasta el agotamiento. Quería deslumbrarlo con mis adelantos.

Un lunes me vino a buscar a la escuela. Un huracán caliente se desató dentro mío y quedé encajonada en una confusión desconocida. Quiero que te hagas cargo del comedor de la parroquia, me dijo. Lo fuimos a charlar a un barcito de chapas viejas que lo brillaba más.

Nos sumergimos en las aguas de lo asistencial y lo promocional y lo religioso y lo político, y nos sacamos chispas. Por fin llegamos a un acuerdo que nos convertía en pareja: él dependía de un obispo pero también me escuchaba a mí, y eso me enloquecía de amor.

El acuerdo suscripto bajo aquel calor de zinc contemplaba un comedor popular en el salón comunitario, reuniones con las familias, campañas durante los sermones, una revista de divulgación de los problemas más urgentes a resolver en el barrio, una charla con las maestras para sumar la escuela al proyecto, un censo a cargo del grupo juvenil, reuniones de programación en mi casa después del ajeteo del día. Los favores y subsidios los dimos por descontado. Ercilia, una militante transpirada en carnes a punto de caer bajo las seducciones de Pablo, lo había invitado a formar parte del Consejo de Acción Social del partido, que comandaba gracias a las fichas de afiliación que levantaba con artes de quinielera. Decidimos que él debía acep-

tar la invitación y que no nos quedaba otra que incluir a Ercilia en la comisión de mujeres del Comedor. Nos reíamos de nuestras pequeñas astucias, seguros de que yo podría con ella y de que ella atraería los favores que necesitábamos.

El mundo era entonces tan diminuto. El año ochenta y cuatro, sin dictadura y sin dueños, nos regresaba suavemente a las utopías para ocupar los lugares vaciados.

Empezamos casi al día siguiente. Sus visitas a la escuela se hicieron periódicas, lo mismo que los encuentros en el barcito, los viajes en la moto, el vino y la biblia abiertos hasta las tres de la mañana en mi casa o en la capilla.

Dejé de visitar a mis viejos casi con alivio. El recuerdo de Jorge se dejó soportar y las fiestas de fin de año me encontraron rodeada de Pablo y los chicos en ceremonias sencillas. Supe acomodar flores artificiales de color amarillo, naranja, rosa, en jarrones de vidrio grueso y turbio, a los pies de una virgen a la que abrigaba un poncho. Escribí oraciones, enceré bancos, me sentí dueña. Cantábamos viejas canciones setentistas acompañados por guitarras baratas. *Cuando quiera el dios del cielo que la tortilla se vuelva*. La democracia y el juicio a los militares y las prohibiciones levantadas y Pablo depertaron mi pasión de conversa.

Cada vez que iba a verlos, mamá reclamaba y papá sonreía con suficiencia. Papá apostaba a la evaporación de mis ardores juveniles. Una hija subversiva era inofensiva en la década del ochenta, y la cuestión era saber esperar.

Pablo me dijo que me quería dos años después, envuelto en una culpa que lo acompañó en cada uno de nuestros encuentros. Resultado: sexo a cuentagotas, remordimientos, y la sensación de algo desbocándose y escapando de su control.

La electricidad que movía mi vagina cuando me besaba, por ejemplo, no estaba prevista. Pero como no era tema que preocupara a los teólogos de la liberación, decidí que había que purgarla. Por eso, cuando me proponía que nos dejáramos de ver "para eso, vos me entendés, Patricia" aceptaba sin chistar. Pero las vedas me dejaban exhausta, y ni bien se levantaban me dedicaba a recuperar las caricias y el tiempo perdido. La prohibición era un afrodisíaco feroz.

A nadie podía contarle estas cosas, a nadie le cuento estas cosas, a nadie le escribo, pero cuando Pablo hablaba en los sermones y repetía lo que yo le había dicho la noche anterior, o nombraba a una cierta amiga, o cuando las maestras envidiaban mi amistad con el curita

de capital, o cuando el obispo bajaba a reprender al sacerdote de los comedores populares, yo vivía un vértigo de primera dama.

¿No era Mariela, acaso, la que conquistaba una mínima tribu de varones de calle siete? En cambio yo. Conquistaba el mundo porque tenía a Pablo.

Aguas bautismales

Una tarde de domingo en la que anduve por La Plata fui a rezar a la catedral la esperanza de encontrarlo. Él estaba ordenando la sacristía. Me hizo pasar a la frescura de ese lugar oscuro, inhabitado, al que se llegaba por una escalera lateral siempre y cuando uno fuese "de la casa". La catedral era una mole de humedades y ladrillos muy distinta a la capilla del barrio, y los feligreses de calles asfaltadas perdonaban las disgresiones de Pablo atendiendo a la juventud de su pastor. Siempre y cuando no manchara el atrio con denuncias y bolivianos.

Algunas imágenes que Pablo había hecho retirar del templo sonreían su beatitud desde los rincones. Un cristo de mirada resignada, de actor de cine mudo, me mostraba su corazón bajo la túnica. El corazón, coronado de espinas, era una masa gelatinosa y roja. ¿Qué convicción estética había llevado a alguien a imaginar tan ordinariamente el dolor de Dios? La figura era desagradable, impúdica, una jactanciosa demostración de poder: lo divino podía ser obsceno. Pablo me saludó en voz baja, temiendo despertar íconos. Con ellos allí, era imposible imaginar, pero mientras duró nuestra conversación juré que algún día pecaría amor frente a ese cristo descarado.

El aliento de Pablo, las baldosas frescas, el vértigo de siesta, y el cristo de señuelo para alertar a Pablo que la iglesia, su madre, siempre estaría allí. Siempre.

¿Y tu mamá, Pablo? ¿Quién es tu mamá? Le pregunté. Escribo. Le sigo preguntando ahora.

Pablo era hijo de Elena y Santiago, dos viejos militantes nacionalistas católicos que habían abrazado el peronismo desde la famosa plaza del cuarenta y cinco. Su casa era un sinnúmero de hermanos militantes, cada uno a su manera. Y una gran biblioteca que les hizo revisar la historia, amar la política, consagrarse a la iglesia. Pablo, en su

intrepidez, había cruzado el riachuelo para encontrar a los hombres de los debates familiares.

El sábado te llevo a Buenos Aires a visitarlos, me dijo al oído sin necesidad de secretos porque estábamos solos en la penumbra. Sin contar al cristo, claro.

La sacristía guardó en su frescura aquellos primeros escarceos amorosos.

Primera comunión

Cuando conocí a los padres de Pablo los admiré como a él. Intellectuales, refinados, sin preocupaciones económicas, habitando una casa que recuerdo amarilla, decorada con grandes pinturas originales y delicadas reproducciones. Aquel sábado recibieron a Pablo como si volviera de alguna travesura, y le perdonaron el barro en la alfombra. Le hicieron contar las anécdotas que los divertían.

Fui presentada como su amiga más fiel, su compañera de lucha, la única que comprendía a dónde quería llegar el intrépido sacerdote. Almorzamos en un comedor como yo jamás había visto. El orgullo platense no tenía esa clase. Los platos de porcelana delgadísima, los cubiertos, la atención a las mujeres, el respeto por el padre.

Los hermanos de Pablo me demolieron, delicadamente, a preguntas. Mentí la mitad de las veces, y le regalé a mi familia una preocupación intelectual y un campo en Córdoba.

La señora Elena me llevó después del postre a un escritorio de maderas perfumadas y vitrinas. Me mostró álbumes familiares para señalarme a Pablo en la muchedumbre de cabezas que la rodeaban, cuando era una Elena más joven y atractiva. Me contó anécdotas ínfimas y las pesadillas que despertaban a Pablo de noche. Me habló de su ictericia al nacer, de sus rebeldías en internados maristas, de sus viajes de mochilero. Hubiese rogado a esa mujer que se callara. No podía enamorarme más y lo mío se estaba pareciendo peligrosamente a una fiebre.

Elena me preguntó cómo era el frío que se colaba por la madera de la capilla. Pintoresco, escribo. Pintoresco, tuve ganas de contestar. Una maestría villera. Un viaje en moto. Misas escarchadas. Todo resultaba muy pintoresco.

Elena me pidió que cuidara a Pablo, que no lo dejara meterse en líos con la policía o el intendente, que lo acompañara en sus proyectos. Porque sos una chica con formación universitaria, y eso lo ayuda

a poner los pies sobre la tierra, a sosearse, a tener un igual. ¿Dónde estudiaste? En la Universidad Nacional. ¿Y sos?

Abogada, mentí. Y maestra.

Diez materias mal estudiadas me sostuvieron el discurso que necesitaba para salir del paso. Elena sabía derecho y su nivel era insoportablemente alto.

El sacerdocio de Pablo me salvaba de ser rechazada como nuera por ausencia irremediable de abolengo. ¿Por qué la clase se nota, se lleva, se destila?

Cuando volvimos al comedor Pablo era el centro de unas risas ahogadas en licores finos. Nos integramos a la ronda justo cuando Pablo y don Santiago se trenzaron en una discusión que se acaloraba bajo un efecto de hesperidinas. Nombraban filósofos y teólogos y textos clásicos y encíclicas con una solvencia que descartaba lecturas ligeras. La competencia retórica era feroz. De pronto, Santiago giró su cabeza agitado y tenso, y me preguntó qué opinaba sobre la definición de hombre que postula Unamuno. No supe qué contestar. Largué que lo que opinase Pablo para mí estaba bien.

Tan poca independencia de criterio en una mujer joven fue imperdonable, creo, porque don Santiago sonrió negando con la cabeza. Pablo bajó los ojos.

Me odié todo el viaje de vuelta. La moto tragándose ciudades a mil por hora me llevó las lágrimas a la boca y pude morder la sal calladamente.

Esa noche y las siguientes me comí todo el sentimiento trágico de la vida y toda la agonía del cristianismo y toda la biografía de Unamuno. Tenía infinidad de respuestas para darle a don Santiago. Pero tarde. Descubrí que por razones muy distintas a los votos de castidad de Pablo, yo no era para él. Y supe, cuando ya no lo necesitaba, que las jerarquías trajinadas en una capital provinciana son una inocente imitación.

Muchos otros sábados acompañé a Pablo a su casa. Me recibían con cariño, sobre todo Elena, que obtenía más información por mí que por su hijo.

Los visité tanto tiempo. Y hoy estoy sola. Y Elena nunca me llamará ni se preocupará por mí. Busqué padres a quienes admirar, pero me olvidé que les lleva demasiado tiempo protegerse entre ellos, y una, no hay caso, es de afuera.

A esas alturas no se llega nunca, doctorcito, no se llega. Las leyes invisibles. Toda mujer que accede a un hombre de casta superior, lo paga, más tarde o más temprano. Todo linaje proveniente de dinero

rápido, no sirve. El dinero debe acompañarse con poder, historia y antecedentes familiares.

Pedigree, digamos, como los perros.

Guerras Santas, Cruzadas y Confirmaciones

Bajo el calor de un salón de madera nos debatíamos entre el activismo y la reflexión. Arduas horas separaban a los partidarios del rosario de los fanáticos de arremangarse. Y si no el tema era militancia política o militancia religiosa. Autoridad vertical o debate horizontal. Laicos o sacerdotes. Revolución o cambio social. Comunidades parroquiales o comunidades de base. Teología de la liberación o religiosidad popular. Materialismo histórico o Santo Tomás.

La virgen María o la reputísima madre.

Y así seguía, encíclicas más o menos, el eterno debate de cada sábado.

Con Pablo me enredaba en los temas más candentes: el rol de la mujer en la iglesia, el poder económico del vaticano, la autoridad monolítica de los curas.

Mientras tanto anudábamos trompas de falopio y conductos seminales a la espera de vientos favorables. No había tiempo que perder.

Extrema unción

Llegué a sospechar que a Pablo lo había inventado.

Teníamos reuniones los miércoles, los sábados, las noches, las madrugadas. La transformación social era inminente. Había un aire de guerrilla apaciguado, dulce, éramos los nuevos progresistas.

Pablo fascinaba por igual a estudiantes necesitados de líderes y a mujeres buscadoras de varones apetecibles. Les hablaba a los chicos y a las doñas y los punteros de barrio le envidiaban la cintura y el discurso preciso y accesible.

Si no eran campamentos, eran jornadas solidarias. Reuniones, festivales, asambleas en la capilla o en unidades básicas. Ercilia, mujer fuerte de espaldas, vozarrón inapelable, se hacía acompañar por Pablo a las reuniones del partido para lucirlo frente a las compañeras del nuevo reino.

El cinturón suburbano era una fiesta. El agua estancada, las calles de tierra, los arroyos podridos, las fábricas cerradas, todo era detalle. Por aquel tiempo no anduve por diagonales. Los prolijos modales radicales no me entusiasmaban. Estaba llamada a lo que hervía en ideales.

Pablo, nos están cagando, le dije un día.

Estábamos en el comedor infantil, donde Ercilia amasaba lealtades y traiciones. Allí se reunía la comisión de mujeres cada dos días, y yo creía que ese asunto dependía de mí.

Pero la fiesta había terminado, las reuniones ya no eran las mismas, Ercilia era concejal, y corrían años desahuciados. Ercilia ya no necesitaba aparentar y repartió una sospecha embalada en palabras de otra historia: traición, enemiga del pueblo, gorila. Propuso a Liliana, la nueva maestra de la escuela, para dirigir el comedor. Me pidió que me fuera. Otras mujeres, asintiendo con la cabeza, me pidieron que me fuera.

Creí que Pablo se indignaba conmigo. Me dijo que estaba indignado pero que creía conveniente resignar protagonismos. Que lo mejor era renunciar y dejar todo en manos de Liliana.

Hoy sé tantas cosas.

Cuando volvía para mi casa las calles me parecieron de un barro insoportable. Antes de llegar me enteré que un obrero que trabajaba en el caño madre de unas cloacas que pasaban de largo moría, esa mañana, asfixiado bajo un derrumbe de tierra. Los bomberos trabajaban y los pibes me saludaban y me contaban ésa y otras novedades. Tuve ganas de vomitar.

Creo que dormí tres días. Pablo, me parece que me estás cagando. A la semana siguiente decidí que algo había que hacer. Volver. Pero no se vuelve a la ciudad de uno mismo cuando fue chico. Esa se desarmó/ se esfumó/ de-sa-pa-re-ció. Tengo una vaga remota sensación de amor.

Igualmente decidí pasar a buscar lo que quedara en pie. Volví un domingo. Faltaba poco para que se festejaran los ciento diez años de la fundación de la ciudad. Cuando llegué a la plaza Moreno no sentí nada en especial, salvo un silencio partido en cuatro.

A la misma hora y muy cerca de allí, el Dentista disparaba con saña. Pero yo entonces no lo sabía, y de las cuatro mujeres que se fueron en sangre gracias a un cazador aficionado que guardaban en la familia, me informé al otro día. Qué casualidad, pensé. Si ayer a la tarde me hubieran prestado cuatro tiros, en una de esas los hubiera usado.

Y empecé a escribir esta historia. Digo. A quién le digo.

Tengo una vaga remota sensación de amor.

Confesión

Diez años después del primer estallido, el mundo volvió a estallar.

Una tarde de frío y de invierno en la mitad de este año Pablo me dijo que lo nuestro no iba más. Me dio explicaciones teológicas y se despidió con un santo polvo. A punto de salir para siempre de mi casa y de mí me besó en la frente como a una hija caprichosa demasiado pequeña para entender los insoldables designios de Dios.

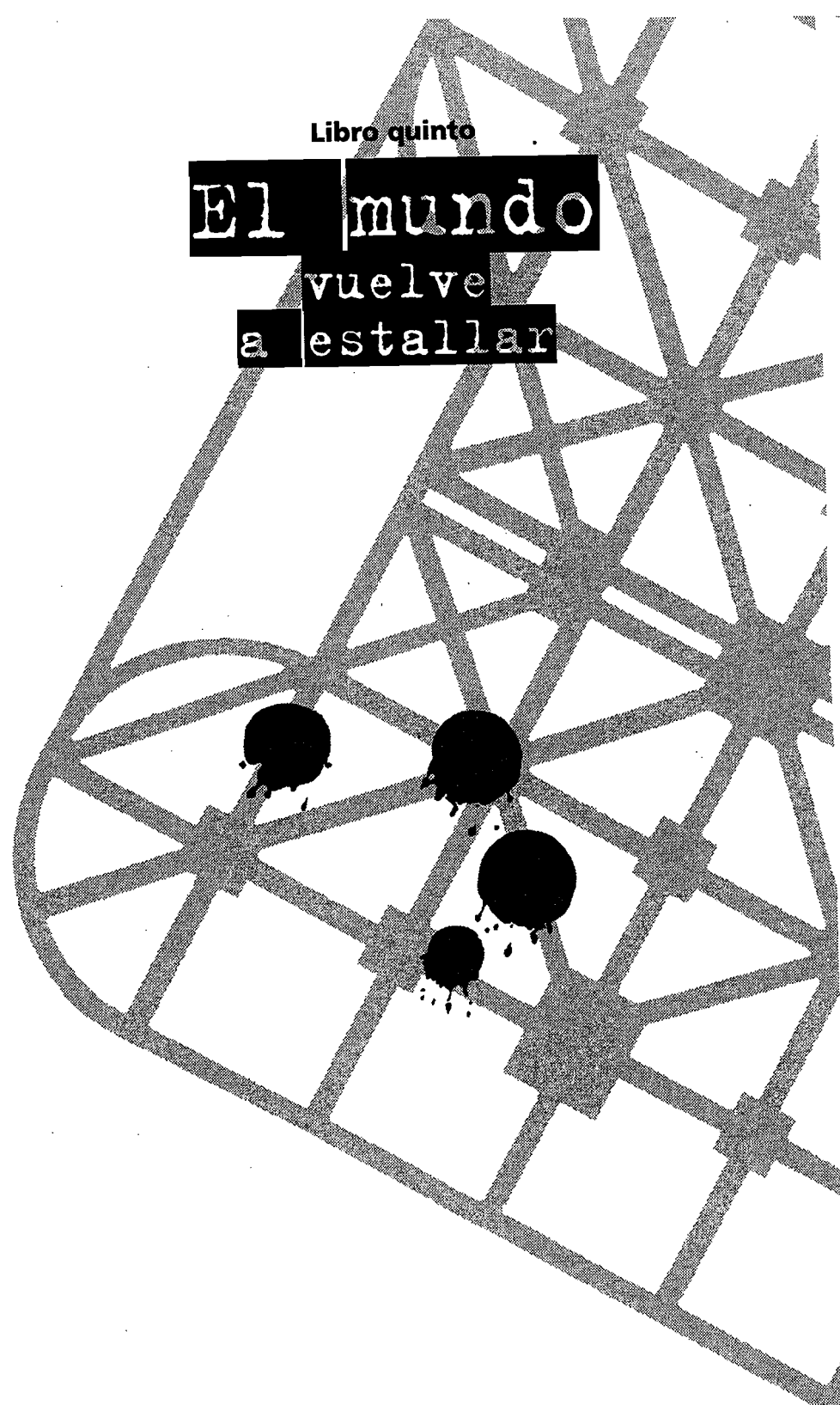
Seis años que le lavaba las zapatillas y los vaqueros y le almidonaba las casullas.

Me empeciné en preguntarle qué pito tocaba Liliana en todo el asunto. Liliana, no te hagas el gil, la maestra nueva que yo invité a participar del comedor. Los insulté de arriba a abajo sin contemplaciones ni evangelios porque un celo infinito me decía que me estaba cambiando por otra. La escena perdió todo romanticismo cuando me arrodillé rogándole que no me dejara. Me aconsejó un sicólogo, y me dejó con mis convulsiones golpeando el piso de tierra y con mis mocos formando un barro espeso en el polvillo.

Su moto relampagueó por última vez frente a mi ventana. Bajo el paraíso, con el correr de las lluvias, la huella de las gomas radiales fue desdibujándose. Para entonces, él hacía rato que había dejado de escribir esta historia.

Libro quinto

El mundo
vuelve
a estallar



Derivaciones insospechadas de una historia que parece no haber terminado del todo.- Las secuelas de guerra que se siguen padeciendo en los noventa.

Hubiese sido un sacrilegio nombrarle un forro al hijo de puta. Y yo nunca me cuidé por miedo a la debilidad de mis convicciones.

Cuando tuve un atraso de dos meses se me ocurrió que tenía que tomar algunas decisiones.

La encontré a Liliana en la dirección del comedor parroquial, repartiendo tareas y administrando calorías con una euforia que conocía.

Qué sorpresa, Patri, vos acá.

Lili, obligalo a usar forros, no seas boluda.

No seas bestia, Patricia, dejame en paz.

Cuando salí de allí me fui directo a lo de Gladys, a ver cuánto me cobraba el aborto.

Patricia se inclina por teorizar, pero se empantana en recuerdos personales.- Patricia ya no recuerda a dónde quiere llegar.- Patricia ya no recuerda si quiere llegar a alguna parte.

En muchas casas, estoy segura, también fue así. Las familias del promedio perfecto, orgullo de la economía nacional, contaban con una muchacha cama adentro. Más o menos calladas, más o menos extrovertidas, más o menos hoscas, siempre procaces. Una raza de mujeres que estaba donde no debía estar.

De chica me preguntaba de dónde salían. No vivían en nuestros barrios ni iban al cine Rocha. No paseaban con nosotras por calle ocho, nuestro centro. Más bien las atraía calle doce o la diagonal ochenta, el centro de ellos.

Delia vivía en casa desde el nacimiento de Jorge. Yo entonces tenía dos años, así que no recuerdo un tiempo sin ella.

Cuando no estaban papá o mamá, su radio a transistores instalaba en casa una música de palmeras y bongoes. La música podía escucharse a todo volumen cuando la ausencia de patrones coincidía con tarde de domingo y visita de amigas. Pero esto ocurría pocas veces; la mayor parte del tiempo, Delia se conformaba con escucharla sin estridencias mientras limpiaba o jugaba con Jorge y conmigo.

Su negrura significaba para mí escasas probabilidades de belleza. La lucía bajo blusas brillantes y atrevidas y la resaltaba con colores fosforescentes cuando nos eran repulsivos.

Delia no había terminado la escuela primaria. Y yo seguía sin entender. ¿Cómo se podía tener dieciséis, diecisiete años y no haber hecho quinto, sexto, séptimo grado?

En un tiempo, algunas cosas nos unieron. Las películas de Joselito, el casamiento blanco y negro de Evangelina y Palito, las fotos de Sandro y Raphael. Las noticias de radio Colonia. Pero el desierto que nos separaba se fue haciendo cada vez más grande. Cuando llegó Sui Generis, quedó poco para decirnos, y lo nuestro pasó a ser una sorda lucha por el tocadiscos, por quién hacía las camas o levantaba la mesa.

Llegamos a meternos en las privacidades de la otra interceptando cartas, pasando mentiras, falsas citas, atrasando horarios. Al pobre carnicero le hice la vida imposible, terminó yéndose enojado y a los gritos.

Había dos momentos en el año en los que Delia se encontraba a salvo y los desubicados éramos Jorge y yo. Uno eran los carnavales. Íbamos a los corsos de Los Hornos y Delia era el centro de las serpentinas, el agua perfumada y los piropos. Una vez sentí una intensa frescura de nieve artificial bajo mi pollera y no supe qué hacer. Delia soltó una carcajada y levantó la suya. Ahora me toca a mí, les dijo a los pibes. No recuerdo haberme desmayado, pero mi memoria no retuvo los minutos que siguieron salvándome de odiarla.

El otro momento era cuando llegaban circos o parques de diversiones al descampado del barrio. Delia siempre encontraba algún conocido para charlar, distendida y feliz, olvidándose de nosotros. Cuando la acompañábamos, era como mirar una casa por fuera. Había un umbral que Delia traspasaba tranquilamente mientras nosotros, parados en el mismo lugar, quedábamos del otro lado.

Hombres y mujeres que no paseaban por calle ocho, que no estudiaban ni se preparaban para la universidad, que lavaban nuestras mugres sin chistar. Que tenían hijos que jamás conocíamos, que pululaban en el barrio sin habitarlo.

Ese mundo me acompañó sin reproche y reconstruirlo me fue muy difícil. Siempre creí que eran el enemigo. Allí se escondían los ladrones, los viejos de la bolsa, los estafadores, los violadores, los quinieleros, las gitanas, las curanderas, los putos, las prostitutas, las que robaban chicos, las viejas locas, los borrachos, los facinerosos, los coimeros, los presidiarios, los callejeros, los cirujas, las bataclanas, los botelleros. Un mal necesario, sin principio ni fin, donde buscar, a duras penas, muchacha cama adentro y jardinero.

Cuando descubrí que compraban y vendían, que bautizaban hijos y tenían primos y tíos y abuelos, fue demasiado tarde. La ciudad había tejido su trama inevitable y para encontrarlos tuve que irme lejos.

Desde que volví, intento y no puedo decirle todo esto a Delia. Los días que viene hablamos de los viejos conocidos y nos reímos un rato. Quizás las miradas. Pero no hay caso, lo que no se dice, no se dice.

Mientras conversamos mueve el pelo y la voz y las caderas con una cadencia indescifrable, y se lo envidia. Ella levanta su culo como un emblema, se ríe de los vientres lisos y pasea sin atenuantes los rollos que otras escondemos con desvelo.

Delia aviva rescoldos de venganza.- Delia comprende que conocer las reglas de la geometría tiene sus ventajas.- Silenciosa y emotiva recordación del décimo aniversario del fallecimiento de Jorge, un largo domingo de diciembre de mil novecientos noventa y dos.

Es un domingo de mucho calor, con calles que parecen largas agujas de tejer, con un aburrimiento cuadriculado de ciudad que no tiene un mísero rincón emboscado, una lomada, un puente sobre un arroyo, un panal.

A Delia se le cruza un pensamiento como una ráfaga y no lo deja escapar. Delia se da cuenta.

Por fin entiende.

Que los misterios de la ciudad crecen hacia adentro de las casas.

Entonces lo que Mariela necesita es eso. Que una provinciana que anda con el corazón afuera le ventile la vida como una cascada, como un sorpresivo recodo donde los demás pueden detenerse para moldear chismeríos.

Entonces lo hace.

La ciudad le presta sus rectas para llegar como derechísimo huracán a las puertas del edificio donde Mariela vive con Luis. Un hermoso palacio de los de antes con lustrosos mármoles en el frente. Ni una señal de envejecimiento o desgano, una genuina casa céntrica en una desértica calle del barrio de tribunales. Delia la conoce bien. Desde que Mariela se casó doña Sara paga puntualmente las horas que Delia necesita para dejar ese departamento impecable.

Bien. Sólo es cuestión de empezar. Delia busca hacia adentro toda la furia que le despierta esa carita de muñeca de porcelana, esas perfectas formas de la nada. Llama por el portero eléctrico pero no espera para patear la puerta de vidrio, para llorar a los gritos. Señora... dígame a su marido que le cuente la verdad, que le diga con quién pasa las tardes que usted no está... Abra, Mariela, soy yo, tengo que contarle cosas importantes.

Lo que supone.

En cada puerta de la planta baja se asoma una estúpida cabeza.

Redobla su llanto y logra que le nazca del estómago. Ay, señora, no aguanto más, se lo tengo que decir. Que es por el bien de su hijo.

Algunos curiosos la rodean. Aprovecha para ajustar sus caderas al compás de la congója. El vaquero sobre los muslos y la remera tirante sobre los pechos simulan la juventud que Delia necesita.

Ay, señora, que su marido viene todas las tardes cuando usted no está y me busca y me atormenta con sus toqueteos. Me persigue por toda la casa y la carne es débil, señora. No fue mi culpa si pasó lo que pasó.

Nadie le abre ni la atiende por el portero y Delia lo prefiere así.

Los fantasmas se agrandan si los testigos son pocos.

Delia se retira lentamente de la escena. Deja un murmullo flotando en el aire y una duda apoyada en la vereda. Una pasión afuera desata volcanes.

Delia lo sabe.

Y se va sonriendo la postrer venganza que le regala a Jorge en el décimo aniversario de su fallecimiento.

Del poco elegante desembarco de Mariela en los chismes del barrio, aquel fatídico lunes de fines del noventa y dos.- De la escurridiza participación de Delia en aquel episodio.- Reseña de todo lo que no pasó porque no podía pasar y final sin orquesta de la pelea que Delia ganó por nocáut.

La noticia desborda los diques de la cortesía. El barrio donde Lalo acuñó un nombre entre cajones de verdulería, donde Sara tejió y destejió lazos y afectos para el progreso de su única hija Mariela, donde desde el accidente de Jorge no hay algo grandioso que compartir, chisporrotea aquel lunes con la noticia improbable.

Delia llega como si nada y se pone a hacer mandados para los Tapia regalando un meneo de cintura. Doña Irene ni enterada, Patricia en lo suyo, como siempre desde que está instalada de nuevo en la casa, por eso Delia no tiene que dar explicaciones.

Lo que supone. El infierno de la vereda de enfrente se ha desatado hacia adentro y sólo se escapa a la calle un tenue resplandor de almas enfurecidas. Mariela ha llegado el lunes de madrugada a la casa de sus padres cargando una valija y un bebé ajeno a todo. Dicen. Dijeron. Yo la vi. Me contaron.

El lunes a la mañana Lalo no abre ni deja explicaciones en ningún cartelito. Los llantos de Mariela pueden oírse desde la vereda y a Lalo se lo ve fumar en el patio un cigarrillo interminable. Yo lo vi. Estaba. Furioso. Me dijeron.

Luis llega a eso de las once a casa de sus suegros con una cara que da lástima. Se va cinco minutos después y le deja a Delia, que forma una obediente fila en la panadería, una mirada furibunda. Entonces la misteriosa mujer llorando frente al edificio donde viven Mariela y su marido se une en la avidez de todos a la inocente imagen de Delia. Las noticias que llegan con los mandados del almuerzo emprolijan la versión.

Dicen que Luis se acuesta con Delia.

Pobre criatura, le tocó un monstruo como marido.

Esta Delia también, qué atorranta.

Yo sabía. Que algún día. Esto iba a pasar.

A Delia le llega la hora de tocar el timbre en lo de doña Sara y la calle le parece una cuerda tensa. Es una dulce embriaguez saber que el barrio la espía parapetado detrás de cortinas, puertas, soleadas terrazas.

Delia llama, Delia espera, Mariela abre la puerta, Delia la saluda con gruesos ademanes y la abraza con exageración. Delia envía un beso con la mano al público presente cuando Mariela no la ve. Nadie le responde tantas efusividades. Ni adentro ni afuera. Nadie dice nada. Y nadie dirá nada, ni adentro ni afuera, porque así se juega y Delia ya ha aprendido. La puerta se cierra tras las dos mujeres lentamente, tragándose el escándalo para siempre.

Delia le regala a los espías un gesto de dedo mayor penetrando un traste invisible, aprovechando el hueco fugaz de la puerta a punto de cerrarse.

Dicen. Me dijeron. Parece que fue así.

Patricia despierta de su letargo y comienza a entender.- Patricia descubre las razones del Dentista.- Patricia vislumbra, cuando ya había perdido las esperanzas, la verdad.

El Dentista es hasta el momento el único inculpaado por la muerte de su Esposa, sus dos Hijas y su Suegra, ocurrida en la vivienda de la calle cuarenta y ocho el domingo pasado y que convulsión a la capital bonaerense.

Pistas. Dos hijas. Ni se atrean ni propongan un hijo más de lo convenido cuando redactamos las leyes invisibles. La suegra allí es importante sobre todo cuando el estandarte lo porta ella en las letras del apellido. Un domingo, cuando nunca pasa nada. Es la calle cuarenta y ocho entre once y doce. Nada debe ocurrir allí. Nada ha ocurrido allí hasta el domingo pasado. Es el barrio del Colegio de Escribanos y los naranjos gentiles y los tribunales y los estudios de abogados y los hermosísimos solares de distinguidísimos apellidos de la ciudad. Es el barrio de la perfecta distancia. Cerca de los comercios pero no en el caos, cerca de la justicia pero del lado de los abogados.

La comprometida situación del profesional habría surgido a partir de la declaración que hizo en carácter de testigo. El juez a cargo de la causa encontró elementos suficientes para que fuera detenido e incomunicado por hallarlo sospechoso del delito de "cuádruple homicidio calificado agravado por el vínculo familiar".

A pesar del hermetismo todo hace suponer que la masacre se originó en desavenencias familiares y en la relación traumática que el Dentista tenía con las víctimas.

Pistas. Yo sé que están allí. A cada cosa un nombre que esconda. Traumática esconde locos en la cuadra. No parecía. ¿Cómo no nos dimos cuenta? En fin, una distracción la tiene cualquiera, y entre once y doce todo ha vuelto a la normalidad.

Son fatalidades. Uno en un millón. No hay nada que temer. Esto no volverá a suceder.

De hecho, el Dentista se hallaba separado de su Esposa, aunque mantenía cierto grado de convivencia desde el momento en que vivían en la misma casa, donde también se atendía el consultorio.

La noticia policial entrega dócilmente las pistas. Tan nuestro esto de vivir juntos pero odiarse pero no hablarse pero cagarse pero humillarse pero insultarse. Eso sí, de la cuarenta y ocho para adentro. A la calle sólo llegará el tibio olor de las tostadas que una familia prepara para el desayuno, un aséptico perfume de consultorio, una alegría de hijas a punto de volar del nido.

La decencia permite algún desliz hacia adentro. Ciertas desprolijidades, ciertas crueldades, ciertos vejámenes, ciertas pasiones, ciertos rencores.

El clima de encono familiar también alcanzaba a sus dos hijas, una odontóloga y una abogada a punto de contraer enlace con un joven médico oriundo del interior bonaerense.

Cuarenta y ocho entre once y doce. Odontología entre abogacía y medicina. El Dentista entre las hijas y el yerno, las hijas entre la Esposa y la Suegra. Un tórrido clima platense.

El hilo conductor de la investigación revela que el imputado, en forma planificada, decidió dar muerte a las mujeres aprovechando el descanso dominical. Habría entrado a la casa de la calle 48 alrededor de las once y se habría dirigido al lavadero donde estaban su Esposa y su Hija Mayor. Con ésta última habría mantenido una discusión por motivos laborales ya que la joven quería trasladar la atención de sus pacientes al Gran Buenos Aires.

Armado con una escopeta calibre 16,70 Víctor Sarrasqueta, de origen español, el sospechoso decidió matarlas.

Dos descargas dieron en el pecho de su Esposa y, tras volver a cargar el arma, el Dentista habría matado a su Hija Mayor.

La Hija Mayor. Rastros de Hijas Mayores desperdigados por toda la ciudad. Primaria y secundaria en el Normal. Guardapolvo blanco y en el pecho un monograma azul con las iniciales de la escuela. In-

confundible. Quien lo ve reconoce la buena formación, lo femenino a salvo de lo masculino, padres que quieren lo mejor. Las escuelas normales fundadas por amigas de Sarmiento preparan las mejores hijas de la ciudad.

Las Hijas Mayores siguen, después, carrera universitaria de tradición familiar. Parece que eligen pero en realidad los primeros intentos vienen después, y se llaman Gran Buenos Aires o cualquier otra excusa. Lo que no se gritó a tiempo, se transforma en una perfecta perdigonada de la Sarrasqueta.

Mortal puteada del padre.

Cómo iba a imaginar, una Hija Mayor coleccionista de obediencias, final tan incongruente. Entonces hay una grieta por donde se escapan algunos detalles y el impecable modelo está minado de trampas. Es un desolador lugar.

La Hija Mayor tiene nombre de su tiempo. Las de su tiempo son Adrianas, Patricias y Sandras, Lauras y Claudias, Mónicas y algunas Dianas. De chicas salen de la mano de su mamá, nunca son más de dos, y pasean orgullosamente un nombre, una casa, un papá, un almidonado vestido de cuello bordado. El fotógrafo del centro las inmortaliza en un retrato de luces y sombras artísticas.

En este tiempo de Vanesas y Rodrigos y Natalias, el territorio de las Hijas Mayores está quebrado y los años, pasando, abren las fisuras hasta límites muy peligrosos.

Su madre viene de la época de las Gladys, las Mirtas, Estelas y Matildes. Un tiempo más calmo por fuera. De mujeres bien casadas. Desmoronadas sin estridencias, sin escándalos, por el bien de la familia. Los hijos viviendo el resto. Mujeres como perfumadas flores secas. Las hay por todas partes, habitan la ciudad detrás de las mejores puertas.

En la planta alta, donde se hallaba con su abuela, la Hija Menor habría bajado al oír los disparos y habría recibido una descarga en el tórax. Una segunda perdigonada terminó con su agonía.

Las palabras regalan refulgentes pistas. La Hija Menor, la perfecta culminación de la familia tipo, es culpable sólo de eso. Ni vínculos incestuosos, ni venganzas pasionales, ni víctima provocadora del victimario. Ella es la segunda hija del modelo para armar que el Dentista se encargó de construir minuciosamente, altanaramente, para destruirlo después. La furia descansa allí.

El Dentista habría resuelto no dejar testigos: cuando la anciana bajó dificultosamente la escalera, recibió un escopetazo.

La señora lleva la pista pegada al apellido. La víctima final es quizás la más preciada, por eso a ella se le permite un descenso señorial por la escalera.

Ellos no saben lo que escriben. La historia se desliza silenciosa debajo de la historia.

Discurso pronunciado por el doctor Alberto Tapia frente a su esposa, el día que se enteró de que su hija estaba embarazada.

Al tercermundista ése cuando lo agarre lo mato. ¿Vos te encargaste de avivarla cuando fue su momento? Ahora no me vengas con lágrimas Irene porque ya es tarde. ¿Cómo no te ocupaste de esas cosas? Lo que nos faltaba. Anda por ahí haciéndose la buena con la negra pero cuando las papas queman vuelve hecha un pollito mojado. Te aclaro una cosa Irene. A esa chica hay que ponerle los puntos sobre las íes. Tiene treinta y un años y todavía se comporta como una chiquilina insolente. Hacete cargo de ese chico y de Patricia porque ella ya dio sobradas muestras de boludez. A mí pedime la plata que necesites pero no me cuentes nada porque no quiero saber nada. Y más vale que no andes por el barrio llorando penas. Mejor andá pensando qué vas a hacer con tu mamá porque te la pasás yendo y viniendo a Berisso, gastás un montón de nafta y un platal llamando al médico y buscando recetas y llevándole remedios y eso en un geriátrico está todo previsto y solucionado. Ya se cayó dos veces y la tercera va a quedar postrada y ahí te quiero ver. Doña Ana es una santa, nunca trajo problemas, ella con sus plantas y sus cuentos se entretiene todo el día, pero no es cuestión tampoco. No podemos tener a una pobre vieja viviendo sola en un caserón que se viene abajo con los servicios que hay hoy en día. Pensalo Irene porque así no podés seguir. El fin de semana yo también necesito que me atiendan un poco y al final tengo que andar haciéndome huevos fritos porque vos no estás nunca.

No es cuestión.

Al tercermundista ése cuando lo agarre lo mato.

Patricia vuelve al lugar del crimen.- Minuciosa reconstrucción de los hechos.

Un tiro certero al corazón de la Hija Mayor y sus caprichos insolentes, un tiro que atraviesa el monograma bordado en el guardapolvo del Normal, gusanos azules que señalan a las chicas codiciadas. La señorita Susana nos hace dibujar la plaza Moreno tal como la vemos por los ventanales de sexto A y escribimos oraciones, juego en el suabe y baja, predicado verbal simple, sujeto tácito: yo, y no nos perdona los chicles, y el patio es un museo de mujeres en formol, la Hija Mayor salta el elástico y pierde y vuelve a probar, ella no sabe que un tiro le atraviesa el monograma y también mi guardapolvo se mancha de sangre y es blanco y es azul de gusanos y es rojo de muerte, y se desvanece Susana y se derrumba el Normal, ahora es tan pequeñito y viejo el edificio que allí no cabe el salón de actos, el mástil imponente, el tiro certero mata a las hijas mayores, al normal uno, a la señorita Susana, al sujeto. Tácito: yo.

Bajo tranquila las escaleras de la Escuela Normal Nacional Número Uno. No me falló el pulso. Ya no respira. No queda nada. Nadie llora.

Cargar nuevamente la escopeta no es para iniciados. En manos expertas es un gesto automático y otra vez apuntar a un pecho. La Esposa enloquece por los ojos, no les cree a esos dos caños que le apuntan, intenta un último reproche que queda colgado del aire del lavadero y la flor roja le abre el pecho en un grito de pólvora que ensucia todo, y se mezcla el olor picante del fogonazo con el perfume del jabón en polvo y ya no queda una mamá que lleva de la mano a sus dos nenas a las fiestas de cumpleaños, el almidón Colman es un recuerdo endurecido en el último estante, ya no más medias tres cuarto azul marino, ya no más cintas en el pelo adormecido, porque las niñas de los cuellos festoneados ya crecieron y las mamás ya no les compran camisetas de interlock, telas primorosas, ni las obligan al café con le-

che ni les pagan la cuota del británico o de la alianza francesa y no saben qué hacer con las horas y las menopausias que les sobran y ya no hay un dulce beso de marido regresando. Sólo queda un rumor de portafolios pero es inevitable, ellas están solas y les regalan una rosa para el pecho demasiado tarde, hace tiempo que la muerte se ha llevado a las hijitas que se dejaban vestir igual, las modositas hijas del doctor, las educaditas hijas de la ciudad, las que nunca se ensucian las rodillas, las que leen Mujercitas y van al cine Ocho a ver una de Disney, y sin esas hijitas ellas no se reconocen ni encuentran la salida.

El tiro nos confirma un pulso impecable, doctor. Pero la señora ya murió: las nenas no están bajo su pollera y los cuatro hombres para Eva la abandonaron en un baldío. Bebán ha envejecido tanto que tal vez el nuestro sea sólo el tiro de gracia, un tanto innecesario porque la muerte vino antes y nos ganó de mano. Aunque nunca está de más regalar una flor roja.

La Hija Menor busca un rastro de cazador furtivo por la casa, camina en dirección a un ruido que no le suena a siesta de domingo, no se sabe presa, por eso todo resulta tan sencillo. La Víctor Sarrasqueta está sedienta con la espera y no perdona y la Hija Menor cae sin saber por qué, la escribana con el título fresco en el orgullo no firmará protocolos, anteponer doctora no la salvó de la perdigonada, pero ella lo sabía, cuánto hace que sabía que el doctora no la salvaba de nada, no la protegía de las oficinas públicas en las que muchos doctores descubren, tarde, pero lo descubren, que el título universitario pueden meterse en el culo. La traga un estampido suficiente, pero la muerte la acompaña desde hace algunos años, cuando la chapa de bronce deletreando Abogada le recordó las que veía en el cemento de las lápidas.

Los diplomas y los orgullos ya no habitan estos cuerpos y el tiro quizás esté de más, doctor, la ciudad ya enterró a sus predilectos en organigramas de ministerios y nos ahorró el encontronazo.

Pero hay algunos tiros que son el hábito del cazador y no dependen de su voluntad.

De la escalera baja, imponente, el apellido. La mira apunta al Mac, el resto se pierde en un linaje confuso, de irlandeses bajando de barcos hambrientos de sueño americano, a los que hablar inglés les abrió puertas negadas en las islas de castas rigurosas. La piel blanca aportó lo suyo y la geometría dibujó avenidas majestuosas para pasear el apellido respetable de fortuna dudosa. Baja una reina impenetrable

que odió siempre, con estudiada indiferencia, el apellido vulgar del cazador. Baja apenas sostenida por el cuerpo, apenas dominando la furia y el desprecio y apuntar entre ojo y ojo nos llevó veinte años. Por eso tiembla un poco el pulso esta vez, pero lo logramos, toda la fortaleza de estos imbéciles es débil escenografía. Dejémosle, no cuenta nada, un último y romántico descenso por las escaleras.

No hemos terminado. El reticulado de las calles queda. Los barrotes rasgan en tiras poderosas el rostro demacrado y eso queda. Las calles que enderezan y atrapan edificios, el gótico catedralicio, la blanda municipal, las cenizas del teatro, las plazas con jardines de Versailles y todo el pasado esplendor y todos los omnipotentes apellidos quedan.

Queda usted, doctor, a usted no le llegó el tiro y permanece, un rictus en una celda, y ella permanece, un cuadriculado perfecto de barrotes de asfalto la defiende y todo está atrapado allí y a usted nadie lo toca ahora y a ella tampoco. La ciudad siempre parece agonizar pero no muere. Miles de tiros certeros no cambiarán la historia y ella sobrevivirá inevitablemente. Como usted. ¿Me entiende, doctor?

**Si es nena, abuela, como vos, Ana.
Si es varón, no sé. Espero que no sea varón.**

De cuando el turco se acerca a Patricia para colaborar en la investigación.- Patricia transcribe el testimonio mientras terminan de caer las barreras que la separan del mundo.- El velo se descorre, irremediabilmente, y los padres, en los extraños noventa, pueden estar o no estar, lo mismo da.

¿Vos estás escribiendo sobre el Dentista? La Delia me lo dijo. Yo tengo algo que te puede interesar. Esa noche, la noche del domingo, qué domingo de mierda, me fui a perrear por calle siete porque no tenía ganas de volver a Los Hornos. Qué barrio de mierda. Me agarré un pedo bárbaro y me metí en la exposición de un loquito que hace unas esculturas alucinantes. Me afané una, dicen, y debe ser así porque después aparecí en la comisaría. Parece que el quía me junó, me siguieron, me levantaron y derechito a la primera. Mirá, cuando uno está en cana, los minutos es como si se aplastaran, así que con los otros que estaban en el calabozo armamos un truco. Así nomás, sin muchas ganas, para pasar el rato. Yo jugaba con el pelado de anteojos contra el jefe de la barra brava de Gimnasia y un punguista que hacían pareja. Después me enteré, me contó el cana. A mí me parecía un pobre tipo, que me iba a imaginar que había despachurrado a cuatro minas. Y pensar que yo me cuidaba del barra brava y de los canas, que son lo más peligroso que te podés encontrar en una comisaría. También me preocupaba el asunto de mis antecedentes. Tu viejo fue siempre muy cuidadoso y estoy bastante limpio, pero la droga no es joda y acá nos conocemos todos ¿me entendés? Aparece un testigo y chau, estás jodido.

Bueno, mato y voy, me decía el tipo, y no decía nada más, se quedaba mudo y yo dele joda y risotadas con los otros dos, y éste nada che, fumaba que daba miedo, y yo pensaba a este pobre diablo lo metieron preso por boludo, lo cagó un vecino o un pariente con bronca que le inventó una denuncia, o alguno le quería soplar la mina, qué me iba a suponer, con el cagazo que tenía sabiendo que pasaba toda la noche entre canas que saben lo de tu viejo y con el negro ése de Gimnasia que parecía un camión.

Me largaron al otro día. Fue cuando vi la escultura que me había afanado, una bosta descomunal, qué tranca tendría.

Mato y voy. No me olvido más. Él hablaba del partido de truco, pero yo no sé cuándo voy a volver a pegar un ojo, de laburar ni hablar, porque el chabón me miraba fijo, mi cara se la acuerda bien. El turco Assad fotografiado tres cuartos perfil derecho por el asesino domin-guero. Lo que me faltaba. Encima perdimos y le dije que se hiciera cargo. Qué caro me salió aquel pedo.

Una deuda de juego con el sátiro de la escopeta.

De cuando Delia es depositaria de una larga confesión del turco, que se anima a hablar el último y fatal día de su cirrosis.

A Delia no le alcanzan los oídos ni el asombro para recibir tanta confesión. El turco, que entraba de vez en cuando a la casa de los Tapia en calidad de ineficiente jardinero —y todo gracias a sus recomendaciones— resulta ser un aprovechador que debe sus últimos lujos a las puertas que Delia le abrió sin sospechar siquiera.

Aquella tarde, maloliente y nauseabunda tarde en la que limpia toneladas de vómitos de su compañero, el turco devana letanías de delincuente arrepentido y le cuenta.

Que el señor Alberto se le acercó una tarde en la que él dale que dale a la ligustrina del fondo y le propuso un negocio.

Que él no entendía muy bien de qué se trataba hasta que le habló de cocaína y marihuana para ofrecer en los boliches. Al por mayor, claro.

Que lo amenazó con volarle la cabeza si algún día se enteraban del asunto Delia o la señora Irene. Ni qué decir Patricia o Jorgito.

Que la comisión era muy buena y el silencio absoluto y que lo fuera a ver ese lunes por la mañana a la oficina.

Que eran socios desde el ochenta y tres y que desde entonces el paladar se la había acostumbrado al whisky y al gin cola de las barras de los boliches y por eso a don Alberto le debía la cirrosis furibunda que lo estaba matando en la plenitud de sus años.

Que si algo, sin embargo, tenía que agradecerle al engrupido ése era que ya no dependía de billeteras y bolsos a tiro de la cana. Por él había dejado la venta ambulante y los parques de diversiones y se vestía con ropa de marca de negocios de calle ocho.

Que su pobre vieja murió creyendo que su turquito había levantado cabeza y espichó en Los Hornos con un orgullo de hijo trabajador.

Que se fue convencida de que él nunca se juntó del todo con la Delia porque andaba merodeando a la Patricia, la hija de don Alber-

to, que era en realidad lo que merecía alguien que tanto había favorecido a su patrón en los negocios.

Que por eso él nunca la dejó quedarse más de una noche en su casa y la hizo seguir alquilando la piecita en la otra cuadra llorando el injusto maltrato y la soberana ingratitud.

El turco Saúl Assad le decía en esa tarde —sin ninguna necesidad de hacerlo porque total se estaba muriendo— que la única mujer que le había dado vuelta la cabeza era ella, la Delia, y que la quería con toda el alma porque siempre había sido una burra de carga que se había aguantado los gritos de las patronas y el semen de los patrones sin chistar, porque había sido como una madre, al fin y al cabo, para las hijas del Dentista, para Patricita y Jorge y para él, sí, para él también, y todo ese sacrificio sin recibir nada a cambio, sin poder ahorrar un peso, sin tener donde caerse muerta ni quien la llorara, viviendo en ciudad de piojos resucitados que la maltrataban. Y todo ese sacrificio para llegar a una edad en la que ya no podía buscarse un compañero como la gente con quien parir sus propios hijos.

El turco Assad le pedía perdón por tanta chanchada que le había hecho y le juraba haberla querido lo mejor que pudo. Y le pedía. Que se hiciera cargo del entierro porque lo último que había ganado se lo había jugado a las carreras. Que en todo caso vendiera la video y el televisor y el equipo de música que alguna plata le iban a dar por todo eso y que se encargara de que algún curita de éstos que están al pedo en el seminario menor viniera a rezarle un padrenuestro que lo salvara del fuego.

Y le aconsejaba que visitara al Dentista en la cárcel porque después de todo las sobredosis que él había vendido por orden de don Alberto habían matado a más de cuatro y nadie había ido en cana por eso porque al fin y al cabo, —y mientras le decía esto se iba durmiendo, se iba muriendo— parece ser que en esta puta ciudad la cuestión es ser silencioso.

Patricia perfecciona su versión.- A Patricia, es evidente, ya no le quedan dudas.

Volvamos al apacible minuto antes que se desatara la tormenta. La pesadilla que, según describen los diarios, se vivía puertas adentro, jamás llegó al vecindario. Pueden escribirse infiernos inimaginables vividos por los cinco integrantes de la casa de cuarenta y ocho. Pero una certeza lo sobrevuela todo: ninguno dejó entreverlo antes.

El Dentista interrumpió los sacrificios humanos que exigía el dios de la ciudad matando a las víctimas al pie de la escalinata ritual. Lo desafió en sus propias narices demostrándole que él podía ser más cruel.

Este hombre quiso dominar destinos que ya estaban escritos. La violencia acumulada en el camino parecía servir. Jamás pensó que recibirla y serenarla era una parte del juego. Creyó que le pertenecía.

Elemental, mi querida Patricia, elemental.

Patricia sabe cómo se llega a matar.- Pero Patricia no sabe qué se hace cuando no se mata.

Disimular nochebuenas. Esconder la panza bajo blusas flojas y correr detrás de Delia aparentando que la ayudo. Salir lo menos posible de la cocina. En el comedor brotan tías como hongos, preguntándome por qué volví. Hace más de un mes que estoy acá y todavía no inventé una respuesta aceptable, ni siquiera para mí.

Dejar la casita sin revoque no me pesó, pero la escuela me persiguió como una pesadilla. Tuve que volver cada mañana hasta principios de diciembre, viajando a Villa Nueva como al fin del mundo. Me despedí lentamente, y dolió como la puta madre.

Para colmo la directora decidió invitar a la parroquia y al club a la fiesta de fin de año. Cuando lo vi y no temblé, cuando las rodillas me respondieron y seguí conversando con mis compañeras como si nada, creí que por fin. Se acercó como la primera vez. Alto. Pablo.

Me invitó al buffet del patio a tomar algo, y creo que acepté para emputececer a Liliana.

Empezó hablando de las manos que ocasionan pecado y deben cortarse. Le expliqué que me acordaba de aquel asunto y que podía ahorrarárselo para ir al grano. Entonces me habló de asepsias y de riesgos quirúrgicos y de los dudosos títulos de obstetra de Gladys y de una clínica de Quilmes donde él se haría cargo de las cuentas.

Respiré hondo, dejé en el aire una intriga aprendida, y cuando supe que me escuchaba con toda su atención reconcentrada lo mandé a la reputísima madre que lo parió. Después le dije que se quedara tranquilo, que Gladys estaba descartada porque yo ya había calculado su terror al escándalo. Y que la guita que me ofrecía se la guardara para preservativos.

Estoy de seis meses. El embarazo decidió por mí: ni siquiera sabía que abortar después de tres meses de gestación es suicida. Cuántas cosas que no sabía.

Salir lo menos posible de la cocina. Así descanso de las palabras y las explicaciones.

Las leyes invisibles. Las invisibles.

Patricia recoge el testimonio de Luis, esposo de Mariela, sobre los años difíciles.- Final incruento de la historia de Luis y Mariela.

Puedo pensar en Jorge porque ya no duele tanto. Y puedo hablar con Luis sobre la ciudad, sobre Malvinas, sobre el Dentista, sobre la pobre novelita de mi hermano y sobre su amor contrariado, gracias a que nunca antes fuimos amigos y a que todo parece una melancolía sin consecuencias.

Él es quien más sabe del asunto de Jorge con Mariela. Cuando nos encontramos me cuenta detalles con una culpa que parece pose. Habla de su casamiento con Mariela como si no hubiese dependido de él, como si un destino de tragedia griega lo hubiese empujado.

Es incoherente lo que dice, pero le creo, a mi modo.

Luis aterrizó en el comercial donde estudiaba Jorge después de haber recorrido todas las secundarias y todos los aplazos. Ahí se conocieron. Después se siguieron viendo gracias a la perseverancia de Jorge, que lo siguió visitando en su envolvente año de sicología y en su recalaje final en periodismo, donde volcó toda su elocuencia y su humanismo superficial. Le fue bien en la radio. Jorge creyó siempre que Luis llegaba a la cúspide de todo.

Ayer lo encontré cuando salía de la casa de Sara y Lalo. Sé que anda en despelotes con Mariela porque ella está en el barrio desde hace unos días (a los treinta años, las dos volviendo).

Me cuenta que Mariela está en forra y no lo deja ver al pibe.

Fuma como antes, como en el Jockey, como cuando a todas nos gustaba verlo. El flequillo sobre los ojos, la boca sosteniendo sin ganas el cigarrillo, los comentarios cínicos sobre las mujeres que lo miran, sobre la pavorosa quietud de los minutos en un salón de baile donde nunca pasa nada a la altura de su personalidad. Sigue hablando igual.

Me cuenta que Mariela es una chiquilina caprichosa que odia ser madre.

Me cuenta que nunca debió caer en sus redes.

Me cuenta que la vida es un rollo.

Una hora después se da cuenta que está hablando con una mujer que no conoce. ¿Y vos? ¿Qué andás haciendo por acá? De visita, con-testo. Lo alivio de no saber cómo seguir preguntándole por su programa de radio. Lo dejo transcurrir, me descansa oír las tribulaciones de este arrinconado don Juan de pueblo.

Reencuentro de Patricia y Mariela, a comienzos de mil novecientos noventa y tres.

Ayer vino Mariela con su bebé a visitarme. Está hermosa, como siempre. Se sigue recogiendo el pelo con cintas distraídas y parece una quinceañera. Juan Manuel se trepa a ella como a un árbol, la llena de mocos y dulces y casi no la deja hablar.

Nuestra conversación se hizo entrecortada y difícil, Mariela la interrumpía a cada rato con indicaciones y retos suaves a su hijo. Creo que fue mejor así. Hablamos de chicos y pañales y ejercicios pre parto. Nos reímos juntas del asombro que nos provocan las panzas enormes en nuestros cuerpos.

No me preguntó por el papá del bebé. Sabe todo, como yo sé todo, pero prefiere la superficie.

No le pregunté por qué volvió a dormir en su pieza de soltera. Últimamente yo también prefiero la superficie.

Es una extraña sensación volver a dormir a cincuenta metros de Mariela.

Es una extraña sensación saber que la extrañé todo este tiempo.

Inminente desenlace de la historia de Patricia, a pesar de ella.

La panza me revienta por los cuatro costados. Me cansa respirar y me cansa pensar lo que tengo que hacer.

En qué hospital.

Con qué plata.

Pañales.

Autorización de la obra social y declaración jurada de ausencia irremediable de padre.

El nombre.

La cuna.

La mamadera y el chupete y esas valijitas primorosas que guardan las herramientas de los primeros días del viaje.

Mamá me lo recuerda, ítem por ítem, cada vez que entra a mi pieza.

Millones de mujeres lo han hecho antes que yo, no veo por qué habría de ser tan complicado.

Un día de estos me voy hasta calle doce y compro todo. Lo guardo y espero el día. Eso es todo. Por que será que lo riegan de ceremonias.

Vacunarlo, no me tengo que olvidar cada dos meses de vacunarlo.

La mamadera. No me tengo que olvidar de la mamadera.

Un camisón viejo. No me tengo que olvidar de un camisón viejo para la sala de parto.

Batitas de lino.

Pañales descartables para recién nacido. Un paquete.

Algodón y gasa y un sacaleche. Leche ese veintiséis para recién nacido, porque no creo poder soportar que me muerdan el pezón dos encías vírgenes.

Toallitas suaves y baberos minúsculos. Todo puede medirse con la palma de una mano.

Patricia aprovecha los datos recogidos en su larga espera para entender más de un asunto.- Patricia se dedica a relacionar.

Recuerdo un tiempo en el que Delia desapareció misteriosamente de casa.

Yo estaría en quinto o sexto grado, Jorge en tercero. Los días previos, mamá se encerraba con Sara en la cocina y hablaba en voz baja y angustiada durante horas. Delia no salía a la vereda con nosotros y se acostaba temprano.

Un día, Delia no estuvo en su lugar. Mamá faltó a la escuela y se quedó para cocinarnos y peinarnos y llevarnos al colegio. Todo era muy extraño. Mamá no faltaba jamás, la recuerdo esperando el micro de la una menos veinte cargando un canasto de mimbre y cartulinas de colores recortadas en casa hasta la madrugada. Todos los santos días. Igual. Siempre igual. Maestra del tiempo en que las esposas de profesionales eran apóstoles de la nueva era y se dedicaban, con fruición de tiempo y despreocupación económica, a desasnar al soberano.

Por alguna razón, lo que le había ocurrido a Delia era muy grave y no nos debía rozar. Mamá se aseguró que fuera así quedándose en casa. Ese día y toda esa semana y todo aquel mes faltó a la escuela. Delia había decidido un viaje extraño. La semana que viene vuelve. Fue a visitar a su familia en el Chaco y vuelve. A mamá no la pudimos sacar de ahí. No la puedo sacar de ahí.

Delia tenía que haber protagonizado algo terrible. Distinto a cuando quemó el documento de papá porque no encontraba los fósforos o cuando tomaba antibióticos a escondidas por el sabor vainillado.

Una catástrofe ciega, impalpable, una milimétrica disgresión de la rutina, obligó a esconder a esa mujer.

Un abismo profundo, inimaginable, se había abierto. La cuestión parecía ser dejarlo sin nombre, para que no ingresara a la memoria familiar. Porque las tostadas quemadas, la muerte de un perro, un grito furioso, el auto de papá encajado en una zanja, eran los huecos per-

mitidos. Un aplazo en matemática, un accidente de tránsito, una madrugada durmiendo en la calle, era todo el caos que mi mente archivaba fuera de lo conocido. Pero lo de Delia debía estar más allá.

Delia volvió después de algunas semanas; me llamó la atención su flacura. Los primeros días se la pasó canturreando letanías por los rincones y buscando a mamá para acorralarla en larguísimas charlas regadas de llanto. Delia suplicaba, gemía, hacía gestos ampulosos que pudiesen convencer. Al poco tiempo no durmió más en casa y me olvidé del asunto.

Años después, una carta a Delia que intercepté a tiempo y sin culpa me reveló, con letra dura y abigarrada, que Huguito estaba bien, que le mandaba saludos, que Dios había dispuesto así las cosas y que lo mudarían a la casa de una tía en Resistencia el próximo año para que pudiese empezar primer grado. Enseguida me acordé de la catástrofe. Cuando le entregué la carta a Delia le pregunté quién era Huguito.

Un ahijado, me contestó sin más y siguió fregando pisos y platos. Delia/un hijo en el Chaco/el abismo el secreto el misterio de la mujer escondida.

Yo tenía por ese entonces quince años y los bebés nacían dentro de felices matrimonios. Pero intercepté una carta /un nacimiento fuera de la ley /las muchachas cama adentro no tienen sexo/. En las demás casas no debían pasar cosas tan horribles, tan secretas.

Para colmo, Delia nunca había noviado demasiado tiempo. El hijo podía ser de papá. La idea me atormentó en febriles pesadillas que no compartí con nadie. No comparto con nadie. Vivir me pareció, desde entonces, un territorio confuso: había historias para ser contadas y otras para ser desaparecidas. Hay historias para ser contadas y otras para ser desaparecidas.

Las cartas para Delia siguen llegando a casa a pesar de los años que hace que vive en Los Hornos. Nunca me pareció extraño. Para mí Delia aparece cuando entra en casa y desaparece al irse, y todo le ocurre aquí. Hoy me pregunto cuánta mujer vive cuando se va.

Quisiera preguntarle por su hijo. A la mujer que amaba el sabor vainillado de los antibióticos pediátricos.

La escucho tararear cumbias viejas mientras repasa los muebles de los otros dormitorios. Cada vez que subo a escribir, le toca limpiar arriba. Sé que me está observando y que, a su manera, me cuida. La mujer que se atrevió a quemar el documento de papá porque no tenía fósforos.

A ella no la desvela mi panza y por eso tengo ganas de preguntarle algunas cosas. Si mamá nos protegió de una vergonzante madre soltera o de un morochísimo medio hermano. Si los hijos existen. Si los abortos se convierten, finalmente, en una serena costumbre.

Sé que Delia podría ayudarme. Pero aquí mandan las leyes invisibles y también sé que nunca le preguntaré nada.

Final de un viaje de ida y vuelta que duró dieciocho años, a comienzos del noventa y tres.

Usté digalé que vino Hugo Cárdenas.

A Delia le laten las sienes, los párpados, los hombros, los dientes. En la puerta de la casa de los Tapia está parado, frente a Patricia, su hijo.

Debe rondar los dieciocho años. Delia espía por un espejo la imagen de un miliquito parado en el umbral. Pequeño, morocho, ojos hundidos. ¿Qué le dirá al hijo bueno, que esperó tanto tiempo, que se presenta como un inocente en la ciudad prohibida? ¿Nadie le explicó que debía llamar por teléfono primero? Así su madre lo cita en un bar, o en la piccita de Los Hornos, pero nunca allí. Claro que esas diplomacias se aprenden después.

Hugo Cárdenas ha venido como ella hace más de veinte años. Creyendo que su puro nombre, su pura humanidad lo ampara. Y que la dueña de sus días y del dinero llegado puntualmente a la estafeta del pueblo puede recibirlo en un living encerado como si fuera una señora.

Delia se acerca aguantando un grito. El soldadito se inhibe, no suelta bolso ni birrete, se deja apretar bajo un abrazo que asfixia. Patricia los deja solos y Hugo y Delia se miran, se tocan, se hablan, se ríen.

La vereda es un anfiteatro perfecto. Doña Sara espía, amparada por su cortina americana, el ruido desconocido que viene de la vereda de enfrente. Doña Irene pregunta a Patricia qué significa ese griterío en su puerta.

Hacia afuera se dirá lo acordado. Un ahijado de Delia, un pariente lejano que vino a visitarla del Chaco, un sobrino que hará el servicio militar en el regimiento siete. Y nadie nombrando lo innombrable.

Hacia adentro, doña Irene no perdonará la obscenidad. Y recomendará a Delia recibir hijos vetados en otro lado.

Delia despide al soldadito prometiéndole una visita al cuartel, y vuelve a lo suyo.

Un hijo, piensa Delia mientras encera, nace muchas veces.
El de ella nacerá el próximo domingo, dieciocho años tarde, en un patio de regimiento.

Final de un gran amor y un tenue matrimonio

Mimí casi no puede hablar. El locutor le acerca el micrófono y la anima. La comparsa Juventud de Los Hornos quiere pedirle al público presente un minuto de silencio en homenaje a quien fuera su primer bailarín, Saúl Assad, fallecido este verano mientras pescaba con unos amigos en el río.

Las trompetas invitan al recogimiento soplando acordes fúnebres y Mimí llora por los altoparlantes su decadencia y la muerte de su protector. Se acallan las nieves artificiales en señal de duelo. Los hombres de camisolas violetas levantan los dedos en ve y el gentío suspende el carnaval.

Arrinconada bajo el palco, sin chicos para arrastrar, sola y varicelosa, Delia se guarda los mocos en un pañuelo de hombre, lo único que le queda del turco.

Ni siquiera le queda una libreta, ni siquiera un concubinato, ni siquiera un novio muerto. ¿Qué era, al fin y al cabo, el turco en su vida? Ni esposo, ni amante, ni mierda. Nadie la llama al palco como la viuda que se siente porque su viudez es su puro invento y nunca le perdonará al vago ése que no le haya puesto el apellido. Veinte años aguantándole el aliento a vino.

Mimí interrumpe sus gemidos. Bajo su minifalda, debajo de sus tacos aguja, bajo los tablones del palco, como si viniese del mismísimo infierno, un llanto acongojado de mujer sube y paraliza. Las trompetas, respetuosamente, se callan, nadie se atreve a decir nada. Los gritos desgarrados inundan el carnaval como una sobrenoché.

El minuto les parece eterno a los organizadores del magno evento. Una mujer invisible lo está arruinando con su dolor desafinado.

Cuando la incomodidad está a punto de estallar, el segundero marca el salvífico sesenta y Riki Maravilla la deposita a Delia, sana y salva, en las playas del anonimato.

**Mirá Patricia, yo no aguanto más
y a alguien se lo tengo que contar
porque sino me voy a morir con esta espina clavada
y no es cuestión de crucificar inocentes
por mi culpa
porque yo seré bruta
pero nunca fui una delincuente
como el atorrante
del turco
que dios le haya perdonado
los desastres y lo tenga en su gloria.
Vos Patricita,
perdoname que yo me haya metido en tus papeles,
pero vos dale que dale
en esas cartas que escribís
diciendo que la ciudad tiene la culpa
que a todos nos convierte en asesinos
que ayudó al Dentista a matar como un demonio desatado
no Patri,
vos habrás estudiado mucho
pero sos una inocente en algunas cosas
el hombre mató porque yo se lo pedí
cada tarde se lo pedí
sin saber lo que estaba pidiendo
cuando una se envicia y quiere más y más hombre adentro
una piensa que podría pasarse
toda la vida así
y para eso hay que matar estorbos
echalas, le decía yo**

**borralas del mapa
vamos al comedor, que nos vean
vamos a la calle
a la plaza
te quiero
me decía
un día de estos largo todo y me caso con vos
mi putita
mi putita culona
venite los fines de semana conmigo
que dormimos acá en el consultorio
mirá Patricia
no encuentro palabras para contarte
pero el tipo lo hizo porque me quería
él me dijo
cuántas veces me dijo
un día de estos me pudro y
todo el mundo va a saber
quién soy yo
yo tengo la culpa
yo lo enloquecí como enloquecí a tu hermano
no ves Patri
que al final los destruí
como al turquito
y en eso la ciudad
ni corta ni pincha
sólo aburre.
Lo del Luis es distinto
fue un bolazo que inventé hace unos domingos
de puro aburrida que estaba
de domingo
y de Mariela
con su carita de ángel y su corazón de piedra
que le negó a Jorgito
un poco de cariño
¿qué le costaba a ella
premiarle la perseverancia?
Pero no
porque ella se figuraba un doctorcito
o un atorrantito con cara linda como los de la tele**

si lo habré escuchado llorar al desgraciado
de tu hermano
si se murió de pena
buscando mis tetas porque nunca supo
cómo buscar las de Mariela
y me juré que algún día
me iba a hacer cargo de esa borrega.
Al Luis me lo crucé pocas veces y nunca le olí
la sal
así que ni siquiera
me alcé con él.
Yo inventé lo que Mariela
jamás le perdonaría
que la cambien por una negrita
y que lo anduvieran diciendo en el barrio
eso la mató de un golpe
si ahora es un trapo
que apenas respira.
El tiempo la va a curar
no te preocupes
y me va a agradecer haberla liberado
del matrimonio
que se me hace
no le calza.
Me parece que un día el juez va a saber todo
y lo van a tener que soltar
al pobre infeliz que se cansó de muelas
y de reproches
y la cárcel por ahí me salva
de más maldades
y me juego a que
conmigo a la sombra
se acabarán las guerras
y las cirrosis
y los asesinatos
y los hijos lejos por orden de las patronas
y las chaqueñitas obedeciendo por pelotudas.

Patricia comienza a escribir, como puede, su final.

Lo que conozco no me alcanza para matar ni me alcanza para morir, pero me sobra para adivinar las palabras de mamá antes de que las pronuncie.

¿Dónde lo vas a tener?

En el hospital de Gonnet, mamá.

Por dios, hija, pensá lo que decís. Sabés lo que piensa tu padre de los hospitales públicos.

Me acompañan la abuela y Delia.

Es una locura que tu padre no va a permitir.

Hija, el padre de la criatura va a llamar.

No va a llamar.

Pero supongamos...

El que yo te digo no va a llamar.

Me voy a lo de la abuela después del hospital.

Pero ahí no hay comodidades para un chico, son dos mujeres solas, la abuela ya no está para estos trotes.

Delia se va a vivir con nosotras.

Papá se va a enojar muchísimo.

duele, abuelita, esto cómo duele

los hijos duelen toda la vida duelen hoy es el primer dolor de los muchos que vendrán y que te partirán el alma nicolita todavía duele en el medio de mí como la mano un rato largo sobre la nieve así duele como la selva durante el sol chirriando bichos así duele como berisso y el verdín sobre los adoquines y el hambre de mis nenas así duele como el asma que te cierra los pulmones y no te deja respirar y no te deja volver así duele

no lo quiero abuelita, si es varón no lo quiero a ese hijo de mil putas, cómo me cagó abuela, cómo se hace con los hijos de puta, llamala a la enfermera porque esto se viene y yo no sé cómo mierda se hace y no sé respirar ni sé pujar ni sé cómo llegó esta pelota a crecer tanto dentro mío

para adentro crece mijita como las raíces como los ovillos como la masa puesta a levar así crece el día que nació tu madre la fiebre me revolcaba sobre la nieve porque no soportaba más tanto calor y cuando irenita salió grité y después dormí y tuvieron que meterme en un tonel con agua y cachetearme y llamarme porque yo ya no estaba en este mundo y desperté liviana de sangre y de carne soñando que la que había nacido era yo y que alguien me iba a proteger del mundo pero me trajeron a irenita envuelta en trapos y la que tenía que proteger era yo y nadie pensó en mi hambre y yo le ofrecí el pecho a la chiquita desesperada y ella chupaba y chupaba la poca vida que me latía dentro y supe

para siempre supe

que una mujer vive muriendo

Juan

Delia espera en el silencio azulejado del hospital que despierte el sueño entrecortado de Patricia. Delia sabe que es Juan que nació. Cuando el médico le preguntó el nombre a ella se le ocurrió Juan porque Juan se llamaba su papá que se aguantó los hachazos y el vino barato del Chaco sin pegarle a ninguna de sus seis hijas mujeres. Y porque Patricia podría agregarle Pablo o Manuel o Santiago, que con todos queda bien el Juan. Delia alista los pañales y la ropita. Cuando despierte, Patricia seguro olvidará juramentos.

Delia le acunará a Juan las horas que tarde Patricia en quererlo y Ana le contará la historia que lo trenza al mundo.

Ana duerme en una silla junto a la cama de la parturienta sueños de bisabuela. Se avieja la dueña de los hilos que atan a la tierra. Necesita dormir a media mañana y a media tarde y al anochecer cae en un desmayo que la desvanece hasta el otro día. En las horas de la vigilia apenas si come y apenas si recuerda los avatares del día, que todo habita en las ciudades de su mente y todo se ha detenido en el tiempo de sus euforias juveniles. Ella está convencida que el hombre en la luna es un invento capitalista para asustar a Lenin y que el hijo del zar acecha en algún castillo y eso la tiene preocupada. Ella no sabe de muros caídos ni de fronteras livianas, ella guarda en el monedero un carnet del partido a resguardo de la policía. Ella ama a Patricia embarazada de nadie y espera al niño para contarle la razón del mundo.

Delia espanta las moscas que molestan el sueño de las mujeres que cuida y prepara la bienvenida para el varón desnudo.

La enfermera llega en el sopor de Patricia y Delia recibe en sus brazos fuertes a Juan. Lo apoya en una cama desocupada que huele a almidones y le marca una cruz en la frente. Le besa largamente el sexo pequeño y arrugado y le presenta la ciudad por la ventana.

Tres pisos abajo, ella ordena su geometría.

Nació con todo

La capital provincial surgió por un artificio de la razón, por una necesidad de la inteligencia. Mientras otras ciudades empezaron siendo alguna vez pequeños poblados o pobres aldeas y se convirtieron en ciudades sólo por lenta acumulación, nuestra ciudad en cambio, nació ciudad desde el principio.

Y no en la pobreza, sino en la opulencia. No hubo en su origen como lo hay en el de casi todas las ciudades del mundo, exigencias militares o necesidades económicas. No fue puesto fronterizo adonde afluyesen las gentes en demanda de protección, ni fue encrucijada comercial. Nació de una vez para siempre, en plena adultez, sin pasado propio.

Tuvo pues un destino extraño y en cierto modo inverso al de todas las ciudades; no nació históricamente para alcanzar sólo muy tarde la plenitud de la razón: nació de la razón misma, al margen de la historia.

El Día, 4 de noviembre de 1982.

LIBRO PRIMERO

REGRESO A LA CIUDAD PERDIDA

Crónica Periodística I

El mundo hablaba de la ciudad.....9

Crónica Periodística II

La ciudad modelo, esa maravilla10

Crónica de Delia I

Delia se ve envuelta en imprevistas limpiezas, en razón de imprevistos regresos de Patricia a casa de sus padres, en noviembre de mil novecientos noventa y dos.12

Crónica de Patricia I

Patricia, de regreso, escribe para matar el tiempo.- Patricia, sin proponérselo, presenta a algunos de los protagonistas de esta historia.13

Crónica Periodística III

Cuádruple asesinato convulsiona a la capital bonaerense.- Comprometida situación de prestigioso odontólogo, jefe de la familia masacrada.....15

Crónica de Patricia II

Reflexiones que Patricia vuelca en papeles mientras espera, en su casa paterna, la consumación de lo inevitable, a fines del noventa y dos.- Comienza su interés por el caso del Dentista.- Se inicia la colección de crónicas periodísticas que esta recopilación pone a consideración del lector.17

Crónica de Delia II

Delia comienza a preocuparse.- Sospechas que construye en diciembre del noventa y dos, cuando soplan vientos reveladores de tormentas.18

Crónica Periodística IV
Se conocieron detalles en torno del múltiple asesinato.- Revelador testimonio de una amiga de las víctimas.....21

Crónica de la Culpa.....22

Crónica Periodística V
19 de noviembre de 1882: el solemne rito de la fundación.....23

Crónica de Ana
Transcripción de cintas que Patricia graba a Ana, su abuela materna, a fines del noventa y dos.- La desorientación y el tiempo libre que rebalsó sin límites, la llevan a Patricia a lamentables confusiones en la búsqueda de pistas que develen el secreto del odontólogo.
Cinta N° 1.....24

Crónica de Patricia III
En la que se observa cuán largo se le hacía a Patricia el tiempo de la espera.- De la difícil despedida a Villa Nueva y del imposible regreso a su ciudad natal.- De cuando comienza a dar forma a sus sospechas, en las vísperas navideñas de 1992.27

Crónica Periodística VI
Domingo Faustino Sarmiento: Aquí está el porvenir.....29

LIBRO SEGUNDO MEMORIAS

Crónica de Patricia IV
De cuando Patricia hurga hasta el fondo de sus tiempos con la esperanza de encontrar alguna pista.- Pero se distrae en Mariela.33

Crónica de la Culpa
Discurso pronunciado por don Alberto Tapia (padre) a don Alberto Tapia (hijo) el día en que lo inscribió en la Facultad de Derecho.....35

Crónica de Patricia V
De cuando los tiempos remotos de Mariela le acercan algunas pistas a Patricia.- Patricia descubre, en el pasado, hilachas del crimen que convoca a todos. 36

Crónica de Patricia VI
En busca de las pistas que pueda guardar la curiosa historia que unió a Patricia con una mujer que se hacía llamar Margot y con un hombre que se hacía llamar poeta, hermano de la anterior, durante los tormentosos años setenta.....37

Crónica de Patricia VII
De cuando Patricia conoce lugares que sólo Margot le podía mostrar.39

Crónica de Patricia VIII
Epílogo de una historia digna de ser escondida42

Crónica de Patricia IX
Patricia reflexiona sobre los mantos que cubren las historias dignas de ser escondidas.....44

Crónica de Patricia X
De cuando Patricia revisa sus pareceres a la luz de sus nuevas circunstancias.....46

Crónica de Ana
Cinta N° 2.....47

Crónica de Patricia XI
Infiernos privados49

Crónica Periodística VII
Tercer aniversario ciudadano50

Crónica de Ana
Cinta N° 3.....52

| | |
|--|----|
| <i>Crónica de Delia III</i> | |
| De los inolvidables gozos y las inolvidables lluvias de Delia, acontecidos durante los gloriosos setenta. | 53 |
| <i>Crónica de Delia IV</i> | |
| De las rutinas y los fuegos que Delia entremezcla por aquel entonces. | 55 |
| <i>Crónica de Delia V</i> | |
| Del día en que Delia conoce al turco en un parque de diversiones y se jura que algún día ese hombre será suyo.- Sigue transcurriendo, parsimoniosamente, la maravillosa década de los sueños. | 56 |
| <i>Crónica de Delia VI</i> | |
| De los orígenes de un gran amor y un tenue matrimonio. | 57 |
| <i>Crónica de la Culpa</i> | 59 |
| <i>Crónica de Ana</i> | |
| Cinta N° 4. | 61 |
| <i>Diario de Jorge (que guarda y llora Patricia)</i> | |
| Abril de 1979. | 62 |
| <i>Crónica de Delia VII</i> | |
| De las prisiones en las que Delia encierra los vapores de Mariela.- De los secretos favores a Jorge, cuando aún no había estallado el mundo. | 63 |
| <i>Diario de Jorge (que guarda y llora Patricia)</i> | |
| Febrero de 1980 | 64 |
| <i>Crónica Periodística VIII</i> | |
| Impresiones de un viajero ilustre | 65 |

LIBRO TERCERO
EL MUNDO ESTALLA

| | |
|--|----|
| <i>Crónica Periodística IX</i> | |
| Una ciudad única en su género. | 69 |
| <i>Crónica Periodística X</i> | |
| La ciudad cumple cien años: el gobierno bonaerense crea la Comisión del Centenario. | 71 |
| <i>Crónica de Patricia XII</i> | |
| Patricia comienza a recorrer los fatídicos años ochenta.- Radiografía de Jorge, tal como era antes del estallido del mundo.- La madeja a desenredar mas bien se enreda. | 72 |
| <i>Crónica de la Culpa</i> | |
| Discurso pronunciado por el doctor Alberto Tapia frente a su esposa e hijos el día en que Jorge fue convocado por el Regimiento Siete para participar de la recuperación de las Islas, allá por 1982. | 75 |
| <i>Crónica Periodística XI</i> | |
| La torta del Centenario | 76 |
| <i>Crónica de Patricia XIII</i> | |
| Patricia recuerda la novela que Jorge escribió al regresar de la guerra.- Patricia comienza a atar cabos sueltos desde 1982. | 77 |
| <i>Crónica Periodística XII</i> | |
| La torta del Centenario | 79 |
| <i>Diario de Jorge (que guarda y llora Patricia)</i> | |
| Noviembre de 1982 | 80 |
| <i>Crónica Periodística XIII</i> | |
| La torta del Centenario | 81 |
| <i>Crónica Periodística XIV</i> | |
| Efectuóse anoche en el Jockey Club la velada tradicional. | 83 |

Crónica de Patricia XIV
De cuando Patricia recuerda la noche de noviembre del ochenta y dos en la que se festeja el Centenario.- De lo que vive y siente aquel día.- De algunos memorables hechos y de sus curiosos protagonistas.84

Crónica de Periodística XV
La torta del Centenario89

Crónica de Patricia XV
Patricia insiste en caminatas sobre la torta del Centenario.- Patricia insiste en ver las cosas desde ese panorámico lugar de sus recuerdos.....90

Crónica Periodística XVI
Avalancha con heridos en el sector donde se cortaba la torta92

Crónica de la Culpa
Fragmento del discurso que pronuncia Reynaldo Benito Bignone durante la mañana de aquel memorable 19 de noviembre de mil novecientos ochenta y dos, mientras cae del cielo la bolsa de polietileno.- Del alivio de flores que desparrama la bolsa, cuando impacta a treinta metros del palco oficial.- Del azaroso destino de la cabeza de Benito, que se salva por treinta mil providenciales milímetros.- De las cajas de plomo enterradas durante cien años y de la prolija exhumación realizada por el mismo Benito, una vez a salvo su cabeza.94

Crónica de Delia VIII
Reflexiones que le merecen a Delia, el día anterior, tan extrañas maneras de festejar.96

Crónica de Delia IX
De cómo vive Delia el festejo magno del Centenario Ciudadano, aquel luctuoso 1982.97

Crónica Periodística XVII
Mala estrella98

Diario de Jorge (que guarda y llora Patricia)
Diciembre de 198299

Crónica de Patricia XVI
Patricia relata la muerte de Jorge, su hermano, ocurrida a fines del ochenta y dos.- Patricia sigue buscando desesperadamente, y sigue encontrando muy poco.102

Crónica de Patricia XVII
Patricia recuerda una curiosa escena que juega con su madre cuando el año 1982 llegaba a su fin.104

LIBRO CUARTO EL MUNDO SOBREVIVE

Crónica de Delia X
Delia organiza ceremonias y convoca dioses en ocasión del casamiento de Mariela.- Amanece mil novecientos ochenta y tres.....107

Crónica de la Culpa
Discurso pronunciado por el doctor Alberto Tapia frente a Saúl Assad, alias "el turco", quien tijera en mano se encontraba abocado a la redentora y redituable tarea de podar la ligustrina del patio de los Tapia, el día solemne de la conformación de la sociedad, aquel verano que sepultó para siempre cruceros hundidos y batallas perdidas.....109

Crónica de Ana
Cinta N° 5.....110

Crónica de Patricia XVIII
Patricia recuerda su posguerra.- Patricia está decidida a recorrer toda la década del ochenta, lo que la acerca peligrosamente a su presente.....111

Crónica de Patricia XIX
Patricia intenta, vanamente, consumir una teoría.- Patricia comienza a sentir que la verdad es apenas un intento.....113

| | |
|--|-----|
| <i>Crónica de Patricia XX</i> Patricia relata su encuentro con Pablo.- Patricia comienza a recordar un tiempo en el que, gracias a este intrépido sacerdote, vuelve a creer. | 114 |
| <i>Crónica de Patricia XXI</i> Patricia se zambulle en un período muy especial de su historia, olvidándose de los rastros que sigue. | 115 |
| <i>Crónica de Patricia XXII</i> Orden Sagrado..... | 116 |
| <i>Crónica de Patricia XXIII</i> Aguas bautismales | 120 |
| <i>Crónica de Patricia XXIV</i> Primera Comunión | 122 |
| <i>Crónica de Patricia XXV</i> Guerras Santas, Cruzadas y Confirmaciones..... | 125 |
| <i>Crónica de Patricia XXVI</i> Extrema unción | 126 |
| <i>Crónica de Patricia XXVII</i> Confesión | 128 |

LIBRO QUINTO
EL MUNDO VUELVE A ESTALLAR

| | |
|---|-----|
| <i>Crónica de Patricia XXVIII</i> Derivaciones insospechadas de una historia que parece no haber terminado del todo.- Las secuelas de guerra que se siguen padeciendo en los noventa..... | 131 |
| <i>Crónica de Patricia XXIX</i> Patricia se inclina por teorizar, pero se empantana en recuerdos personales.- Patricia ya no recuerda a dónde quiere llegar.- Patricia ya no recuerda si quiere llegar a alguna parte..... | 132 |

| | |
|---|-----|
| <i>Crónica de Delia XI</i> Delia aviva rescoldos de venganza.- Delia comprende que conocer las reglas de la geometría tiene sus ventajas.- Silenciosa y emotiva recordación del décimo aniversario del fallecimiento de Jorge, un largo domingo de diciembre de mil novecientos noventa y dos..... | 134 |
|---|-----|

| | |
|--|-----|
| <i>Crónica de Delia XII</i> Del poco elegante desembarco de Mariela en los chismes del barrio, aquel fatídico lunes de fines del noventa y dos.- De la escurridiza participación de Delia en aquel episodio.- Reseña de todo lo que no pasó porque no podía pasar y final sin orquesta de la pelea que Delia ganó por nocáut..... | 136 |
|--|-----|

| | |
|---|-----|
| <i>Crónica de Patricia XXX</i> Patricia despierta de su letargo y comienza a entender.- Patricia descubre las razones del Dentista.- Patricia vislumbra, cuando ya había perdido las esperanzas, la verdad. | 138 |
|---|-----|

| | |
|---|-----|
| <i>Crónica de la Culpa</i> Discurso pronunciado por el doctor Alberto Tapia frente a su esposa, el día que se enteró que su hija estaba embarazada. | 142 |
|---|-----|

| | |
|---|-----|
| <i>Crónica de Patricia XXXI</i> Patricia vuelve al lugar del crimen.- Minuciosa reconstrucción de los hechos. | 143 |
|---|-----|

| | |
|----------------------------------|-----|
| <i>Crónica de la Culpa</i> | 146 |
|----------------------------------|-----|

| | |
|--|-----|
| <i>Crónica de Patricia XXXII</i> De cuando el turco se acerca a Patricia para colaborar en la investigación.- Patricia transcribe el testimonio mientras terminan de caer las barreras que la separan del mundo.- El velo se descorre, irremediablemente, y los padres, en los extraños noventa, pueden estar o no estar, lo mismo da. | 147 |
|--|-----|

| | |
|---|-----|
| <i>Crónica de Delia XIII</i> De cuando Delia es depositaria de una larga confesión del turco, que se anima a hablar el último y fatal día de su cirrosis. | 149 |
|---|-----|

Crónica de Patricia XXXIII
Patricia perfecciona su versión.- A Patricia, es evidente, ya no le quedan dudas.151

Crónica de Patricia XXXIV
Patricia sabe cómo se llega a matar.- Pero Patricia no sabe qué se hace cuando no se mata.152

Crónica de Patricia XXXV
Patricia recoge el testimonio de Luis, esposo de Mariela, sobre los años difíciles.- Final incruento de la historia de Luis y Mariela.154

Crónica de Patricia XXXVI
Reencuentro de Patricia y Mariela, a comienzos de mil novecientos noventa y tres.156

Crónica de Patricia XXXVII
Inminente desenlace de la historia de Patricia, a pesar de ella.157

Crónica de Patricia XXXVIII
Patricia aprovecha los datos recogidos en su larga espera para entender más de un asunto.- Patricia se dedica a relacionar.158

Crónica de Delia XIV
Final de un viaje de ida y vuelta que duró dieciocho años, a comienzos del noventa y tres.161

Crónica de Delia XV
Final de un gran amor y un tenue matrimonio163

Crónica de la Culpa164

Crónica de Patricia XXXIX
Patricia comienza a escribir, como puede, su final.167

Crónica de Ana168

Crónica de Delia XVI169

Juan169

Crónica Periodística XVIII170

Nació con todo170

Crónicas de la ciudad perfecta guarda las pistas de un asesinato múltiple que logra conmover a una ordenada capital de provincia. Los medios periodísticos no repararon, en su momento, en las razones profundas que pudieron empujar a un odontólogo de prestigio al odio, la desesperanza y la aniquilación de un entorno familiar puramente femenino: esposa, dos hijas, suegra. Estas incógnitas se develan a partir de una variedad de personajes que retratan hondamente los distintos estratos sociales argentinos.

Borges decía que la novela se construía con cuentos entrelazados. Esta "novela borgeana" se alimenta de viejas crónicas (la de D. F. Sarmiento es una perla) compaginadas con crónicas de nuestros días, delineando, de esta manera, un estilo que abre nuevos rumbos a la literatura argentina. Entre los aciertos de esta novela, vale resaltar el trabajo de investigación de la escritora, que ha rescatado del olvido documentos periodísticos que ayudan a mantener viva una identidad dolorosamente lograda. Vale apuntar, además, el rigor de la escritura, los matices que revelan cómo una familia puede alcanzar sutilmente la degradación. Los caminos para llegar a una meta prometida se estrechan cada vez más, y los años noventa son testigos de la lenta agonía de los sueños.

La ciudad de La Plata y sus habitantes son protagonistas de una historia que oscila entre lo real y lo imaginado, pero también son el pretexto para una propuesta mayor. La novelista convierte este admirable fresco urbano en una metáfora de asesinatos y pasiones nacionales que, abarcando la realidad argentina, cumple con el axioma de Tolstoi: "Describe tu aldea y serás universal".

Crónicas de la ciudad perfecta revela los altibajos del espíritu humano. Esta novela habla de nosotros, sin concesiones, y esto no es poco.

Enrique Medina



Ediciones
Al Margen